

P A B L O P O V E D A



Algo ha cambiado para siempre en su vida y no puede volver atrás...



SILENCIO

UN THRILLER PSICOLÓGICO DE AMOR, MISTERIO Y SUSPENSE

Tabla de contenidos

[Portada](#)

[Título](#)

[Cita](#)

[Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

[Capítulo Once](#)

[Capítulo Doce](#)

[Capítulo Trece](#)

[Capítulo Catorce](#)

[Capítulo Quince](#)

[Capítulo Dieciséis](#)

[Capítulo Diecisiete](#)

[Capítulo Dieciocho](#)

[Capítulo Diecinueve](#)

[Capítulo Veinte](#)

[Capítulo Veintiuno](#)

[Capítulo Veintidós](#)

[Capítulo Veintitrés](#)

[Sobre el autor](#)

Silencio

Por Pablo Poveda

2018 © Todos los derechos reservados

Portada realizada por Pedro Tarancón.

Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0

El silencio es el ruido más fuerte, quizás el más fuerte de los ruidos.

—Miles Davis

A ti, por todo.

CAPÍTULO UNO

Plaza de la Ciudad Vieja (Praga, República Checa)

1 de noviembre de 2016

Un enjambre de turistas transitaba por la vieja plaza del mercado de la ciudad. La mayoría, visitantes extranjeros, buscaban la foto perfecta delante de la torre del Reloj Astronómico, el reloj medieval más famoso del mundo.

El sol comenzaba su retirada. Eran las siete de la tarde y una gélida brisa soplaba por las terrazas que ocupaban la plaza, bajo la mirada de las coloridas fachadas de influencia gótica y Art Nouveau.

Sentado en una mesita del Caffè Italia, un restaurante que de italiano sólo tenía el nombre, terminaba su agua con gas mientras clavaba la mirada en el edificio de tonos rojizos y pasteles que tenía en frente: la Národní Galerie.

Ricardo Donoso, vestido de traje y con un abrigo de tres cuartos de color negro, pidió la cuenta con un ademán de mano, mientras una pareja de británicos devoraba un codillo y saciaba su sed con dos cervezas Pilsner de medio litro.

La mujer atendía a la pantalla de su teléfono, mientras el hombre comía como si no existiera mañana.

Don los miró seriamente, hasta que la mirada del extraño se cruzó con la suya. La tensión se alargó unos segundos, obligando a que éste dejara de masticar, pero el arquitecto no vaciló en retirarse.

Intimidado, el desconocido regresó a su plato con desaire y sin mediar palabra con la mujer que lo acompañaba.

Las religiones occidentales habían instaurado el concepto de que el cielo y el infierno no eran sino lugares a los que se iba una vez muerto.

Destinos como consecuencia de nuestras acciones en vida.

Sin embargo, Don tenía otra idea.

El arquitecto creía en el infierno como un lugar accesible, real, en el que la mayoría de las personas vivían, con suerte, en algún momento de sus vidas o, sin fortuna, para siempre.

Por esa misma razón, no podía sentir pena por nadie, ni siquiera por sus víctimas. La lástima no era más que una invención que postergaba la solución del problema.

Volvió a mirar al matrimonio. Ellos vivían atrapados, como él, en celdas distintas, pero en un mismo lugar.

De repente, atisbó un grupo de personas a la salida de la Galería Nacional. Era él, su objetivo estaba allí y debía ponerse en movimiento.

Un hombre alto, de tez bronceada, cabello oscuro peinado hacia un lado y barba frondosa, salía acompañado de dos mujeres esbeltas, otro tipo de piel más pálida y movimientos torpes.

Nicos Thalassinos, el cacique griego que los hombres de Vélez tenían en el punto de mira desde el inicio de la crisis económica. Tsipras había prometido destruir a los oligarcas que controlaban los medios del país, pero sólo consiguió que nacieran nuevos. Cuando esto sucedió, Thalassinos apenas rozaba los cuarenta años, pero había aprendido rápido las reglas del juego. Su destreza en los negocios, heredada de su padre, un magnate náutico griego; le ayudaron a escalar rápido y adquirir un fuerte poder social y político.

Pero esa no fue la razón por la que los hombres de Vélez le habían encargado al arquitecto encontrar al griego.

Durante la crisis y las fuertes oleadas de inmigración que sufrió Grecia, el empresario se aprovechó de imagen pública, donó millones de euros para ayudar a los refugiados y, entre las sombras, introdujo su garra aprovechándose de la desesperación humana y desarrollando una fuerte red de prostitución ilegal que llegaba hasta Portugal.

Un objetivo fácil, a simple vista, pero delicado.

Thalassinos conocía el precio de su cabeza, así como el del silencio de sus clientes más privilegiados.

El encargo de Don era simple: sacarle los nombres de los políticos europeos que le protegían de los tribunales.

Empero, nadie le indicó si debía quedar vivo.

Harto de esperar, introdujo la mano en el bolsillo del pantalón y dejó una moneda de cincuenta coronas en la mesa.

Se puso en pie, levantó las solapas del abrigo y caminó hacia el museo.

Cuando menos se esperaba, el cielo se teñía de rojo.

Un BMW de color negro los recogió frente a la entrada del edificio del Ministerio del Desarrollo Regional y se adentró por una estrecha calle empedrada. Don se aproximó a un viejo Mercedes de color blanco que se encontraba vacío y le pidió en inglés que siguiera al coche.

El conductor, un checo cercano a la jubilación, con fuerte olor a cigarrillos y una camisa blanca con cuadros, puso en marcha el contador y siguió la serpiente de coches que atravesaba la calle del casco antiguo.

—¿Italiano? —Preguntó el chófer mirando por el espejo retrovisor con una ligera sonrisa.

El arquitecto guardó silencio y dudó en contestar por diferentes razones. Aquel chófer sólo pretendía ser amable, pero le era indiferente. El corazón bombeaba con tanta fuerza que podía sentirlo en la frente. Hacía tiempo que no lograba saciar la necesidad de matar. Despertarse cada mañana con la certeza de ser controlado, avivaba su deseo. Por otro lado, le costaba horrores lidiar con ello en silencio desde que su relación con Marlena había progresado.

Lo más duro era aceptar que jamás podría contárselo. Ni a ella, ni a nadie. El silencio era su único aliado.

Siempre había un precio que pagar, pensó.

—Sí —respondió finalmente.

Podía haberle explicado que era español, pero eso sólo lo exponía aún más, en cualquiera de las situaciones.

Ninguno de los dos hombres que estaba en ese vehículo conocía el final de aquella noche.

El taxista balbuceó algo en el idioma vecino, pero Don lo ignoró por completo.

Con la mirada siguió el trayecto del coche que iba delante. Los vehículos abandonaron el casco antiguo para alcanzar la ladera del río Moldava, que separaba la ciudad en dos, incorporándose a la Ludvík Svobody, una gran avenida de asfalto arropada por los aledaños del parque Lannova y los barcos atracados que funcionaban como locales de ocio en verano.

Don miró por la ventanilla y llegó a la conclusión de que, en cierto punto, todas las grandes ciudades eran iguales.

Aguardó silencioso, expectante por lo que iba a encontrar una vez se bajara del sedán.

Mantente concentrado, repetía la voz de Vélez en su interior.

Jamás creyó que el tono de aquel indeseable le resultara familiar.

El vehículo en el que viajaba el griego con sus acompañantes se detuvo en la entrada de un gran edificio rectangular iluminado y acristalado con espejo.

En lo más alto, luces rosadas alumbraban el cielo.

—Aha... —dijo el taxista mientras reducía la velocidad—. Hotel Hilton Prague,

signore.

En efecto, pensó el arquitecto.

Miró el contador y sacó un billete de doscientas coronas.

Acto seguido vio salir a su víctima junto a las dos mujeres. El otro tipo se quedó en el interior del coche. Dos obstáculos. Era parte del plan de Thalassinos.

Deshacerse de ellas no sería muy difícil.

—*Děkuji* —respondió el español haciendo uso de las palabras en checo que había aprendido para su viaje y le entregó el billete.

El taxista señaló al contador para explicarle que le había dado de más, pero Don levantó la mano.

—*Děkuji...* —murmuró asombrado gratamente sin rechistar.

Cuando vio cómo el empresario desaparecía tras la puerta giratoria del hotel, salió al exterior y cerró de un portazo el viejo coche alemán.

Decidido, caminó hacia el interior del edificio escuchando el ruido de la suela de sus zapatos bajo el gélido sosiego de la noche.

Así como por fuera el hotel parecía un bloque hermético, el interior revelaba el porqué de su forma. Era extraño, atípico y con un sobrecargado aspecto futurista, como si estar allí dentro perteneciera a otro lugar.

Don recordó algunas ciudades de Oriente Medio en las que los centros comerciales se convertían en auténticas pequeñas ciudades ficticias.

Suelo de mármol blanco, palmeras de decoración, luz tenue de tonos rosados y unas escaleras subían hasta la primera planta.

Los alrededores estaban formados por las ventanas interiores de las habitaciones, apiladas en torres blancas de más de diecisiete alturas.

Cuando el español alzó la mirada al firmamento, no vio más que un techo formado por vigas de hierro y una gran bola de acero dividida en láminas que formaba parte de la decoración.

Sin duda, un lugar estridente para los sentidos con un exceso de modernidad.

A lo lejos, vislumbró las tres figuras humanas caminar hacia los ascensores. Tomó aire y se dirigió hacia ellos. No temía que lo descubrieran, pues nadie sabía quién era él y por eso iba a realizar su trabajo con eficacia.

Cuando el ascensor llegó, las puertas se abrieron y el empresario esperó a que entraran las dos mujeres, ambas checas y más jóvenes que él. Entonces, las miradas de los varones se cruzaron por un instante.

Rápido, Don asintió e invitó a su víctima a que entrara, a modo de cortesía. Éste lo agradeció con una mueca y el español le devolvió el gesto.

Lo que Thalassinos desconocía era que pronto le borrarían esa estúpida sonrisa de su rostro.

Cloud 9 Sky Bar, Hotel Hilton (Praga)

1 de noviembre de 2016

Desde lo alto del hotel se podía contemplar la ciudad encendida. Era un imagen hermosa, pensó, y no pudo evitar recordar aquel tumultuoso viaje a Riga, algunos años atrás.

Apoyado en la barra del bar esperaba a que le atendieran mientras no le quitaba el ojo al objetivo.

El local era alargado, informal pero acorde con la estética del hotel. Todo guardaba un aspecto pulcro y un aura violeta que ponía nervioso al arquitecto.

Un joven delgado y bien peinado se acercó hablándole en inglés.

Pidió un Manhattan y calculó que eso lo tendría ocupado unos minutos.

Después caminó hasta los baños. No tenía la menor duda de que Nicos Thalassinos se hospedaba en ese hotel. Ejecutaba una jugada ensayada, lo había visto antes. Incluso él, en otra época, también la había realizado.

Algunos jamás lo entenderían, pero Don sí, aunque no le importara lo más mínimo.

En ocasiones, a pesar de poder conseguir a la persona que se desee a golpe de contactos, dinero o poder, muchos tipos necesitan justificarse a sí mismos a través de la valía, sintiéndose hombres de verdad, regresando a lo más básico de sus instintos, como si en el mundo real sirviera de algo todo aquello.

Los baños eran amplios, espaciosos, decorados por marquesinas de color verde esmeralda. Se humedeció las manos y se refrescó el rostro antes de enfrentarse al espejo. Desde allí observó la escena. No había nadie más a su alrededor, sólo él y su mirada.

Las cosas habían cambiado tras esa visita a Letonia, pero no demasiado. Tenía la sensación de haberse convertido en una rata que daba vueltas a la rueda, atrapado, repitiendo el ciclo una y otra vez.

Lugares similares, víctimas con un historial parecido, modos de operar idénticos. Ya no portaba un bisturí en el bolsillo de la americana, ni un arma con la que defenderse. No la necesitaba. Durante los últimos meses había recibido algunas nociones avanzadas de defensa personal, asalto silencioso y técnicas de espionaje secretas. Todo lo que había aprendido hasta el momento, no había sido más que parte de un entrenamiento básico.

Le habían intentado convencer de que era un privilegiado por disfrutar siendo un criminal y salir impune a cambio de algunos favores. Detalle que lo llevó a darse cuenta de que su enemigo era más grande y que le quedaba mucho por aprender de él.

No obstante, si antes lo hacía para saciar un antojo, una satisfacción personal, ahora era para saciar el deseo de otros mientras él buscaba su salida.

En ambos casos, nunca había dejado de ser una necesidad para sobrevivir.

Se secó las manos con una toalla de papel e introdujo la mano en el bolsillo del

pantalón. Sacó el teléfono móvil y comprobó la pantalla.

Cero mensajes.

El reloj marcaba las nueve y media de la noche. Una hora temprana en España para según que cosas, pero adecuada en el resto de Europa para embriagarse de vino espumoso.

Programó el temporizador seis horas, que era el margen de tiempo del que disponía antes de regresar al aeropuerto y tomar su vuelo con destino a Madrid.

CAPÍTULO DOS

Plaza de España (Madrid)

4 de octubre de 2003

Habían salido a dar un paseo. Era sábado. El centro de Madrid gozaba de gente y el otoño todavía no se había manifestado con plenitud.

Bajo el crujido de las hojas secas que pisaban tras su paso, Ricardo caminaba en silencio junto a Amparo, su madre. A pesar de la diferencia de edad y el desgaste físico de la bebida, Amparo tenía un aspecto decente para mostrarse en público.

Ricardo la había sacado a regañadientes y tras una larga discusión, pero era fin de semana, no trabajaba y tampoco estaba dispuesto a ver cómo su madre se ahogaba lentamente en el cuarto de estar del apartamento.

Con los años, el problema con la bebida no había hecho más que acrecentarse. Una situación a la que el joven no encontraba arreglo.

En un principio, Ricardo pensó que había sido producto de la ausencia de su padre. Contradictorio, pero entendible. Amparo había vivido en matrimonio con el corazón partido, amando a un hombre enfermo que había convertido su vida en un calvario de palizas y vejaciones.

Ilusa, al final del día, al comienzo de cada mañana, siempre quedaba en su mirada la esperanza de que ese hombre hubiera cambiado de parecer. Las personas tienden tanto a idealizar a las otras que terminan convirtiéndose en pobres idiotas. Ricardo sabía esto, lo había observado durante su niñez y no tardó en deshacerse de él creyendo que así liberaría a su pobre madre. Pero no pudo estar más equivocado.

Después vino aquel chico del Templo de Debod. Y con él una cuesta abajo a toda velocidad.

A pesar de que los asuntos más delicados del joven estaban bajo control, la piedra angular de su vida se moría lentamente.

Su madre lo sabía, conocía lo que le ocurría a su hijo y, puestos a elegir, Amparo había decidido darle la espalda a la verdad.

Simplemente, no podía soportarla.

Ella no había nacido para ser la heroína de nadie. Era demasiado doloroso aceptar que su hijo iba encaminado a convertirse en su padre.

Detenidos frente a la estatua de Miguel de Cervantes, Don miró a su madre desde lo alto, por encima de los hombros, y dibujó una sonrisa en su cara para avivar su mirada. Apagada, con la mirada hueca y profunda, Amparo sonrió como una frágil muñeca de porcelana. Vestida de negro a modo de luto, llevaba un conjunto de falda, blusa y medias del mismo color y se arrojaba en una trenca oscura que su hijo le había regalado por su cumpleaños. Amparo era una mujer hermosa, de cabello oscuro, piel pálida y unos ojos de color azabache que se habían apagado con el tiempo. Él le agarró la mano y sintió sus dedos temblorosos y fríos.

—¿Estás bien, madre? —preguntó con voz serena y reconciliadora.

La mujer miró hacia el monumento del escritor.

El tráfico del fin de semana cruzaba la Gran Vía.

No importaba lo que ocurriera fuera si era incapaz de sonreír por dentro.

—¿Lo oyes, Ricardito? —contestó.

De repente, sonrió y levantó el dedo índice hacia el cielo.

—¿El qué? —preguntó él confundido y sorprendido por la aparente alegría de su madre.

—El silencio.

El arquitecto frunció el ceño. No le gustó la respuesta.

Sin más, la mujer se agarró al brazo de su hijo sin apartar la mirada de la estatua.

—Hay muchas cosas que sabemos de Miguel de Cervantes... —murmuró nostálgica—, y otras tantas que jamás llegaremos a conocer. Y, sin embargo, ahí está, callado, observándonos desde lo alto, reconocido por todo el planeta...

Ricardo miró al frente y buscó la manera de interpretar las palabras que escuchaba.

—No te sigo, madre.

—Silencio.

—Ya te he oído.

Y la mujer apretó el bíceps del arquitecto con la mirada fija y hueca en el escritor.

—El silencio nunca te traicionará, Ricardo —sentenció acercándose al chico—. Cobíjate en él y abrázalo fuerte cuando todo esté perdido.

Las sentencias tensaron la mandíbula del joven y sintió una corriente eléctrica que le recorrió la espina dorsal.

Después, la presión de los dedos sobre el brazo se desvaneció.

Él llenó los pulmones y colocó la mano sobre el hombro de su madre.

—Será mejor que nos vayamos —dijo y dieron media vuelta.

Ella tenía razón. El silencio era su mejor aliado. Lo había sido durante toda su vida. No obstante, sabía que el ser humano tenía problemas para mantener la boca cerrada. Y le preocupó que su madre estuviera a punto de abrirla.

Cloud 9 Sky Bar, Hotel Hilton (Praga)

1 de noviembre de 2016

Cinco horas restaban para que el vuelo con destino a Madrid saliera cuando Don aparcó el segundo Manhattan sobre la barra.

Frente a él, Oksana, una modelo ucraniana de cabello oscuro y lacio y con los ojos esmeralda como el agua de una playa paradisíaca, jugueteaba con la pajita de su mojito. Las esperas siempre eran así. Si iba a actuar, lo último que debía hacer era llamar la atención. Y no había nada más sospechoso para un criminal que un hombre solitario en la misma sala.

Flirtear con otras mujeres era parte de su juego.

Le gustaba conocer vidas ajenas, le ayudaba a entender la psicología femenina y le convertía en un experto detector de patrones. La ambición siempre conducía hasta límites insospechados.

Aunque no todas las personas eran iguales, muchas sí se comportaban de cierto modo cuando frecuentaban lugares concretos.

Ellos solían ser mayores que ellas, todos vestidos de traje, con cuerpos firmes y trabajados en el gimnasio y actuando bajo un impuesto carácter de altivez y superioridad.

Hombres de negocios, decían.

Salvo excepciones, la mayoría eran tipos que pasaban media vida en vuelos internacionales, asistiendo a las convenciones en representación de una empresa que les pagaba las dietas y un buen salario. Varones hechos a sí mismos que leían manuales de autoayuda comprados en aeropuertos; modelos de éxito ahogados por el estrés y los créditos que sustentaban una vida materialista y los caprichos que silenciaban la ausencia de afecto hacia sus parejas.

Por otro lado, ellas pretendían ser más sofisticadas.

Cuidadas hasta la médula, parecía no haber cabida para las damas mayores de treinta y cinco años. Don suponía que a esa edad, ya se habría alcanzado el propósito. Y es que, como Oksana, el amor era algo secundario a lo que una se podía acostumbrar con el tiempo. A diferencia de lo que muchos ejecutivos creían, no todas las jóvenes querían ser modelos. Oksana era el ejemplo de una aspirante a farmacéutica que había terminado desfilando en París.

—Nuestro tiempo en este plano es limitado —dijo ella sorbiendo de la bebida con nostalgia—. Hay que aprovechar las oportunidades que nos da la vida.

Don sonrió y vio cómo una de las chicas que acompañaba a Nicos Thalassinós se despedía del resto.

Con la muchacha fuera de la partida, el griego no tardaría en guiar a su acompañante a la habitación, con la excusa de conversar en un lugar más íntimo. Ella, ingenua al creer que sólo tendría una noche de burbujas y sexo con el millonario, accedería sin rechistar.

El arquitecto esperó unos segundos y regresó a la conversación.

—Tengo que salir de aquí —dijo con voz decidida y profunda—. ¿Me acompañas? Serán unos minutos.

La modelo echó el rostro hacia atrás. No estaba acostumbrada a esa clase de juego ni a las proposiciones tan directas.

—No te conozco apenas... —respondió ella escéptica—. ¿A dónde vamos?

Un pestañeo fue más que suficiente para tentarla.

A pesar de su negativa, la joven había mordido el cebo.

Él no pretendía hacer nada con ella, pero la modelo tampoco quería parecer una chica fácil. Thalassinos y su acompañante esperaban frente al ascensor.

—Tienes razón —dijo sin insistencia—. Está bien. Debo salir fuera.

El tiempo se le había agotado.

Caminó hacia la puerta del ascensor con paso firme hasta alcanzar a la pareja que esperaba junto a un matrimonio que hablaba en alemán.

Un chispazo se cruzó de nuevo entre las miradas de Don y Nicos Thalassinos.

Entonces, una mano se acercó por detrás.

—Espera... —dijo Oksana con su fuerte acento eslavo—. Los italianos sois demasiado directos...

Nicos Thalassinos y la otra mujer los miraron.

Don sonrió y las puertas del elevador se cerraron.

Todo aquel teatro le permitió conocer el número de la planta en la que su víctima se hospedaba. Por supuesto, no irrumpiría allí hasta pasados unos minutos. No era cuestión de evitar el desastre, sino de provocarlo para destruirlo en el momento de la acción.

Oksana se mostró decepcionada cuando Don le confesó que era homosexual. Aunque no dio crédito en un principio, no tardó en darse cuenta de que seguir junto a él significaba una pérdida de tiempo.

Todavía era pronto y quedaban muchos hombres interesantes en lo alto de aquel hotel.

Una vez se hubo deshecho de ella, regresó al ascensor y subió hasta la planta número 14.

Viajaba solo. El corazón le latía con fuerza y las ansias por asfixiar a ese cretino aumentaban como un sofocante incendio de verano.

Para su sorpresa, al cruzar el umbral de las puertas y sentir la moqueta bajo los zapatos, vislumbró la presencia de un hombre vestido de negro que custodiaba la entrada de la habitación. Era corpulento y sus brazos anchos y musculosos. Tenía el cabello corto, casi afeitado y vestía una americana azul que le apretaba el tronco.

El arquitecto no se había equivocado de pasillo, aunque se lamentó de no haberlo previsto.

Antes de abandonar por completo el elevador, pulsó los botones de las plantas inferiores. Eso lo mantendría ocupado unos minutos, el tiempo justo, aunque necesario, para deshacerse del escolta e irrumpir en la habitación.

Evitó su mirada y localizó el hígado para acercarse con sigilo.

En los últimos meses había aprendido que los instintos eran tan puros como los de cualquier otro animal. Un contacto visual breve aunque equívoco era suficiente para enervar a otra persona. A pesar de la programación social impuesta por el desarrollo, al ser humano todavía le quedaban restos de la genética más primitiva. La desconfianza, la intermitente sensación de peligro, era uno de ellos.

Don caminó hacia la puerta que había frente al individuo. Fingió buscar su tarjeta y giró el rostro unos centímetros para decir algo inteligible.

El matón esputó un gruñido de confusión al no entender nada. Inconsciente, abrió los brazos hacia fuera mostrando sus grandes manos. Un acto inconsciente propio de la defensa. El arquitecto, ávido y preciso, se giró con rapidez y le propinó un fuerte golpe en el hígado con el puño cerrado.

Desprevenido, el contrincante cayó unos centímetros hacia atrás presa del dolor. Su fuerza interior era notable, aunque la sacudida no logró dejarlo inconsciente. Cuando éste buscó el brazo del arquitecto para agarrarlo, el español miró a su alrededor y le propinó una fuerte pisada en la nuez. Los ojos del hombre se nublaron y su cuerpo se desplomó como un saco de harina. Sin ánimos de acabar con él, lo arrastró hasta la salida de emergencia que había al final del pasillo. Don sujetaba con fuerza el cuerpo y las venas se le marcaban en la sien. En cualquier momento podía aparecer un testigo.

Recompuesto, abandonó al desconocido en las escaleras y regresó a la habitación. El

arquitecto estimó que la pérdida de conocimiento no le duraría demasiado. Llamó a la recepción del hotel y alertó de que había un desconocido ebrio y dormido causando problemas en las escaleras de incendios.

Eso le proporcionaría algo de ventaja.

Detenido frente a la puerta de la habitación del griego, percibió cómo el altercado le había encendido por dentro.

Respiró antes de perder el control y apretó los puños con fuerza. Después golpeó la puerta con los nudillos, pero nadie respondió.

Acercó la cabeza a la madera e intentó escuchar lo que estaba sucediendo en el interior. Unos pasos se acercaron.

El español golpeó con más fuerza y la puerta se abrió.

Thalassinos apareció en ropa interior, despeinado, sudoroso y deseando haberse encontrado con una cara conocida.

Al fondo, Don vislumbró a la joven esclava desnuda y atada a la cama.

La mirada del griego se iluminó.

El arquitecto levantó su mano, la abrió como un paraguas y empotró el rostro de Thalassinos contra la pared.

CAPÍTULO TRES

Barrio de Palomas (Madrid)

2 de noviembre de 2016

Un miércoles aparentemente normal. La ciudad seguía tal y como la había dejado: intacta y gris. La adrenalina tras torturar a aquel tipo le había robado el sueño. Todavía podía escuchar sus últimos sollozos. Se sentía lleno, eufórico, como si hubiese pasado la noche bajo los efectos de una sustancia estimulante.

Actuar como lo hacía, resultaba más excitante que cualquier droga de diseño. Oler el peligro, saborear el éxito de frente al precipicio, era un placer prohibido. Cada persona tenía su válvula de escape y la suya era aquella sin que lo hubiera decidido.

Mariano conducía el coche alemán hacia el trabajo. Por la radio sonaba una pieza de Bach que relajaba los músculos del arquitecto sobre la tapicería de piel negra.

Por precaución, desde hacía unas semanas, se había distanciado de su chófer. De algún modo, sentía que debía protegerlo de quienes iban detrás de él. Mariano sabía demasiado, casi tanto como él, aunque más de lo que imaginaba. Sin embargo, ahora, los asuntos del arquitecto, también lo eran del Estado, o de parte de éste. Mantener a Marlana y su chófer lejos de su deuda se había convertido en una prioridad. Pero el conductor no era estúpido, ni tampoco un incauto.

Quizá el exceso de confianza del arquitecto había pasado por alto investigar a su conductor.

—Se le nota cansado, señor —dijo Mariano con intención de romper el silencio. Pronto, Don le preguntaría por el fin de semana. Su única exigencia había sido la de mantener bajo vigilancia a su pareja. Parte de su vida era el control. Lo último que deseaba era que el infortunio se presentara en su ausencia—. ¿Un fin de semana ajetreado?

—¿De veras? —dijo el arquitecto ladeando el cráneo sobre el reposacabezas—. Me siento como un recién nacido.

Mariano estrechó las cejas.

—¿Cuántas horas ha dormido?

—Las justas —respondió seco. El chófer guardó silencio—. ¿Cómo ha ido el fin de semana?

—Sin sobresaltos, señor Donoso.

—¿Sabes algo de Marlana? —preguntó el arquitecto—. No hemos hablado durante estos días.

—Nada por lo que preocuparse —replicó el chófer con una sonrisa por el espejo retrovisor—. Ha estado en la ciudad, esperando a que regresara de la República Checa.

—Entiendo.

A pesar de poner un ojo en los movimientos de la ingeniera, fue él quien rogó a Mariano que le informara de aquello que pusiera en peligro su integridad.

Marlena no merecía vivir bajo vigilancia.

No merecía pasar por lo que a él le habían hecho.

—¿Algún viaje próximo a la vista?

Don miró por la ventanilla trasera del vehículo.

A lo lejos contempló el espléndido edificio blanco de oficinas en el que se encontraba su estudio. Ningún coche esperaba aparcado a que entrara. Ningún vehículo lo vigilaba. Anheló esa postal, fruto de la imaginación y del momento presente. Se dio cuenta de que la monotonía, término que la mayoría odiaba, significaba para él tranquilidad. Se sentía cómodo de estar allí sabiendo que, al final del día, no volvería dormir en un hotel.

—No, que yo sepa.

Sus últimas palabras provocaron una ligera mueca en el conductor, que redujo la velocidad a medida que se acercaban a la entrada principal.

—Hasta más tarde, señor —dijo finalmente el chófer—. Que tenga un buen día en la oficina.

Caminó hacia el interior del vestíbulo principal. Saludó asintiendo con la cabeza, añadiendo esa ligera mueca de amabilidad y desconfianza en su rostro con la que solía desconcertar a sus empleados, y se dirigió hacia el interior del ascensor.

Las puertas le recordaron a sus últimas horas.

Un trabajo eficaz y bien hecho.

La joven checa jamás olvidaría su cara, aunque dudó en que delatara a su salvador. No le preocupó lo más mínimo. Ni siquiera estaba seguro de que le hubiera mirado a los ojos. El estrés, el miedo y la adrenalina de no saber cómo escapar, mantendría sus recuerdos ocupados. Tan rápido como la liberó del cabezal de la cama, supo que el dolor le haría olvidar quién era. Los episodios traumáticos solían bloquear la mente y precisaban de horas de terapia para que las imágenes salieran del subconsciente. Don conocía lo que era eso. La joven se vistió y abandonó la habitación despidiéndose por lo bajo, deseando cruzar la puerta del hotel para no regresar a él.

Probablemente, no denunciaría lo ocurrido, pues Nicos Thalassinos era un hombre poderoso. Pero no haría falta. El español se encargaría del resto.

Su aparente hombría, como la de muchos, se venía abajo en las distancias cortas. La mirada de Don era directa y expresiva. Las palabras no eran necesarias para entender sus intenciones.

Los golpes se sucedieron como una lluvia de astros.

Además de resistirse sin éxito, el griego poco podía hacer en el interior de la habitación, semidesnudo y moribundo, presenciando su muerte a cámara lenta.

Una vez hubo completado la misión, regresó a su hotel, tomó una ducha fría, realizó tres series de cincuenta flexiones y marcó el número que le habían asignado desde la habitación del hotel.

Un contestador telefónico saltó al quinto tono y la voz de una mujer le invitó a que dejara el mensaje.

Misión cumplida, pensó y colgó. Así era cómo se lo habían indicado.

Tuvo un sabor agridulce de todo aquello. Detestaba que ciertos elementos escaparan de su dominio, más todavía, si estos estaban relacionados con su vida privada. Pero debía acostumbrarse, como a la angustia, si es que alguien era capaz de hacerlo. Lamentarse de lo que arrastraba no era más que un esfuerzo innecesario y nocivo. Para él, sólo existían dos opciones: deshacerse de ello o adaptarse. Ambas, con un elevado precio a pagar.

Se dijo a sí mismo que sería una cuestión de tiempo.

Después agarró el equipaje de mano y abandonó la habitación.

Cuando llegó a las oficinas del estudio, un silencio perturbador le dio la bienvenida. Se preguntó dónde estaría el resto de empleados.

Al mirar el reloj de la pared, que marcaba las horas de las capitales europeas más importantes, percibió que eran las siete de la mañana y, por lo tanto, todavía faltaba una

hora para que ocuparan sus puestos de trabajo.

Cruzó el pasillo que separaba al resto de escritorios de su oficina de cristal e introdujo la llave en la cerradura. Cuando pasó por delante del escritorio de Marlena, pensó en ella por unos instantes.

Hasta entonces no se había preguntado si había hecho bien en dejarla allí en Madrid, si le habría molestado su decisión. Pero qué importaba eso. El código era férreo y su viaje no incluía el ocio ni el placer. Además de protegerla, también debía protegerse a sí mismo de las sospechas.

No obstante, eso no impidió que una sensación desconocida brotara en su interior. Habían pasado tres días desde su viaje a Praga. Treinta y seis horas desde la última conversación. Observó las notas de colores escritas con su letra y pegadas en la pantalla cuando algo se detuvo en él.

No eran celos, ni miedo a perderla. Don aún no había llegado a experimentar aquello.

Era algo peor.

Anhelaba su presencia, sus besos, el calor que su cuerpo emanaba mientras dormían. Porque, aunque Marlena fuera la primera mujer con la que habían florecido sentimientos puros, desconocía si a aquello se le podía denominar amor. Una palabra infinita, abstracta. Un término fuera de lógica y raciocinio. Un concepto que no lograba clasificar en su cabeza.

Y tal vez ese fuera el problema.

Antes de que se diera cuenta, supervisaba desde su mesa cómo el resto del equipo llegaba a la oficina y ocupaba sus sillas giratorias en una rutina organizada: entraban, saludaban, dejaban sus abrigos en el armario, preparaban café, encendían los equipos informáticos y arrancaban el gestor de correo electrónico.

Como un espectador en un hipódromo, tras las paredes de cristal, Don comenzaba a mirar al resto de empleados con otros ojos y se cuestionó qué habría cambiado para llegar a ese extremo.

A punto de quedarse dormido bajo la aparente tranquilidad del estudio, las miradas se desviaron hacia la entrada y su estómago se encogió con fuerza. Marlena salía del elevador y cruzaba el interior de la planta con una sonrisa en los labios, el cabello suelto, un conjunto de falda y camisa y un café para llevar en la mano. Disfrutando de su coreografía, el arquitecto clavó su mirada desde lo lejos, lo cual incomodó a la ingeniera por su falta de discreción.

Supuestamente, ningún miembro del equipo sabía nada, pero a Don no le importaba lo más mínimo.

Tras el saludo, la ingeniera entró en la cocina de la oficina y el arquitecto fue tras ella. Después, cerró la puerta, se miraron y, sin mediar palabra, la abordó con un fuerte beso que ella correspondió.

Los brazos de Marlena enroscaron al arquitecto como una adolescente enamorada. La

intensidad del beso revolucionó la respiración de ambos.

Entonces él sonrió y se separó unos centímetros, echando su americana hacia un lado, saboreando el gusto a café que tenían sus labios. Marlena le acarició el rostro con las dos manos, sonriente y con la mirada derretida.

—Te he echado demasiado de menos —dijo él con voz seria y mirada penetrante. Ella se sonrojó y agachó la vista, para después abalanzarse y besarlo de nuevo acariciándole el cabello.

—Y yo a ti —respondió tras el achuchón. Don sintió los latidos en el cuello de la ingeniera. Marlena no estaba acostumbrada a que el arquitecto manifestara sus emociones. Era consciente de que para él todo era nuevo—. No deberíamos hacer esto... Se van a enterar.

Ambos se rieron con complicidad.

—Soy el jefe. No hay de lo que preocuparse.

—No me gusta que cotilleen a mis espaldas, ya sabes...

—No lo harán, por su propio bien.

—Tú siempre tan confiado —dijo ella y su rostro se congeló en un halo de inseguridad. Sabía que Don no entendía ciertos juegos y temía que tomara represalias con quien se excediera un milímetro. Castigar a sus compañeros era lo último que ella deseaba—. Hablaremos más tarde, ¿vale?

—Por supuesto —contestó con voz seria y una ligera mueca—. ¿Cenamos esta noche?

—Esperaba a que me lo dijeras.

—Perfecto —añadió y aspiró el perfume femenino que aún flotaba en el aire—. ¿Marlena?

—¿Sí?

—¿Va todo bien?

—¿Has vuelto para quedarte?

Su mirada buscaba una respuesta sincera.

—Eso creo.

—Entonces sí —respondió con un suspiro de satisfacción—. Ahora... Sí.

—Estupendo —dijo él. Cuando la ingeniera estaba a punto de salir, alguien golpeó a la puerta desde el exterior. Marlena abrió y encontró a Julia, la joven delineante que Don había incorporado al equipo unas semanas antes de su viaje a Praga—. ¿Qué sucede?

—Hay un hombre que pregunta por ti.

—No recuerdo tener ninguna visita programada.

—No, dice que no la necesita... —explicó la chica mirando al interior de la cocina. Marlena se escabulló y la puerta quedó abierta.

—Dile que venga otro día. Tengo mucho trabajo.

—Ha insistido en que es importante —repitió la empleada—. No le importa esperar. Ha preguntado si habías regresado ya de Praga.

Se formó un silencio aterrador que la delineante no tardó en percibir.

Hasta donde él tenía entendido, sólo su equipo había sido informado del viaje a la capital checa.

—¿Te ha dicho cómo se llama?

—Montoya.

Los músculos de la espalda se tensaron.

Ese apellido le trajo algunas imágenes a la mente.

Italia, la Toscana y un cuerpo a cuerpo que todavía le dolía no haberlo terminado. Pensar que podría haberlo dejado allí, en la estocada para siempre.

No le hizo falta saber más para entender qué quería.

—Dile que espere en la recepción —contestó ajustándose la chaqueta del traje—. Me encargaré de esto personalmente. Iré yo mismo a recibirlo.

Es difícil mirar a los ojos de otra persona cuando ésta ha intentado matarte. Pero más difícil es mirarla a los ojos cuando, tras haberla dejado con vida, esa persona se convierte en tu jefe.

Don bajó hasta la recepción absorto en sus pensamientos. Con las manos en la parte trasera de la cintura, encontró al hombre canoso que meses antes le recibía en el interior de aquel coche de cristales tintados.

Montoya, El Lobo, un sanguinario de primera división envuelto en un traje entallado de mil quinientos euros. Se había obsesionado tanto con él que había arriesgado su vida hasta encontrarlo, para después rematarlo en un bancal de la Toscana italiana. Sin embargo, aquel hombre sólo era un eslabón más de una cadena de producción más extensa para la que ahora el arquitecto trabajaba.

Para su sorpresa, el elegante hombre de gafas de pasta negra, cabello gris y rostro alargado, no parecía tenso por estar allí. De hecho, se mostraba relajado con naturalidad.

Tan pronto como los pasos de Ricardo Donoso retumbaron en el vestíbulo, el antiguo agente del CESID giró el rostro.

Sus miradas se cruzaron.

El semblante de Don era serio, hostil, pero eso no impidió que Montoya se mostrara abierto y sonriente.

El silencio se alargó hasta que sus cuerpos se separaban por apenas un metro de distancia.

—Jamás imaginé que volvería a verle... —dijo Don, retomando las formalidades, creando distancia verbal. Montoya mostró la dentadura y le ofreció la mano. El arquitecto se la estrechó con firmeza—. Supongo que no viene a contratar un proyecto.

Tras el saludo, Montoya soltó una risa suave, elevó el pecho y se abotonó el primer botón de la chaqueta del traje.

—En efecto —dijo con altivez—. Supone bien.

—Si no le importa... —respondió Don mirando a su alrededor—. Mejor que hablemos fuera.

—Como quiera.

Salieron al exterior bajo la mirada de la recepcionista y los dos agentes de seguridad que mantenían el orden en el edificio.

Montoya abrió su chaqueta y sacó del interior una pitillera metálica. Después la abrió.

—No fuma, ¿verdad? —preguntó y, antes de que el arquitecto respondiera, se colocó la boquilla de un cigarrillo entre los labios—. Debería pasar página y dejar de verme como una rencilla personal. Al fin y al cabo, yo hacía mi trabajo y usted el suyo.

—Estuve a punto de matarle.

—Pero no lo hizo —respondió mientras se encendía el pitillo con un Zippo metálico—. La vida da muchas vueltas. El honor y el orgullo no son más que dos asociaciones

erróneas. Los que sobrevivimos cada amanecer, sólo entendemos de lealtad cuando toca.

—Y de dinero.

—También. Aunque no siempre. Supongo que cada uno tiene sus particularidades.

El comentario incomodó al arquitecto.

—¿A qué ha venido?

—A asegurarme de que todo va en orden —dijo dando una calada—. No es que me importe demasiado su vida, pero soy un hombre de palabra.

—Llamé al número que me dieron. Creí que con eso era suficiente.

—Sí, sí... Hizo un trabajo excepcional, Donoso. De eso no nos cabe duda, aunque seguimos sin entender cómo fue capaz de tomar su vuelo a tiempo. En realidad, estoy aquí por algo más...

La mirada de Don se levantó.

A lo lejos, vio su Audi A8 negro estacionado tras los árboles del aparcamiento. La vista no le alcanzaba pero, probablemente, Mariano estaría allí y eso complicaba las cosas. Cuanto más se esforzaba por distanciarlo, menos lo lograba. Y eso le irritaba.

Él era el único que conocía la existencia de Montoya.

—Vayamos a mi despacho, ¿quiere?

El hombre de gafas de pasta miró al arquitecto por encima de sus lentes con incertidumbre, hizo una ligera pausa y dio una última calada antes de lanzar la colilla al aire.

—Como guste... —Respondió con sarcasmo—. Me muero por verla.

CAPÍTULO CUATRO

Las miradas curiosas revoloteaban como mariposas por el interior de la oficina cuando Montoya salió del ascensor. A pesar de que tenía el mismo aspecto que muchos de los hombres que visitaban personalmente al jefe, sus andares denotaban cierto exceso de seguridad que dejaban un rastro siniestro al caminar.

El historial de muertes de Montoya no era tan extenso como el del arquitecto pero, en otras circunstancias, habría sido un digno rival.

Entraron en el despacho de cristal y Don cerró con llave antes de avisar de que no le molestara nadie.

Montoya tomó asiento en una silla de plástico transparente, agarró un vaso de cristal limpio que había sobre un mueble y se sirvió un vaso de agua mineral de una botella sin abrir. Las confianzas que se tomaba no hacían más que irritar al arquitecto pues, aunque no tuviera la menor condescendencia, se estaba mostrando sumiso ante el resto del equipo.

—Lo tiene muy bien montado, Donoso —dijo Montoya y dio un trago para aclararse la garganta—. Ahora entiendo que aceptara.

—No tengo todo el día —dijo. Montoya sonrió, disfrutaba con el espectáculo. Después levantó el índice para pedir un respiro, introdujo la mano en el bolsillo de su pantalón, sacó un sobre doblado por la mitad y lo puso sobre la mesa—. ¿Me ha traído la factura del hotel?

—Muy chistoso... —respondió apoyándose en el respaldo de la silla—. Ábralo. Vélez cree que usted es el más apto para esto.

Recordó la imagen de aquel tipo de ojos azules, cabello hacia atrás y pantalones de pinzas.

El aeropuerto de Londres y su última carta.

Nunca somos realmente conscientes de la trascendencia de algunas decisiones, pensó.

Agarró el sobre, quitó el precinto y sacó una carta escrita a máquina. Un sistema en desuso que seguían utilizando los servicios de inteligencia para evitar la filtración de correos electrónicos.

En el interior había una fotografía de una mujer rubia con un niño. Don supuso que no tendría más de cuarenta y cinco años. Antes de leer el mensaje, observó la instantánea y recordó que él guardaba una parecida junto a su madre. Por desgracia, la foto de esa desconocida no le transmitía mucho. Era como si ninguno de los dos tuviera nada que decir.

—¿Quién es?

—Lea.

Desdobló la carta y encontró un texto breve dividido en tres párrafos.

En ellos, Vélez le hablaba de la mujer de la fotografía, Patricia Yulene Andersen, y de su hijo, ambos asesinados por dos hombres en pleno centro de Oslo. La noticia no habría tenido la menor trascendencia si Patricia Andersen no hubiera sido española y ex agente del CNI como especialista en Tecnologías de la Información y las Comunicaciones. Los

criminales, además de llevarse su vida y la del pequeño Adam, le habían robado un lápiz de memoria con información sensible y documentos de Estado. Vélez pedía al arquitecto que recuperara los documentos y diera su merecido a quien estuviera detrás.

Al terminar de leer la carta, notó cómo las piernas le temblaban, pero no era impotencia lo que sentía, ni tampoco pena. La presión de verse envuelto en una nueva cacería le hacía sentir como una rata corriendo en una rueda. Acababa de regresar de Praga y meses antes había actuado en Londres. ¿Cuál era el límite de aquellos hombres?, se cuestionó.

Ni siquiera él sentía ansias por seguir actuando.

La situación era insostenible. Lo que en un principio pensó que podía manejar, había empezado a controlarlo a él.

Montoya esperaba paciente frente al escritorio. Dio un segundo trago y miró penetrante al arquitecto.

—¿Y bien? —preguntó esperando una reacción de su interlocutor.

Don tomó aire y contrajo el diafragma.

—No puedo hacerlo —respondió tajante y dejó el folio sobre la mesa—. Esta carta no me transmite nada.

—La mataron —recalcó El Lobo—. A ella y a su hijo pequeño. ¿Qué más quiere? ¿Una violación?

—Baje la voz, aquí seguimos mis normas —ordenó el arquitecto irritado. Montoya no era el mejor de sus invitados—. Todos los días muere gente. Sola, acompañada, con sus hijos... No es así como funciono.

—Escuche —dijo su acompañante rompiendo la calma. Elevó la voz de nuevo y se incorporó de la silla—, esto no es una oferta de trabajo. Es una orden y tenemos un trato.

Las miradas de los empleados volvieron a clavarse en la oficina de cristal.

A pesar de que el sonido no traspasaba las paredes, los movimientos del antiguo agente llamaron la atención.

—Será mejor que se comporte, Montoya. No se lo volveré a repetir.

—No, relájese usted, Donoso —dijo y regresó a su asiento.

Una bruma silenciosa se posó sobre sus cabezas.

La situación era tensa y Don le había confesado la verdad.

Lo que le había sucedido a esa mujer era una desgracia, pero eso no cambiaba nada. Al parecer, después de tantos años, no habían comprendido que él actuaba por pasión y no por lógica. Sus instintos eran parecidos a los de un depredador enfermo y era su cuerpo quien dictaba cuándo debía actuar y no un grupo de dictadores.

—Mire, Montoya, con todo el respeto, creo que deberían haber estudiado mi caso antes de venir aquí —replicó con voz suave, tranquila, tocando la fotografía con las yemas de los dedos. Su invitado no dejaba de ser humano, tal vez más que él, así que buscó la forma de cambiar su estado fisiológico para hacerle entrar en razón—. No soy un sicario, nunca lo he sido. Si tan bien me conocen, sabrán de sobra que mis conflictos personales son otros... He cumplido con mi parte hasta la fecha, he realizado todo lo que me han pedido sin objeción alguna. En cualquiera de los casos anteriores, los perfiles de los sujetos se ajustaban a lo que yo considero... errores del sistema, ya me entiende... Pero, aquí, no veo más que una disputa entre agentes, intereses extracomunitarios y lucha de poder. Sin una motivación, me temo que fracasaría en mi misión.

Montoya escuchaba atento a cada una de las palabras que salían por la boca del arquitecto.

En efecto, estaba confundido. Él sólo era un mandado de Vélez y desconocía las razones por las que el jefe de la organización se había fijado en el arquitecto y no en otro.

—¿Me quiere decir que es una especie de Doctor Jekyll y Mr. Hyde?

—No tengo un trastorno de personalidad.

—¿Qué debo hacer para cambiar su opinión?

Don se levantó de la silla. La conversación había concluido.

—No puede. Esta vez, no —respondió. Montoya se puso en pie malhumorado. Tenía el rostro tenso y las arrugas se concentraban alrededor de su frente—. Entréguele el mensaje a Vélez.

En silencio, se cerró la chaqueta por el primer botón, puso la mano en la empuñadura de la puerta y lo intentó por última vez.

—¿Por qué se molesta?

Don no entendió la pregunta.

—¿En qué?

—En complicar más las cosas —contestó sin segundas intenciones—. ¿Es consciente de las consecuencias?

Don sopesó la respuesta.

—Recuerde por qué está aquí, Montoya.

—Y usted no olvide el lugar que ocupa, Donoso.

Una jornada intensa, más de lo que hubo imaginado antes de llegar a la oficina.

La visita de Montoya le había descolocado.

Lo conseguido sólo había sido una tregua para ralentizar la espiral de favores en la que se encontraba. Ni siquiera había transcurrido un año y al arquitecto ya le pesaban los grilletes de la esclavitud.

Durante las horas posteriores a la visita del exagente, Don se centró en el trabajo, en los proyectos que debía supervisar en los acuerdos que faltaban por firmar. Reuniones con miembros del equipo para ponerse al día, conferencias virtuales con diferentes clientes europeos y un sinfín de papeleo que debía leer antes de que cayera el sol.

Las miradas entre la ingeniera y él se cruzaban como una pelota de tenis que botaba entre el cristal de la oficina y el escritorio de ella. Marlena lo observaba con pena al notar el acusado cansancio en su parecer. Él sólo deseaba sentarse junto a ella y dejar que su voz se convirtiera en el hilo musical del resto del día.

A pesar de estar separados por escasos metros, apenas tuvieron tiempo para hablar.

Tras la ardua jornada, fue el último en abandonar el estudio. Ser el jefe también implicaba una responsabilidad con la que el resto no cargaba.

Sin darse cuenta, el día se había esfumado, el cielo se volvía oscuro hacia una noche cerrada y Madrid se transformaba en un cuadro de tonos amarillentos y sombras infinitas.

A la salida, el Audi negro esperaba con el motor encendido. Don se despidió de los que se preocupaban de mantener las instalaciones limpias y caminó hacia el vehículo.

—Buenas noches, señor —dijo Mariano contemplando su postura por el espejo retrovisor—. ¿A su domicilio?

—Así es, Mariano. Es hora de volver a casa.

—Un día largo, al parecer.

Don frunció el ceño.

—¿Cómo lo has sabido?

El hombre asintió levemente con la cabeza.

—Un semblante expresa más que mil palabras.

—¿Y qué le dice el mío?

Mariano dudó en responder.

Por su expresión, desconocía si el arquitecto lo estaba poniendo a prueba.

—Que necesita descansar, dormir un poco y recuperar el color habitual que tiene... —contestó con voz monótona—. Nada que no sepa, o que no le haya dicho anteriormente. Dicen que volar envejece.

Don sonrió y se preguntó si Mariano se atrevería a hablar con él. Después de todo, aquella conversación banal y acartonada no era más que un síntoma de incomodidad por el encuentro inesperado en el aparcamiento.

Guardó silencio y se relajó sobre el asiento mientras que la radio apaciguaba su inquietud interior.

Los árboles de las afueras se transformaban en bloques de edificios, ventanas de apartamentos, luces de farolas, avenidas y personas.

Con los músculos entumecidos, empezó a notar cómo los párpados se volvían más y más pesados. No quería pensar. Se sentía bien allí, abrazado a la nada, al vacío de un instante efímero e infinito a la vez.

Cuando se dio cuenta, el vehículo estaba detenido frente al portal de su vivienda.

—¿Ya hemos llegado?

—Así es, señor.

Movió la cabeza hacia los lados, desorientado por la somnolencia, y abrió la puerta dispuesto a salir.

—Gracias, Mariano. Que tengas una buena noche.

Antes de abandonar, el chófer se dirigió a él.

—¿Señor? —preguntó.

Por fin se había decidido a dar el paso.

—¿Sí?

—Mañana a la hora de siempre, ¿verdad?

El arquitecto lo miró de reojo, buscando una respuesta más allá de sus retinas.

Pero Don estaba equivocado. Tal vez Mariano no hubiese visto nada esa mañana y fuese todo un producto de su imaginación.

—Así es... —respondió dando un ligero golpe a la ventanilla del conductor—. Regreso a la normalidad.

Barrio de Salamanca (Madrid)

2 de noviembre de 2016

Para su sorpresa, no todo serían golpes. Al abrir la puerta del piso, un suave aroma a salsa le recibió en la entrada.

Siempre un paso por delante de él, Marlena preparaba la cena en la cocina del amplio apartamento del arquitecto. Se sintió culpable por haberse olvidado de ella. Le hubiese gustado llevarla a cenar a un sitio bonito, pero se alegró de que el desenlace hubiera sido aquel.

Por fin, se iba a sentir como en casa, encontrando el momento de paz que tanto había echado en falta, teniendo a su lado todo lo que necesitaba.

La música sonaba a todo volumen. La ingeniera se había esforzado en preparar los detalles de una cena en la mesa de cristal del salón.

Don cerró la puerta con suavidad evitando que le escuchara, dejó el abrigo sobre el sofá y se acercó a ella para sorprenderla.

Cuando sus manos se posaron sobre la cadera de la ingeniera, ésta dio un brinco que hizo volar la cuchara de madera que sujetaba. Al girarse, encontró el rostro agotado de su amado frente a ella, a escasos centímetros, bajo la luz amarillenta de los halógenos y la voz de Nina Simone que cantaba de fondo.

Sonrojada, le entregó un beso y se apartó, todavía descompuesta por el susto.

—¡No vuelvas a hacer eso! —exclamó entre risas—. Casi me matas, Ricardo...

Don sonrió y la arrastró hacia él con las manos. Pese al cansancio, la energía que desprendía era arrolladora y Marlena no podía resistirse.

—Conozco formas mejores —contestó él. Por un instante, se formó una ligera tensión en el rostro de ella. Cuando el arquitecto se percató de su error, refuló—. Sólo bromeaba.

Marlena recuperó la sonrisa y le propinó una juguetona palmada en el hombro.

—Contigo nunca se sabe.

—¿Esto es para mí? —preguntó cambiando de tema y señalando a la cena—. Nadie me había hecho algo así antes.

Marlena lo empujó unos centímetros continuando con el coqueteo.

—Es para los dos —respondió confiada y le regaló un guiño de ojos—. Lo último que me apetecía era pasar la noche contigo rodeada de camareros con esmoquin... Ponte cómodo, anda. Ha sido un día largo para ti.

—Para todos, creo —dijo aflojándose el nudo de la corbata.

Caminó hacia el dormitorio y se giró para observar la figura de Marlena. Le gustaba lo que veía. Hacía años que pagaba por todo: por tener la ropa limpia, por un plato en la mesa y por quien lo llevara a trabajar. El dinero no tenía ningún valor para él y, por ende, tampoco lo que conseguía a través de éste. Así que pensó que, tal vez, el amor empezara

por ahí: por ofrecer al otro, por la acción desinteresada, por no esperar nada a cambio, por creer en lo imposible.

Acompañados por la luz de las velas y una botella de Rioja Alta Gran Reserva, la cena transcurrió sin sobresaltos, dejando espacio entre las palabras para saborear mejor su significado. El arquitecto se dio cuenta de que Marlena era una gran cocinera, a pesar de que se habría ahorrado todo ese trabajo de haber ido a un restaurante. Ella parecía contenta, entusiasmada por estar allí junto a él. Don se dejaba querer y sonreía de vez en cuando, para disipar las sospechas y ocultar el malestar que le había generado la visita de Montoya. Pero, tarde o temprano, el asunto llegaría a la mesa.

—Por cierto, todos se han preguntando quién era ese hombre que ha venido a verte esta mañana —dijo ella mientras cortaba el solomillo de ternera bañado en salsa—. ¿Era un cliente del estudio? Me sonaba su rostro, aunque no sabría decirte de qué...

Don dio un sorbo a la copa de vino mientras buscaba una respuesta.

Luego alargó el brazo, acarició la piel de su acompañante y la miró con dulzura.

—Así es. Era un viejo cliente.

—Pero nunca ha estado en la oficina, ¿verdad?

La presión le pudo y emitió un ligero suspiro.

—¿Te importa si dejamos el trabajo para otro momento? —preguntó con sequedad—. Por hoy ha sido suficiente. No es un tipo fácil.

Ella lo miró con los ojos abiertos, desconcertada por su reacción. Cautela, prefirió dejar el asunto y seguir con la velada. Don no entendía de tonos grises.

—Por supuesto...

De nuevo, la incomodidad los alejaba.

—Lo siento —rectificó el español—. Apenas he dormido en los últimos días.

—Entonces tengo lo que necesitas.

—¿Qué es?

Marlena se levantó, lo abrazó y se sentó sobre sus rodillas.

—Un postre de fruta que te hará olvidarte de todo.

Después se alzó y se dirigió hacia la cocina.

Disfrutaron del postre, terminaron el vino e hicieron el amor como dos salvajes, entregándose el uno al otro para terminar acurrucados y adormecidos bajo las sábanas de seda.

Con la cabeza de Marlena bajo su brazo, Don se acariciaba el pecho mientras fijaba la atención en un punto ciego del dormitorio, perdido entre sus pensamientos, con la sonrisa rota de Montoya rondando entre ellos. Ella dormía y él, aunque agotado, sólo se sentía hinchado de comida y vacío por dentro. Las preocupaciones se amontonaban: Mariano, su amada y Vélez. Recordó la mirada hueca de esa mujer, Patricia Yulene Andersen. Se

cuestionó por enésima la causa por la que Vélez se habría fijado en él para ese trabajo.

Carecía de sentido.

Era algo que podía hacer cualquiera.

Un robo de información entre agencias. Tal vez no. Quizá hubiera algo más que Montoya desconocía. Detestaba el nuevo hermetismo con el que operaban. Se dijo a sí mismo que debía olvidarse del asunto.

Pero las preguntas corrían a toda velocidad por su mente. Le dolía la cabeza al no dar con una respuesta precisa. Ese exceso de control, lo volvía loco, incapaz de desconectar sin dar con la incógnita. En otra situación, se habría ido al baño para prepararse una raya de cocaína, pero debía conciliar el sueño, aunque fuese por unas horas.

Harto de que su mente pareciera una partida de tenis de mesa, decidió levantarse a por una aspirina. Sin esperarlo, el teléfono móvil vibró sobre la mesilla de noche. Eran las dos de la madrugada. Un correo electrónico había entrado en la bandeja.

El destinatario era anónimo.

En la penumbra, desbloqueó la pantalla, accedió al mensaje y encontró un enlace a una noticia de un diario noruego.

Con delicadeza, desplazó la cabeza de su compañera hacia un lado para no despertarla y abandonó la cama.

Después se puso en pie y salió del cuarto.

CAPÍTULO CINCO

Gran Vía (Madrid)

2 de octubre de 2003

Detestaba esperar, aunque se había acostumbrado a llegar siempre el primero. Con los años, se dio cuenta de que las esperas, no siempre eran innecesarias. A veces, la propia naturaleza cruza los caminos cuando menos lo imaginamos.

Llegar tarde adrede por el temor de mostrar necesidad, el miedo de quedarse solo o la agonía de sentirse inferior a la otra parte de la cita, era algo muy latino, muy arraigado en una sociedad de la que Ricardo no se sentía parte, sino a la que más bien intentaba adaptarse para pasar desapercibido.

Por su parte, a base de errores, comprendió que el exterior no debía alterar su conducta. Mantener la calma era primordial si quería seguir alimentando su deseo. En los últimos años, la ansiedad había aumentado y los ansiolíticos que le robaba a su madre ya no surtían efecto en su sistema. Entonces se dio cuenta de que lo suyo no era una patología, ni un trastorno mental y tampoco un talento, a pesar del diagnóstico que le pudiera dar un especialista.

Conocerse a sí mismo fue el primer paso para aceptar que poseía un instinto diferente a los demás, una cualidad que debía permanecer oculta, entre las sombras, tal y como la había llevado su padre y, probablemente, alguno de sus ancestros.

Desafortunadamente, ser testigo de los castigos que su padre daba a su madre ayudó a que floreciera el deseo antes de hora. De haberlo sabido antes, habría tenido una conversación antes de acabar con él. Pero ya era tarde, necesitaba ayuda y no podía contar con nadie. Estaba atrapado en su propio laberinto.

Por suerte, los aspectos mundanos de la vida cotidiana le ayudaban a sobrellevar la carga. Había llenado sus horas de actividades con la intención de pasar el menor tiempo posible en casa. Incluso empezaba a desenvolverse conversando con desconocidas.

Una vez hubo dejado en casa a su madre tras el paseo por la Castellana, regresó al centro de la ciudad para despejar la mente durante unas horas y, por qué no, encontrar un poco de entretenimiento en el corazón de la ciudad.

Con la mirada clavada en las portadas de los diarios que asomaban en un kiosco de la Gran Vía, percibió por el rabillo del ojo izquierdo una presencia conocida.

Adecuada a los tiempos de entonces, iba vestida con un abrigo tres cuartos de color negro, un jersey de color rojo, vaqueros y botas negras. Miranda tenía el cabello corto y liso, las cejas gruesas y los párpados y pómulos manchados de maquillaje. Delgada, con las piernas largas y una mirada felina, llamaba la atención con su caminar, tanto de hombres como de mujeres, aunque vistiera como una chica más de su edad.

Miranda Salgado era dependienta en una tienda de electrodomésticos durante su jornada laboral y transgresora cuando se ponía el sol.

Se habían conocido en un bar de copas en el que trabajaba una amiga suya. En una de sus cacerías, Don se fijó en ella y se quedó prendado con lo misteriosa que podía ser sin

mentar palabra. Era diferente al resto y eso le gustaba. Al arquitecto no le interesaba mezclarse con compañeras de trabajo ni con mujeres que estuvieran relacionadas con éste.

Tampoco tenía interés en casarse ni en formar una familia.

Desde muy temprano, separó su ámbito profesional del privado, hasta el extremo de ser una incógnita para sus superiores en el momento que abandonaba el despacho. Por otra parte, Miranda se desmarcaba de todo perfil conocido hasta el momento por el arquitecto, tanto, que ni siquiera compartían gustos culinarios. Madrileña, hija de abogados y de buena familia, había decidido estudiar Arte Dramático y formar parte de una banda de *grunge*. A la actriz le gustaba el arquitecto porque no hacía preguntas, era atractivo, discreto y tenía las cosas claras.

Ella sabía que había alguien más detrás de esa máscara y estaba dispuesta a arrancársela con tal de divertirse.

—Llegas tarde —dijo él apoyado en la pared y con el gesto serio. La chica omitió sus palabras y le entregó un beso en la mejilla. El perfume apaciguó al arquitecto dejando un aroma dulce entre los dos.

Después lo miró, pasó las manos por encima de su jersey y simuló quitarle las arrugas.

—¿A dónde me vas a llevar a cenar hoy?

Don se rio.

Era parte de su juego.

—A ninguna parte —contestó mirándole por encima a escasos centímetros—. Límitate a seguirme. Tus largas y bonitas piernas harán el resto.

Y aquello era parte del suyo.

Pronto, el joven descubrió que, relajando el tono de sus palabras y aplicando cierta musicalidad, la honestidad se transformaba en gracia y el humor, un aspecto ausente en su personalidad, se convertía en su aliado con las mujeres. Podía decir lo que le viniera en gana, por muy sincero que fuera, que ellas dudarían de sus palabras.

Esa seguridad lo volvía aún más deseable.

Pasearon durante veinte minutos por la calle de San Bernardo, arropados por las fachadas de los edificios con hermosos balcones, de las tiendas de ultramarinos a pie con los productos en el escaparate y de las cafeterías que desprendían bullicio desde la entrada.

A diferencia del resto, caminar por el centro de la ciudad le aliviaba. Sentirse una hormiga silenciosa en medio de una ola de multitud era lo que necesitaba durante el fin de semana. Cada persona combatía contra sus demonios como podía y aquella era su manera de enfrentarse a ellos.

—Mira a toda esta gente... —dijo Miranda señalando a un grupo de jóvenes con cresta que bebían y armaban jaleo en un banco público. Le dio una calada a un pitillo recién encendido y exhaló el humo molesta—. Nadie se atreve a decirles nada.

Don los observó. Eran cuatro. No parecían peligrosos, aunque sí conflictivos, con ganas de provocar una pelea. Dos de ellos tenían la cabeza rapada y llevaban simbología antisistema repartida por las chaquetas de cuero. Los otros dos mantenían la mirada a los hombres que cruzaban por delante.

—Son problemas innecesarios.

La joven lo miró con desdén.

—Corta el rollo, tío —reprochó—. Hablas como mi viejo...

—¿Cuál es tu problema?

—Nos pasamos la juventud pataleando, buscando la manera de ser diferentes para terminar de adultos actuando como los demás —replicó ella—. ¿No crees que es patético?

Don eligió las palabras adecuadas antes de responder.

De algún modo, Miranda había tocado su fibra más sensible.

—Algunas personas nunca llegan a ser como los demás. No pueden.

—¿Quién dice eso?

—Está en la genética. No la puedes cambiar.

La chica lo miró con seriedad. No le gustaba dar la razón sin haber rebatido antes una idea y, por supuesto, no estaba de acuerdo con el discurso de Ricardo.

—¿Para qué querrías ser igual que el resto?

Él la miró y vaciló. Después regresó a las baldosas.

No era fácil explicarse cuando los sentimientos contradecían a las palabras.

No resultaba sencillo fingir ser otra persona para complacer a quien no era capaz de reconocer sus esfuerzos.

La farsa sólo llevaba a la frustración, y ésta a la impotencia, desatando el peor de sus comportamientos, destruyendo su alrededor y lo que más quería. Así y todo, no conocía otro camino para ser aceptado por los demás.

—Para no llamar la atención.

—¿Para qué desearías eso?

—Para poder ser quienes realmente somos... y así liberar aquello que reprimimos.

Cenaron en un bar castizo de los alrededores de la Puerta del Sol. Una casa de comidas mundana, de alboroto, tapas de embutido y cervezas bien tiradas. Un lugar adaptado al salario de los dos, que por entonces no era muy alto.

Don era consciente de que sus días en esos lugares tenían fecha final.

Romper con el pasado renunciando a su posición social para adoptar una mejor, era otra forma de deshacerse de la sombra que lo perseguía.

Allí entrenaba, conocía un lado de la sociedad para obtener lo más crudo de éste y ofrecérselo al acomodado, al que buscaba lo hostil entre tanto lujo y aburrimiento.

Cuando cruzaba por delante de las entradas de los restaurantes de lujo que ocupaban las perpendiculares a Serrano, veía a todos esos comensales guapos, elegantes, tanto ellos como ellas, bien vestidos y con una sonrisa perenne en los labios. Aquellas personas no parecían tener nunca problemas, pensaba, como si su vida pasara como un interminable anuncio de champaña. La brecha era obvia y sólo tenía que mirar a su alrededor, sin importar donde se encontrara, para darse cuenta de quiénes eran los perdedores de la partida.

Finge hasta lograrlo, leyó una mañana en una revista de negocios americana. Y el arte de fingir, a él, se le daba muy bien.

Pese a la insolencia momentánea que, de vez en cuando, manifestaba, Miranda era una acompañante divertida, atrevida y con una visión de la realidad diferente al resto. El arquitecto no tardó en percibir que esa rabia acumulada hacia lo externo, el deseo incesante de cambiar el mundo a su manera, no era más que una frustración no realizada, una falta de apoyo familiar que echaba de menos. La rebelión, en la mayoría de casos, no es más que una manifestación de disconformidad contra nosotros mismos.

Dado el perfil de la chica y sus gustos personales, él tenía la seguridad de no encontrarse con ninguna persona relacionada con su ámbito laboral. Eso le relajaba, le hacía sentir más libre.

Sabía que cuando se pasaba demasiado tiempo con alguien, los defectos salían a la superficie.

Todavía no se habían besado cuando el reloj de Don señalaba las dos de la madrugada. La plaza del Dos de Mayo rebosaba de jóvenes y no tan jóvenes que buscaban un poco de diversión entre las callejuelas cercanas al metro Tribunal. Era una época de cambio, de bandas musicales que revivían el panorama musical nacional. Un periodo absorbido por la música electrónica, el rock patrio, las fiestas que continuaban hasta que saliera el sol y, sobre todo, los años dorados de las drogas de diseño.

En el interior del Vía Láctea no cabía nadie más.

Una barra alargada cubría parte del pasillo que formaba la entrada y en la que una melé de clientes intentaba pedir. Vasos de tubo, botellas de ginebra, ron y whisky y dos camareros con las pupilas desencajadas y la expresión acelerada.

Miranda agarró de la mano al arquitecto y lo arrastró hacia los baños del local. Allí sacó una papelina de polvo blanco, una tarjeta de prepago para las cabinas telefónicas y un

billete arrugado de dos mil pesetas.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó él más intrigado que molesto.

Con el cilindro separando su tabique del polvo, levantó los párpados pintados y sonrió con desafío.

—¿Nunca lo has probado?

—¿Qué es? —cuestionó curioso.

Las únicas sustancias que conocía eran las anfetaminas. Le ayudaban a concentrarse y perder el deseo de actuar. Sin embargo, se había acostumbrado a ellas durante la época universitaria y cada vez actuaban peor en su organismo. El único temor que tenía a lo desconocido era su reacción. Un efecto indeseado y perdería el control de su cuerpo—. ¿Cocaína?

Ella se rio.

—Ojalá —contestó—. Es *speed*. Peor, pero parecido. Te sentará bien.

Don se quedó pensativo.

Miranda regresó a su tarea y esnifó el polvo blanco de un golpe.

Después echó la cabeza hacia atrás, se limpió la nariz y le pasó el billete enrollado en un cilindro.

Don la miró a los ojos y una inmensa sensación de inseguridad y rebeldía se apoderó de él. El mundo, tal y como lo conocía, parecía agrietarse mientras decidía en el interior de aquel baño. Puede que esa fuera la razón por la que Miranda lo hacía. Actuar contra las normas, burlarse de lo establecido, morder la manzana prohibida. Aquello no hacía más que dotar de sentido y vida cada latido del corazón.

Por un instante, se liberó de lo que podría pasar después.

Por un segundo, se deshizo de sí mismo lanzándose al vacío.

Don agarró el tubo de papel, Miranda le preparó otra raya, acercó la cabeza a la tapa del inodoro, aspiró con fuerza y el polvo blanco corrió por su tabique nasal.

CAPÍTULO SEIS

Barrio de Salamanca (Madrid)

3 de noviembre de 2016

El ruido de los coches de la calle lo despertó de una pequeña siesta de treinta minutos. Finalmente, el cansancio lo había derrotado, a pesar de que lo hubiera intentado todo por mantenerse en pie.

Sentado en el sofá, había investigado sobre la noticia que el mensajero le había hecho llegar. Todas las búsquedas le llevaban al mismo callejón sin salida.

En ninguna parte figuraba el nombre de Patricia Yulene Andersen ni el de su hijo y eso lo volvía todo más confuso.

La noticia adjunta en aquel correo informaba de que la Policía había encontrado el cadáver de una mujer y el de su pequeño en el callejón de una céntrica calle de la ciudad. Ambos presentaban síntomas de estrangulamiento y habían recibido numerosas cuchilladas hasta morir desangrados.

Según la información, un testigo anónimo avistó a dos individuos que desaparecieron por los alrededores de la calle Kirkegata y no tardó en avisar a los agentes de seguridad, pero el esfuerzo fue en vano. Cuando la ambulancia llegó, ya habían fallecido.

A medida que el arquitecto avanzaba, una fuerte presión le nacía en la boca del estómago.

Apretó los puños, las mandíbulas y respiró hondo para controlar sus instintos.

El suceso había consternado a la población noruega, que manifestaba su descontento por la ausencia de armas en el cuerpo policial y la gestión de una política inmigratoria nefasta.

Además, durante ese mismo año, en el barrio de Grønland, otra mujer había sido víctima de una agresión sexual a manos de un ciudadano kurdo, lo cual había desencadenado diversos brotes de xenofobia en el país.

Demasiadas coincidencias que parecían casi perfectas para activar los mecanismos de actuación del arquitecto.

En otra ocasión, no habría tenido escapatoria, pero la experiencia le había enseñado a reflexionar, a tomar distancia de sus emociones y pensar con la cabeza fría.

Todo apuntaba a un homicidio calculado, intencionado para fracturar a la sociedad.

Se dijo que, tal vez, sólo fuera un cebo de Vélez para que él caminara hacia lo más profundo de su propio agujero y terminara el trabajo que alguien se había dejado a medias.

Sin embargo, lo que pasaba por alto era la semilla que ya había sido plantada en su interior.

Decidió dejar la noticia a un lado y buscó más información sobre aquella mujer, una noruega casi inexistente en la red si no fuera por un falso perfil de trabajo en una conocida red social laboral.

En efecto, era ella, la misma que le había mostrado Vélez en la foto.

Al contrario de lo que Montoya le contó, Patricia Andersen ocupaba un humilde puesto como ingeniera informática en una pequeña empresa de sistemas de Oslo.

Tras una larga búsqueda, Don logró dar con alguien, un nombre, una pista que podía aclarar lo que más le preocupaba: averiguar si Vélez y su equipo le estaban tendiendo una trampa.

Jakub Maranowski, un polaco de cuarenta y cinco años, original de Varsovia y director de marketing en la empresa en la que trabajaba Andersen.

A pesar de que no existía demasiada información sobre el sujeto, una fotografía casual de Andersen y él le llevó a interpretar que serían pareja.

Eso, o sabían vender su mentira muy bien.

Pero tenía una corazonada.

No había más que estudiar el lenguaje corporal de ambos, cómo se abrazaban y la forma en que sus cuerpos estaban pegados, para deducir que existía una conexión de algún tipo entre los dos.

Para su infortunio, la investigación se vio interrumpida al despertar de la breve siesta.

Desde hacía unos meses, la vida del arquitecto se había abierto hacia nuevos caminos y no siempre recordaba que ya no caminaba solo. Había pasado de ser un lobo solitario preocupado únicamente por sobrevivir, a tener que dividir sus pensamientos en más áreas. Y eso, lo volvía débil y susceptible de ser sorprendido.

Cuando abrió los ojos encontró a Marlena con un pijama de seda blanca. Llevaba los anteojos puestos y tenía una postura corporal rígida y hostil.

El ordenador portátil de Don, que había estado junto a él, encima del sofá, antes de quedarse dormido, ahora se encontraba plegado sobre la mesa.

Por su actitud, Marlena demandaba una explicación, aunque todavía no le había manifestado cuál.

Don agitó la cabeza confundido y pestañeó sin desviar la mirada de su pareja. Pronto llegarían las preguntas. Probablemente, cuestiones que poco tenían que ver con la investigación de esa chica, pero que habrían activado las alarmas sentimentales de la ingeniera.

Después de todo, con tanto exceso de viaje, lo más lógico es que sospechara de él.

—¿Qué hora es? —preguntó el arquitecto mirando hacia la ventana. Todavía era de noche y las luces de las farolas de la calle resplandecían por la ventana—. Debo de haberme quedado dormido...

—Son las seis y media —respondió con voz tosca—. ¿Qué sucede, Ricardo?

Tenía los brazos cruzados.

Se fijó en los pies de la mujer, hermosos, delicados, con los dedos ni muy grandes ni muy pequeños. Iba descalza y las piernas le brillaban.

Su cabeza buscaba una salida.

—Es jueves. Será mejor que me prepare para el trabajo.

Pero Marlena no estaba dispuesta a apartarse de su camino.

—¿Confías en mí? —Preguntó horrorizada.

Temía escuchar lo que no deseaba.

Él no se inmutó.

La mirada de la ingeniera hablaba por ella.

Mientras que a Don sólo le preocupaba que Marlena conociera su pasado, ahora transformado en presente; la ingeniera temía que Don le hubiese sido infiel con otra, aunque él no encajara con ese perfil de hombre. Temía que no fuera suficiente mujer para él y que, tras haberse entregado en cuerpo y alma al arquitecto, él traicionara el pacto de lealtad y respeto que ambos tenían. Y, por eso, no reaccionó.

A diferencia de ella, Don sí era capaz de fingir y silenciar sus inseguridades más profundas.

—Por supuesto... —respondió el arquitecto adoptando una postura relajada—. Ven, siéntate aquí.

Ella vaciló unos segundos y después se sentó a su lado.

Él acarició su cabello jugando con los dedos.

—Estoy confundida, Ricardo... —murmuró a escasos centímetros de su oído—. ¿Qué está ocurriendo? Actúas de un modo extraño desde que regresamos de Londres.

—Lo sé.

Las pupilas de Marlena se dilataron.

Uno de los errores humanos más repetidos era el de anticiparse a la respuesta del interlocutor. Ocurría con frecuencia cuando la otra persona ya había sembrado en su mente una idea equivocada, aunque posible, dando por sentada una verdad sesgada, a pesar de desconocerla.

—¿Y por qué no me dices nada? —Replicó. Su postura se volvió tensa y rígida—. No siempre es fácil digerir tanto secretismo. Se supone que soy tu amiga...

—Así es —respondió tajante.

No tenía respuestas para sus reproches, pues era la primera vez que Don se veía envuelto en una relación sentimental de verdad. Tampoco las necesitaba.

Pese a su escasa verborrea, se sentía perdido al buscar una explicación racional y lógica que calmara el dolor de Marlena, porque el único argumento sólido era la verdad y aquello no entraba en sus opciones.

—¿Existe otra mujer, Ricardo? —Preguntó finalmente.

La curiosidad fue superior.

Él rio hacia sus adentros y sintió un ligero alivio. No quería hacerla sentir estúpida, pero

desviar la conversación por esos derroteros le quitó un gran peso emocional de encima.

—En absoluto, Marlena.

—¿Quién es ella?

Él ladeó el rostro fingiendo expectación.

—¿Ella?

—La mujer de la foto. La misma que estabas buscando en tu ordenador... —dijo temblorosa, dolida y avergonzada a la vez. Tenía miedo a que él reaccionara como no debía, pero también poseía las agallas necesarias para levantarse y largarse de allí si la ocasión lo merecía—. Te has quedado dormido, me he despertado y he mirado en la pantalla. Sé que no debía, pero no he podido...

Para ese momento, Don ya tenía armada su habladuría.

—Se llama Patricia Yulene Andersen.

—Así que la conoces...

El tono de voz de la ingeniera se desvaneció como la fuerza de una ola tras romper en la orilla.

—La conocía... —explicó con voz neutra. Quizá, dotar la situación de dramatismo le ayudaría a disipar las dudas. Los ojos de Marlena se llenaron de tristeza—. Hace unos días la asesinaron junto a su hijo en el centro de Oslo. Todavía se desconocen las causas, por eso estaba buscando alguna noticia sobre lo ocurrido.

—¿Qué pasó?

—No lo sé. Sólo me han avisado de lo que había sucedido, aunque no hay casi información en la red.

—¿Era tu amiga?

Don vaciló por un instante.

—Más o menos —contestó y apoyó el rostro sobre sus manos.

—¿Habíais tenido algo antes? —Preguntó indecisa.

—No... Por supuesto que no.

La respuesta cayó como un jarrón de agua helada.

De pronto, la ingeniera se derrumbó y abrazó al arquitecto como gesto de consuelo. Se sentía como una estúpida al haber puesto en entredicho su relación.

Don, consciente de su reacción, prefirió no hacer nada.

Era lo mejor.

Pronto se habría pasado y todo habría vuelto a la normalidad. Al mismo tiempo, aquello le daba margen de acción. Necesitaba pensar. No podía quitarse de la cabeza lo que le había sucedido a esa mujer.

—Hay que ser un monstruo para hacer algo así —dijo ella estremecida por la noticia—.

Los criminales no deberían quedar impunes de sus actos.

Algo se encendió en el rostro del arquitecto y volvió la mirada hacia la mujer. Ahora era Marlena quien estaba afligida por la noticia. Después de todo, ella sí que lograba empatizar con la víctima.

—El mundo es un lugar salvaje, Marlena.

—Ese es el problema —respondió ella con impotencia—, que nadie hace nada para que deje de serlo...

—No, te equivocas —dijo y la ingeniera lo miró a los ojos—. El problema es que una gran parte se ha olvidado de su instinto animal... y de su condición como superviviente.

CAPÍTULO SIETE

Plaza Mayor (Madrid)

3 de noviembre de 2016

Un hombre disfrazado de superhéroe se dejaba fotografiar junto a una pareja de turistas ingleses. La plaza central de la capital era un hervidero de personas que caminaban como hormigas, de turistas locales y extranjeros que buscaban la instantánea perfecta mientras los más ávidos ponían el ojo en las billeteras de sus víctimas. Mujeres que leían el futuro en la mano de un asiático desprevenido, mientras otras le vaciaban el bolsillo trasero de la mochila.

Los puestos ambulantes de reliquias de la Segunda Guerra Mundial, sellos de colección y pines antiguos, ocupaban los laterales del recinto que se impregnaba de olor a aceite frito procedente de las churrerías y los bares de bocadillos de calamares.

El arquitecto detestaba aquel lugar, sitio de muchos y de nadie al mismo tiempo. El escenario perfecto para un crimen de novela, a la vez que para ser cazado en pleno acto.

Detestaba aquel entorno con todas sus fuerzas porque, entre muchas de las razones, toda esa gente y su alboroto le recordaba a donde pertenecía, al pasado del que tanto había deseado huir. Un fastuoso recuerdo que, de algún modo y sin encontrarle razón, terminaba siempre regresando a él.

Con paso lento y tranquilo, se escabulló entre la jauría. Levantó la vista y miró a los balcones que bordeaban la plaza. La sensación constante de paranoia era difícil de evitar, como si unos ojos, entre las sombras, se movieran tras los visillos de las ventanas, siendo más rápidos que los suyos.

Quizá aquella fue una de las tantas razones por las que Montoya le había invitado a verse allí. Un lugar neutro, a la vista del resto. Un sitio estupendo sin margen de maniobra para el arquitecto.

Los trucos y las estratagemas de última hora quedarían a parte.

El agente había aprendido la lección tras su encuentro en Florencia y jugar en casa era diferente.

No habría lugar para las grietas.

Allí el viento siempre soplaba a su favor.

—¿Cuál es su depredador preferido, Donoso? —Preguntó Montoya, con su rostro arrugado y largo y el cabello gris ondulado fijado hacia un lado. Abrigado en un tres cuartos de color azul marino, cruzaba una pierna mientras se recostaba en el respaldo de la silla de hierro de una cafetería de la plaza.

Frente a él, un café solo y un cenicero vacío.

El sol de la mañana calentaba su mirada, cubierta por unas gafas de sol italianas.

Don sopesó la respuesta con la taza de su café entre las manos.

Se preguntó si sería otro de sus trucos o una mera introducción a algo más profundo.

Aquel no era un encuentro entre amigos, sino la respuesta a un ultimátum implícito.

—Quiero unas garantías —contestó dando un sorbo al café quemado. Montoya expiró el aire con molestia.

—Por los clavos de Cristo... ¿Se relaja alguna vez? —Preguntó desdeñoso—. Responda a mi pregunta primero.

Don inspiró con profundidad. Debía mantener la compostura.

De nuevo, aquella imagen en la piazza della Signoria.

Se preguntó cuántas veces se arrepentiría de no haber accionado el gatillo esa tarde.

—El lobo, como usted.

Montoya alzó una ceja. Era su apodo de batalla.

—Muy ingenioso... Pensé que lo suyo eran los felinos.

—Para el lobo el resto no son depredadores. Sólo presas... Por eso le llaman así, ¿verdad?

—Excepto el hombre —añadió el agente—, que los ha extinguido... Lo mío es más una referencia a las malditas canas.

—No.

—No, ¿qué? —Preguntó Montoya inquieto.

—El hombre tampoco es considerado un depredador... sólo una presa difícil.

—Ya, lo que quiera... —dijo mirándole de reojo. Montoya no parecía estar interesado en su explicación, pues ambos eran conscientes de que el agente trataba a Don con la misma empatía de un domador circense—. Será mejor que nos centremos en lo importante. ¿No cree? El tiempo corre y no a nuestro favor... Por su llamada, interpreto que ha tomado una decisión al respecto... Nos alegra saber que está dispuesto a colaborar de nuevo.

Sus últimas palabras chirriaron con burla, como si no tuviera elección.

El arquitecto se prometió ahogar a ese cretino algún día con ellas.

—Ya le he dicho que antes quiero unas garantías.

—Puede pedir lo que quiera, Donoso... —replicó hastiado—. Sabe tanto como yo que las garantías no existen, ni para usted, ni para mí. Bastante es que ambos sigamos con vida.

Don interpretó la respuesta de Montoya como un farol, una falsa camaradería que sólo pretendía acercar su lado humano al del arquitecto. Conocía esos juegos psicológicos y no estaba dispuesto a tropezar en ellos. No era un aficionado. Puede que trabajara para un ente superior a aquel tipo y que ése sólo fuera un enviado más en la pirámide de poder, pero eso no era razón para tachar a Montoya de su lista de enemigos.

El agente miró a su alrededor para asegurarse de que nadie se entrometía en la conversación e introdujo la mano en el interior de su abrigo. Después sacó un sobre

arrugado y se lo entregó al arquitecto.

Don agarró el envoltorio.

Al sujetarlo, sintió cierta fuerza que le impedía retirarlo. Los dedos de su interlocutor seguían allí, así que levantó la mirada y se cruzó con él.

Una vez hubo asentido en silencio, el papel se deslizó por las yemas del agente y el arquitecto comprobó lo que había en el interior.

Dos fotografías a todo color, tres hombres diferentes.

En una de ellas aparecía el rostro del hombre que había encontrado la noche anterior en la red. En la otra, la cámara había fotografiado a dos tipos de pelo corto y perilla, vestidos con chaquetas de cuero negro y vaqueros. La instantánea había sido tomada desde lo alto de un edificio, pero se podía apreciar la corpulencia de uno de los hombres.

—Supongo que ya conoce al primero —dijo y le hizo un ademán de manos para que sacara las fotografías de su vista. Don las devolvió al sobre y lo guardó en su abrigo—. ¿Me equivoco?

—Tal vez... ¿Qué le hace pensar eso? —Preguntó con recelo.

—Se cree muy listo, pero no es el único que estudia el lenguaje corporal de los demás —explicó con soberbia y regresó al tono cadente que tanto usaba—. Su nombre es Jakub Maranowski, varsoviano y amante de la señorita Andersen. Cerebro del asesinato de nuestra compañera.

—Era el padre de la criatura.

—Así es, pero no le importaba demasiado —añadió con ligera molestia—. El mundo está lleno de hijos de perra, ¿verdad, Donoso?

—Es una aberración lo que está diciendo, en ese caso...

—Sí, ambos sabemos qué haría usted en casos como este —respondió compasivo—, pero tranquilícese, aún debe conocer algo más.

El arquitecto digirió las palabras como pudo para evitar la provocación.

—¿Cuál fue la razón? ¿Venganza?

—¿Qué? No, demonios... en absoluto —contestó Montoya y sacó un paquete de cigarrillos de su chaqueta. Colocó el filtro entre los labios y después levantó la tapa de un mechero Zippo plateado con la bandera de España pintada en él. La llama cubrió la punta del cigarrillo y rápidamente prendió. Después sonó un ligero chasquido y devolvió el mechero a su bolsillo. El olor a gasolina llegó al arquitecto—. Un jodido *ubek*...

Don movió ligeramente el rostro. Estaba confundido.

—Lo siento, pero...

—¿Le suenan las iniciales SB?

—No. Jamás las he oído —dijo el arquitecto con curiosidad.

—*Służba Bezpieczeństwa* —contestó Montoya en polaco con una casi perfecta

pronunciación—. El antiguo servicio de inteligencia polaco... hasta que cayó el Socialismo. Fueron quienes intentaron cargarse a Lech Wałęsa tras lo de Solidarność... Supongo que le empieza a sonar la historia.

—Más o menos... —respondió el arquitecto fuera de la conversación.

Conocía lo justo, pero jamás habría imaginado que se fuera a ver implicado en un asunto de agentes. Ese no era su ámbito, a pesar de que estuviera convencido de que todos los hombres valían lo mismo una vez muertos. Sabía que, si lo hacía, no sólo pondría en peligro su vida, sino la de todo aquel que lo rodeara—. No quiero parecer ingenuo, pero si la SB desapareció tras el Socialismo, este hombre trabaja para...

—La SB nunca llegó a desaparecer —interrumpió Montoya dando una calada al cigarrillo disfrutando de la conversación. Podía ver en los ojos del arquitecto cómo la duda de lo desconocido le corroía por dentro. Si tan bueno era como Vélez decía, pronto se demostraría con hechos—, al menos, de manera extraoficial... Al igual que nosotros, siempre quedan restos que rehúsan los cambios externos, siempre hay un limbo para los renegados... Te pueden joder la vida una vez, pero no dos.

—Antiguos agentes reorganizados.

—Más o menos... —dijo Montoya—. Digamos que cada uno se busca las habichuelas como puede.

—¿Por qué el niño?

Vélez suspiró de nuevo, dio una calada y aplastó el cigarrillo contra el cenicero. Don se preguntó cuál habría sido su relación con esa mujer.

De repente, su acompañante se había cansado de fumar.

—Será mejor que se lo pregunte usted —sugirió sin desviar los ojos del rostro del arquitecto. Se mostraba tenso, dolido, como si recordarlo le hiciera sentir culpable de aquella desgracia—. Vélez quiere que viaje a Oslo y se reúna con Maranowski. Mañana tarde volará desde Barajas a la capital noruega en un vuelo comercial. Tiene una habitación reservada en el hotel Continental. Olvídese de sus aviones privados y demás parafernalia. Queremos discreción y silencio absoluto, ya me entiende... Cuando llegue a su habitación, un empleado del hotel le entregará las instrucciones. No le haga preguntas, no le diga quién es. Él sólo es un recadero... Localice a Maranowski en Grønland, el barrio musulmán de la ciudad. Él le contará qué sucedió y las razones por las que hizo lo que hizo. También le dirá quiénes eran los hombres que acribillaron a la señorita Andersen y a su hijo.

El arquitecto miró al agente con intriga. Estaba muy seguro de lo que manifestaba.

—¿Cómo tiene la certeza de que no encontraré resistencia?

Entonces, la arruga que nacía del extremo de los labios de Montoya se tensó. Una ligera mueca se esbozó en su rostro.

—No he dicho tal cosa —respondió—, pero confiamos en usted. Sabemos que es eficaz haciendo preguntas.

Un incómodo silencio habitó entre los cuerpos de ambos hombres. Dispuesto a

marcharse sin decir palabra, Don colocó las manos en los reposabrazos de la silla, cuando el brazo de Montoya lo detuvo.

Fue un gesto hostil.

Don no estaba acostumbrado a que alguien pusiera una mano sobre su cuerpo y menos todavía un hombre.

—¿Debo saber algo más?

—Haga lo que tenga que hacer —sugirió el agente—, pero déjelo con vida.

Un chispazo recorrió la columna del arquitecto.

—¿Está bromeando? —Preguntó y regresó a su sitio. El pecho le ardía—. Ya conocen mi modo de operar. Sería un descuido por mi parte.

—Son órdenes. Vélez lo quiere así —contestó tajante—. Nosotros nos ocuparemos del resto. No se preocupe, Donoso.

Por supuesto que no.

Esa vez no estaba dispuesto a asumir riesgos.

—¿Algo más? —Dijo preparado para acabar con la conversación—. Tengo una vida que fingir.

—Sí, lo olvidaba... —añadió Montoya con un tono juguetón que no gustó nada al arquitecto—. Durante su ausencia, para que se centre en lo que le concierne, me encargaré personalmente de cubrirle las espaldas en la oficina.

—¿Qué quiere decir?

El cielo cambiaba de color transformándose en un infierno rojizo.

—No me mire así —explicó mostrando las palmas de las manos—, sólo mantendré ocupada a su ingeniera con tal de que no interfiera en su misión.

El sudor se contenía en los poros de la piel del arquitecto.

—Ni se atreva a...

—Donoso, haga el favor de guardar la compostura... —dijo desde su posición sin moverse un milímetro de la silla—. Somos un equipo. No me interesa lo más mínimo lo que usted haga con su vida sentimental y con esa mujer, siempre y cuando no ponga en peligro su seguridad y la nuestra... Si no recuerda mal, soy abuelo y también tengo una esposa. Con todos mis respetos, como hombre más experimentado que usted, sé de lo que una mujer es capaz de hacer y también de lo que no... No se apure, sólo quiero evitar un desastre, por eso he de tomar precauciones.

Antes de cometer una estupidez, el arquitecto se levantó sin encontrar la arrogante mirada del agente.

—Buenos días, Montoya —dijo reprimiendo las ansias por ahogarlo allí mismo—. Pronto sabrán de mí.

Tan rápido como se dio la vuelta, sintió la presencia de aquel tipo en la silla,

inamovible, expectante a una reacción. Atraído como si fuera un fuerte campo magnético, el arquitecto volteó el rostro para mirar por última vez a aquel cretino.

—¡Donoso! —Dijo Montoya levantando la voz desde la silla a escasos metros de él. Había captado su atención. Entre ellos, una corriente de personas se cruzaba en sendas direcciones. El aleteo de las palomas sonó con fuerza en alguna parte de la plaza. Don esperó en silencio—. El lobo es su propio enemigo.

—¿Cómo? —Preguntó confundido.

—Cuando el alimento escasea —explicó en la distancia. El corazón del arquitecto latía con tan fuerza que podía sentirlo en el oído—, el jefe de la manada es el único capaz de comerse a los suyos para restablecer el orden del ecosistema... ¿Qué garantía es esa? Curioso, sin duda... Quizá por eso los hayamos extinguido.

Pero Montoya no recibió respuesta.

Don dio media vuelta y se perdió por una de las entradas de la plaza.

Ese hombre tenía razón.

Las garantías no existían en el reino animal.

CAPÍTULO OCHO

Barrio de Palomas (Madrid)

3 de noviembre de 2016

El reloj digital del coche alemán no alcanzaba las diez de la mañana cuando el arquitecto observaba las fotografías que Montoya le había entregado una hora antes. El tráfico de la ciudad era el habitual para un jueves por la mañana en un otoño adentrado en su esplendor.

El sol matinal calentaba la parte frontal del coche y eso ayudaba a que el frío del exterior fuera algo anecdótico.

Por la emisora de radio nacional reproducían el *Claro de Luna* de Claude Debussy, una pieza que removía por dentro al arquitecto y lo trasladaba mentalmente a sus momentos más íntimos con la ingeniera.

Al volante, Mariano aguardaba silencioso mientras observaba de reojo al empresario por el retrovisor.

—Se acerca el fin de semana —dijo el chófer para retener la atención de su acompañante—. ¿Algún plan especial?

Don levantó la vista y puso las fotografías bocabajo.

—¿Con qué animal te sientes identificado, Mariano? —Preguntó el arquitecto.

Mariano frunció el ceño sin comprender las intenciones de la pregunta. Después contempló que Don iba en serio.

—El leopardo, supongo.

El arquitecto murmuró desde su asiento.

—¿Supones? Tus razones tendrás para haber respondido eso.

—No estoy del todo seguro, señor...

—Reflexione sobre lo que me ha dicho. Estoy convencido de que hay una razón para ello.

El piano sonaba como paréntesis en la conversación.

Tras varios segundos, la mirada del conductor regresó a su acompañante por el espejo.

—Su versatilidad —explicó asintiendo con la cabeza—. Se adapta al entorno, es ágil, silencioso y no tiene reparos en huir cuando existe el peligro. Quizá sea esto lo que más me gusta de él, su capacidad para dejar el orgullo a un lado...

—Esta sí que es una sorpresa, Mariano.

—Usted ha pedido una respuesta, señor.

—Lo sé —respondió frío y cambió el rumbo de la conversación—. Estaré fuera por unos días, de nuevo. Hay un proyecto que cerrar en Oslo y requieren mi presencia.

—Interesante...

—Inesperado, mejor dicho.

—Admiro su talante para llevar una agenda tan agitada, señor.

—No te puedes hacer una idea, Mariano...

—¿Viaja la señorita Lafuente con usted?

—Esta vez no —dijo desviando la mirada hacia el cristal de la ventana—. Alguien debe hacerse cargo de la oficina. Espero que lo entienda...

—Por supuesto que lo entiendo, señor.

—No me refería a ti —aclaró acompañando las palabras con un gesto de mano—. Hablo de Marlena. Le prometí que estaría aquí. Odio faltar a mi palabra.

El vehículo se detuvo frente a un semáforo en rojo. Por delante de él, una muchedumbre de peatones cruzaba a toda velocidad.

El chófer giró ligeramente el rostro hacia el lado derecho de su asiento y encontró al arquitecto con los ojos clavados en su sien.

—¿Está todo en orden, señor? —Preguntó con tono paternal.

De pronto, una fuerza incómoda nació del asiento trasero del vehículo. Las pupilas del arquitecto ardían, poseído por el misterio de su mirada.

—No lo sé —dijo con un tono perturbador—. ¿Quieres contarme algo, Mariano?

El conductor percibió la furia contenida que el arquitecto emanaba al respirar. Se preguntó qué sería eso, qué había sucedido para que el arquitecto reaccionara así con él. Pero el estrés que soportaba Don estaba por encima de cualquier respuesta lógica.

El arquitecto era incapaz de confiar en nadie. Ni siquiera del hombre que le había tendido la mano tantas veces.

A menos de un metro en el interior de aquel sedán, la distancia entre sus cuerpos se hizo eterna, convirtiéndose por momentos en dos completos desconocidos. Mariano entendió que había cruzado las líneas rojas y que no era el momento de sonsacarle respuestas. Don necesitaba calmarse. No estaba preparado para escuchar lo que tenía que contarle.

—No —contestó con firmeza aguantando la mirada y el aliento. Si vacilaba, estaba perdido—. ¿Por qué lo pregunta?

De repente, toda la fuerza se desvaneció sin razón alguna y el empresario suspiró.

—Es la segunda vez que me preguntan lo mismo en menos de cuarenta y ocho horas... —expresó irascible—. Cuando eso sucede, tiendo a pensar que soy el único que no está al tanto de la situación... y eso me incomoda.

—Tal vez haya sido una casualidad, señor —insistió el chófer percibiendo que el arquitecto estaba a punto de pagar los platos rotos con él—. La mente puede traicionarnos cuando el cansancio pesa más que nuestros pensamientos... Usted carga con demasiadas obligaciones.

—Puede ser —dijo Don y guardó silencio.

El viaje continuó sin sobresaltos hasta que llegaron a las oficinas del arquitecto. Cuando Mariano estacionó junto a la puerta, Don se acercó al espacio que había entre los dos asientos antes de marcharse. El chófer pudo sentir su presencia de cerca.

—Gracias por el viaje, Mariano —dijo y abrió la puerta. Confundido, el chófer no entendía a qué estaba jugando su jefe. Don se movió hacia la salida y se dirigió de nuevo a él—. Otro día, espero que me expliques qué hacías ayer en el aparcamiento.

Antes de que tomara su derecho a réplica, un sonoro golpe cerró la puerta del coche.

El arquitecto se dirigió al edificio sin mirar atrás.

Por desgracia, lo que éste no sabía era que, cuando el lobo actuaba en solitario, se convertía en una presa débil y fácil de eliminar.

De camino a la oficina, mientras subía en el ascensor, volvió a estudiar la fotografía de aquellos dos hombres con aspecto peligroso. Aunque era la primera vez que los veía, existía algo en ellos que le resultaba familiar. Después observó el rostro de Maranowski y pensó en su padre de manera inconsciente. Se preguntó cómo alguien era capaz de hacerle algo así a un hijo y temió escuchar la respuesta porque ya la conocía. Pese a todo, había algo que no encajaba en aquella historia y estaba dispuesto a descubrirlo.

A las diez de la mañana la oficina funcionaba con la regularidad de un día sin sobresaltos. De un barrido visual, se aseguró de que los empleados estuvieran en sus puestos de trabajo.

Finalmente, miró al fondo, metros antes de la entrada a su oficina de cristal y clavó sus ojos en el cráneo de Marlena, que no tardó en sentir su presencia y establecer contacto visual con el arquitecto.

—Buenos días —dijo antes de llegar a su escritorio y le regaló una sonrisa nerviosa. La ingeniera ya había percibido que algo no funcionaba bien—. Todos a la sala de reuniones en cinco minutos.

Se dirigió a su despacho, cerró la puerta y encendió el ordenador.

Allí se aseguró de que nadie hubiera interferido en la bandeja de correo del ordenador. Después activó un sistema de encriptación que sólo ponía en funcionamiento cuando pasaba varios días fuera de la oficina. Nunca sabía a lo que se exponía, por toda la seguridad que tuviera en el edificio.

Caminó hasta la sala de juntas y vislumbró los rostros de preocupación y desidia de sus empleados.

Marlena, vestida con vaqueros oscuros y un jersey de color azul cielo se tocaba el pelo con nerviosismo.

Andrés Lomana, el urbanista del estudio, se frotaba la recién afeitada cabeza con el fin de disimular la pronunciada calvicie que padecía. El resto de delineantes y arquitectos que formaban el equipo guardaban silencio a la espera de un mensaje del jefe.

Vestido de traje, Don colocó los dedos sobre la cintura y miró a su equipo desalentado. Las cosas en el estudio no rozaban su mejor momento. La psicosis de los últimos meses le había obligado a deshacerse de todo aquel que le inspirara un halo de desconfianza. De nuevo, les iba a comunicar a sus empleados que estaría fuera de la oficina por unos días, un mensaje que empezaba a sonarles familiar y que alimentaba los rumores que hablaban de la venta del estudio.

Por otra parte, la ausencia del líder no hacía más que provocar problemas y tensiones entre un equipo formado por dos veteranos, Lomana y Lafuente, y cinco empleados recién contratados que habían suplido los últimos despidos del arquitecto.

—Sólo os robaré cinco minutos —dijo dirigiéndose a todos con un vistazo rápido—. Ha salido un proyecto urgente en Noruega y necesito viajar a Oslo mañana.

—¿Otra vez? —Preguntó Lomana.

De nuevo, Don intentó pisotearlo con la mirada, pero no podía permitirse otro despido y

menos en un momento tan crítico como aquel.

El arquitecto tomó aire y estiró los hombros antes de contestarle con un grito.

—Existe la posibilidad de cerrar un complejo de oficinas en el Proyecto Barcode, la zona financiera del centro de la ciudad —explicó con una falsa seguridad que nacía de su interior—. Un socio americano quiere que supervise el proyecto y le ayude a ganar con su propuesta. Por esa razón, necesito estar allí. A cambio, nos encargaremos de diseñar el edificio entero al detalle y el estudio recuperará el espíritu que se merece.

Pero sus palabras no lograban despertar el ánimo entre los empleados.

—¿Cuándo regresarás? —Preguntó Marlena con recelo. Don sintió una punzada en el pecho. A través de su mirada podía ver el dolor y la tristeza que albergaba en su corazón—. Creo que hablo en nombre de todo el equipo, Ricardo, pero el estudio te necesita aquí.

Las miradas se dirigieron hacia la ingeniera.

El arquitecto no supo interpretar del todo el mensaje.

De pronto, alguien tocó a la puerta y después se abrió. Era la delineante.

—Estamos en una reunión, Julia. ¿Es importante?

—Señor Donoso... —respondió asustadiza—. Hay un hombre que pregunta por usted.

Sólo deseó que no fuera de nuevo Montoya.

—¿De quién se trata?

—Mejor dicho, son dos —aclaró—. Parecen extranjeros.

La reacción del arquitecto abrumó a los empleados. No esperaba visitas, mucho menos extranjeras.

—Disculpadme... —murmuró y abandonó la sala para comprobar que era cierto lo que la empleada había dicho.

En efecto, dos hombres vestidos de traje, altos y con la mirada clara, esperaban en la entrada del estudio.

Don frunció el ceño al no reconocer sus rostros.

De algún modo, era una buena señal, aunque no era más que una apariencia. Las visitas nunca llegaban por casualidad. Siempre había una toma de contacto casual, una llamada previa, una comida en un restaurante para tener un acercamiento y saber más del otro.

El hermetismo con el que dirigía su empresa era tal que, durante años, se había asegurado de investigar a sus futuros clientes antes de trabajar con ellos.

Con una sonrisa cosida al rostro, los dos hombres de cabello claro y largas piernas estudiaban atentos los movimientos del español.

Sigiloso, caminó hacia ellos analizando su postura.

Tuvo un mal presentimiento de todo ese teatro. Tan pronto como uno de ellos asintió cuando estaba a apenas unos metros, entendió que eran la solución que Montoya le había dado sin su consentimiento.

—*Good morning, señor Donoso* —dijo el hombre de la izquierda con un acento británico impoluto. A pesar de mantener una apariencia similar, se diferenciaban con facilidad.

El hombre que se había dirigido a él era algo más bajo y sus hombros parecían más estrechos. Aunque ambos poseían un tono de cabello azabache, el tipo más grandullón tenía el pelo más débil. Si seguía así, en unos años parecería un pomelo.

Estrecharon las manos, intercambiaron miradas y el arquitecto decidió llevarlos a su despacho, el único lugar insonorizado del estudio.

Liderando el paso, se topó con el resto de empleados que abandonaba la sala de juntas para regresar a sus puestos de trabajo y ser testigos de lo que estaba sucediendo. El camino se hacía largo y tedioso, como si aquel pasillo no tuviera fin. Marlena, con un bolígrafo en la mano, clavaba sus ojos en los del español, que evitaba a todo precio su contacto.

Jamás en su vida se había sentido tan utilizado, ni siquiera de pequeño. La situación le desbordaba y la actitud de la ingeniera no le ayudaba lo más mínimo. Pronto llegaría el momento de tomar decisiones drásticas. Y, cuando esto sucedía, siempre había un alto precio que pagar.

Abrió la puerta transparente de su despacho e invitó a los dos desconocidos a que pasaran y tomaran asiento. Después se aseguró de que el sonido no cruzara el umbral de su despacho.

Los dos hombres esperaban sentados y en silencio con una postura recta y relajada. En una situación normal, cualquiera se habría asustado de la actitud de esos tipos, que aguardaban una señal para romper el hielo.

El español se acercó a su silla de cuero, miró sus rostros pálidos y descolgó el teléfono que había en el escritorio.

—Supongo que sé a quién representan —dijo Don con las manos sobre la mesa.

El hombre de la izquierda, el mismo que se había presentado en la entrada minutos antes, relajó los hombros e hizo una mueca moviendo una parte del rostro.

—Representamos a mucha gente, señor Donoso —contestó con un pulcro y neutro acento español—. Espero que no le haya incomodado nuestra repentina visita, pero actuamos bajo una agenda pactada.

—En absoluto —dijo con ironía—. Lo que no entiendo muy bien es por qué Montoya les ha enviado precisamente aquí.

Al pronunciar el nombre del agente, el único que había hablado hasta el momento levantó la mano.

—Nada de nombres —respondió alarmado—. ¿Entendido?

La paciencia de Don se agotaba.

De repente, el segundo abrió la boca.

—Estamos al tanto de que el estudio no pasa por el mejor momento laboral... pero somos conscientes de la calidad de su trabajo y de lo que han hecho hasta ahora —añadió

con un tono de voz neutro y pesado—. Mientras que usted viaja al extranjero y se ocupa de sus quehaceres, nos gustaría que su equipo se encargara de la planificación de un nuevo teatro en la antigua estación de Trenes del Norte, en el paseo de la Florida.

Don no entendía nada y eso lo ponía más nervioso.

—¿Quiénes son ustedes? —Preguntó intranquilo. Un proyecto así no era fácil de conseguir. Estaba ante lo que siempre había odiado y conocía el peaje que había que pagar—. ¿Quién financiaría todo el proyecto?

—Tranquilícese, señor Donoso —dijo el más bajito sin moverse del asiento—. Somos gente seria. Venimos en representación de Kenner European Real Estate Trust.

Alemanes, pensó el arquitecto.

La imagen de Baumann todavía seguía pegada a la retina.

—No me diga que me tranquilice, ¿quiere? —Replicó con hostilidad—. La inversión en teatros es, cuanto menos, sospechosa.

—Como ya le ha dicho mi compañero, representamos a mucha gente —intervino el más corpulento—. El mercado de inversión en *retail* está en boga, pero también existen otros compromisos que hay que formalizar... Todo acto tiene su consecuencia.

—Pero usted no tiene por qué preocuparse —añadió el primero—. Su intervención sería únicamente...

—Laboral —dijo el otro.

—Eso... Laboral.

Así era como funcionaban las esferas que quedaban fuera del ojo humano. Una espiral de favores, intereses y mentiras de la que no se podía escapar, una vez se había entrado en ella.

Ellos eran la solución que Montoya había encontrado para que no torciera los planes, y ese proyecto la cuenta pendiente que los hombres de Vélez tenían con los germanos.

—¿Se han preguntado qué ocurriría si rechazara su oferta?

Los hombres se miraron y después sonrieron con desprecio.

—Con todo nuestro respeto, no nos hemos planteado dicha situación, señor Donoso —respondió el más hablador, abrió su maletín negro y sacó un montón de documentos grapados que puso sobre el escritorio del arquitecto. En un vistazo rápido, comprobó que se trataba de un contrato de colaboración con un gran listado de cláusulas en inglés—. Por lo que tenemos entendido, no está en disposición de rechazar nada en estos momentos. Un buen amigo suyo ha insistido personalmente para que nos presentáramos aquí, en su oficina, con esta propuesta, esta mañana... Como ya sabrá, ha supuesto un sacrificio en nuestra agenda venir hasta su estudio. Así que... tanto si acepta como si declina la oferta... nosotros habremos cumplido con nuestra parte del acuerdo, pero no le insistiremos dos veces.

—Nuestros clientes no consideran las segundas oportunidades —dijo el compañero.

—Después de todo... —dijo el hombre del maletín sacando una estilográfica Mont

Blanc de su chaqueta y ofreciéndosela al arquitecto—. Si alguien duda la primera vez, ¿cómo estar seguros de que no lo hará de nuevo?

Estación de Trenes del Norte (Madrid)

2 de octubre de 2003

En apenas diez minutos había cruzado la ciudad en un tren de cercanías. De Vallecas a Príncipe Pío, el entorno cambiaba sin apenas darse cuenta. Ricardo observaba de pie por la ventana, rodeado de desconocidos que se desplazaban al centro de la ciudad o regresaban a casa tras una larga jornada laboral.

Se apeó del vagón y caminó hacia las escaleras que lo llevaban a la plaza principal de la estación. No era su barrio, ni tampoco su área, pero se había prometido desde un tiempo atrás que tarde o temprano cambiaría aquello. Poco a poco, con cada paso que daba, buscaba la manera de alejarse más de su origen. La única solución para romper con el pasado.

La razón por la que se había desplazado hasta allí era Miranda, la novedad de sus días, la mujer que había metido el dedo en la llaga y despertado un sentimiento que creía inexistente. Por alguna causa que todavía desconocía, su personalidad le producía más magnetismo que interés. Además de su atractivo físico, un detalle que resultaba secundario para el arquitecto, de un modo inconsciente, Miranda parecía encarnar las respuestas que Ricardo había buscado a sus preguntas. Creer que existe otra posibilidad de vivir la vida. Creer que existe una alternativa.

Cuando abandonó la estación, vislumbró la Puerta de San Vicente, un arco triunfal parecido a la Puerta de Alcalá aunque de menor tamaño, y al vaivén de transeúntes que cruzaban el Manzanares en dirección de la Casa de Campo, un histórico jardín de casi dos mil hectáreas con un lago en su interior y en el que Felipe II había fijado su sede en el siglo XVI. Para entonces, aquellos jardines se habían convertido en un paraje público y tranquilo próximo al centro de la ciudad, un lugar que, caída la noche, se convertía en el escenario perfecto para las sombras y lo prohibido.

El otoño irrumpía feroz y los árboles de hoja caduca tomaban tonalidades rojizas y anaranjadas.

Pensativo, se preguntó una vez más qué estaba haciendo allí, si acudir a su cita era lo correcto. Todavía estaba aprendiendo a formar un código, una serie de normas que guiaran el camino que debía llevar para no ser descubierto. Pero, a pesar de sus divergencias psicológicas, Ricardo seguía siendo un joven que no había alcanzado la madurez. Desde el último encuentro, dos días atrás, no se había quitado de la cabeza el rostro de esa chica.

A partir de cierta edad, las experiencias primerizas escaseaban.

Miranda no era la primera mujer en su vida, pero sí la primera persona que le había invitado a dejarse llevar sin tener que preocuparse por las consecuencias. Y eso era atractivo para cualquier ser humano, sobre todo, para él.

La efervescencia de lo nuevo, lo desconocido. El fruto de la emoción pura sin una concepción anterior. La alternativa para saciar ese deseo que lo consumía por dentro lentamente.

Tal vez ella tuviera la solución a su problema. Quizá ella supiera cómo ayudarle a dejar

de ser quien era para así convertirse en alguien normal, reflexionaba.

Como la mayoría, la idea de renunciar a su identidad, aceptar de qué estaba hecho, empezaba a germinar en su cabeza. Lo que desconocía el arquitecto era que eso podía arrastrarlo al peor de los abismos.

Vestida con unos vaqueros y un abrigo de color beige, Miranda lo esperaba con la suela de las botas apoyada en una farola.

—Llegas tarde... —dijo ella sin mostrar un ápice de interés en desplazarse hacia él. Era una prueba, como muchas de las que Miranda le ponía para encontrar sus grietas y así dar con el lado emocional que tanto parecía ocultar. Ricardo, confiado e indiferente hacia el comentario, caminó hacia la chica manteniéndole la mirada y se detuvo a un metro de ella con la espalda hacia atrás—. Pero, mejor tarde que nunca.

Ambos sonrieron.

—¿A dónde me vas a llevar? —Preguntó él y levantó la vista. Las nubes grises cubrían el cielo de la ciudad.

La farola se encendió y eso señalaba que pronto todo se volvería oscuro.

Miranda, atrevida y manteniendo la sonrisa fija en su rostro, se acercó unos pasos al arquitecto y le acarició la mejilla con la mano derecha. Después giró la cabeza y señaló al otro lado del río y a los árboles que se perdían hacia el interior de la Casa de Campo. Un incipiente cosquilleo ocupó el estómago del joven arquitecto.

—Vamos a dar un paseo —contestó ella y agarró su mano. La descarga eléctrica pasó de un brazo a otro. Un torrente sanguíneo se disparó por las arterias que recorrían sus extremidades. El corazón del arquitecto volvió a latir con fuerza—. Quiero enseñarte algo.

CAPÍTULO NUEVE

Barrio de Palomas (Madrid)

3 de noviembre de 2016

Un día lleno de obstáculos en el trabajo. El reloj recortaba los minutos y parecía no haber vuelta atrás en los planes que Montoya le había dado.

La visita inesperada de aquellos hombres había cambiado el rumbo de su plan.

Marlena tenía razón, la oficina no gozaba de la mejor salud y, a causa de los acontecimientos, Don perdía liderazgo mientras se mantenía ausente. Sin embargo, esos mismos acontecimientos le habían hecho cambiar de visión. Si un año antes su preocupación se limitaba a mantener su fortuna para seguir bailando a sus anchas entre las sombras, ahora el dinero, el trabajo y todo lo que había logrado con esfuerzo y sudor, carecían de importancia.

Los últimos meses le habían servido para darse cuenta de que, hiciera lo que hiciera, viviría en una trampa impuesta por alguien superior a él.

Vélez era la prueba de que hasta los verdugos tenían su némesis.

Y eso le hacía enfurecer aún más.

Al igual que su padre, se negaba a aceptar la existencia de una amenaza que no fuese como él; la existencia de alguien capaz de marcar sus límites y reprimir sus acciones.

Pensó que la extraña visita de los dos misteriosos hombres le ayudaría a calmar los ánimos de desconcierto mientras se ausentaba en la capital noruega. La pareja de representantes, sometidos a los tratos de favor que probablemente debían a Vélez, no le dio demasiado margen de decisión: si no firmaba, la situación se volvería más inestable. La Kenner European Real Estate Trust era una afamada compañía inversora con un expediente pulcro y sin escándalos financieros en el extranjero.

O, al menos, lo había sido para el arquitecto hasta esa mañana.

Tras firmar el acuerdo para la construcción del teatro, no tardó en comunicar la noticia al resto del equipo, que recibió con desagrado el nuevo plan de ruta que tomaba el estudio.

Estrés, prisas y el total desconocimiento de un proyecto que llegaba sin previo aviso, sólo produjo más tensión e incomodidad entre los empleados. Dada la situación, Don no tenía más remedio que apretarle las tuercas a un grupo de personas que llevaba demasiado tiempo viviendo con un salario cómodo y bajo ningún tipo de presión.

A veces, olvidaban el precio de seguir vivos.

—El estudio necesita el proyecto y el dinero —dijo con voz seria y hostil desde un extremo de la sala donde se encontraban las filas de ordenadores. Marlena a escasos metros, miraba a la pantalla con resignación—. Dejad todo lo que estéis haciendo y poneos en marcha. Me encontraré disponible al teléfono para cualquier clase de consulta, pero estamos más que capacitados para este tipo de contratiempos y quien considere que no lo está, ya conoce la salida.

Aunque nadie optó por el camino fácil, el descontento era palpable en el silencio que se

respiró ese día.

Al final de la jornada, sólo Marlena permanecía en su puesto de trabajo.

Don la observaba desde el interior de la oficina de cristal mientras revisaba por enésima vez las cláusulas del contrato que había firmado para esos tipos, con el fin de encontrar una oportunidad para llevarlos a su terreno.

La columna de la ingeniera estaba recta y tensa sobre el respaldo de su silla giratoria. No se había movido más que para ir al cuarto de baño, siempre evitando el contacto visual con el arquitecto. Una estrecha distancia que se veía envuelta por una niebla de incertidumbre.

Por su parte, consciente o no, Marlena no disimulaba su malestar, aunque Don desconocía si era a causa de lo sucedido o por faltar a su palabra una vez más.

Posiblemente, esto último fuera lo que más le doliera y, así y todo, no lograba entenderlo.

Era absurdo. Jamás se había preocupado por alguien tanto como lo hacía con ella. No llegaba a entender si eso era amor o un sentimiento de culpa que había nacido de su relación, pero lo único cierto era que no le permitía pensar con claridad. De algún modo, aunque no llegara a reconocerlo en alto, le enfurecía pensar en la posibilidad de que esa mujer lo abandonara dándole la espalda, dejándole a un lado, después de todo, al igual que había hecho su madre cuando no quiso aceptar que su hijo era un monstruo.

Quizá, todo aquel esfuerzo por ocultarle su lado más oscuro sólo fuese contraproducente, creando más secretos incómodos entre los dos, haciéndole perder toda esperanza de poder conocer algún día al hombre con quien dormía. Demasiadas preguntas que sólo conseguían drenarle una energía necesaria a la par que ausente en su cuerpo. En búsqueda de su atención, la imagen de Marlena de espaldas, tan indiferente hacia él, le removía las entrañas.

Hastiado de nublarse entre sus propias cavilaciones, se levantó y caminó hacia el escritorio de la ingeniera con paso firme y decidido. Antes de que su mano alcanzara la mesa de trabajo, Marlena se echó hacia atrás, desplazándose con la silla giratoria y evitando el tentáculo de su jefe.

Sus miradas chocaron como hojas de espada en un duelo a muerte.

—A veces me pregunto si sólo buscas provocarme —respondió él con insolencia ante el rechazo de la mujer.

Don no sabía lidiar con la resistencia.

Sus palabras no sentaron bien a la ingeniera, que se mostraba presionada e insultada por lo que acaba de escuchar. Por un instante, pensó que Don era un completo desconocido.

—Estaba ocupada, centrada en mi trabajo... —contestó justificándose. Después reaccionó, dándose cuenta de que no había hecho nada por lo que sentirse culpable—. ¿Qué diablos me estás contando, Ricardo? ¡Eres tú quien me debe una explicación! ¿Qué está pasando?

El tono elevado hizo retroceder al arquitecto.

No era la primera vez que respondía molesta, tampoco la primera que pedía auxilio. Esta vez había algo extraño en su tono de voz. La respiración del arquitecto se entrecortó.

Necesitaba una raya, debía relajarse delante de ella, después calmarla. Operar como siempre lo hacía, devolver el caos al orden y mantener la situación bajo control. Se preguntó en qué momento había perdido el dominio de sí mismo, el gobierno de su realidad. No era de extrañar que su propio equipo estuviese comenzando una revolución sin él. Todos lo hacían. Él mismo lo había hecho en el pasado para llegar a ser el exitoso empresario que era. Pero, allí estaba ella, el origen desestabilizador de todo, el motivo por el que seguir creyendo que otra forma de vida era posible.

En su pensamiento, guiado por el tornado emocional que corría por su cuerpo, podía colocarla sobre las manos como si fueran pétalos de rosa o aplastarla hasta dejarla sin respiración.

En cuestión de segundos, podía ser la creación o el fin de una historia que lo prometía todo y nada. Sin embargo, para su desgracia, lo peor de todo no era que Marlina reaccionara a su autoridad, sino que fuese incapaz de actuar al respecto. ¿Era eso amor lo que sentía?, se preguntaba agotado, engañado y confundido al no comprender que una emoción tan placentera pudiera convertirse en algo tan tóxico y debilitador.

—Tienes que confiar en mí, Marlina... —dijo con voz quebrada y temblorosa—. Sé que no es como te lo prometí...

—¡Déjalo! —Replicó cortándole las palabras y se levantó de la silla—. Déjalo estar, Ricardo... No quiero ninguna de tus explicaciones, no me sirven de nada... ¿Acaso crees que eres el único que se preocupa por lo que está pasando en el estudio? Todos están mirando ofertas en otras partes... Creen que los vas a abandonar... ¿Cuándo fue la última vez que revisaste sus contratos?

—¿Abandonar? Menuda estupidez —respondió ofendido—. Sabes tanto como yo que han sido unos meses muy intensos.

—No —respondió levantando el índice—. Yo sólo sé lo que he visto, aunque no tiene por qué ser verdad. Pero me da igual, Ricardo... Si no haces nada al respecto, me temo que, muy pronto, esta oficina quedará tal y como la ves ahora mismo.

El arquitecto guardó silencio unos segundos, buscando un mensaje entre las pequeñas expresiones faciales de su pareja.

—Estás enfadada conmigo, ¿cierto? —Preguntó adoptando el rol de víctima. Solía funcionarle bien—. Si es por lo del viaje...

—No lo entiendes... —Respondió meneando la cabeza. Sus pies permanecían quietos, clavados al suelo. Las piernas de Marlina, finas y delicadas, se transformaban en dos estacas de acero. Las palabras llegaban como espinas a la coraza del arquitecto. Poco a poco, la paciencia de la ingeniera se marchitaba—. Estoy desconcertada, eso es todo... Desde que viajamos a Londres, te has comportado de un modo extraño, más sospechoso de lo habitual... Sé que para ti no es fácil, pero tampoco para mí... Intento ser comprensiva, entender que hay una parte de tu personalidad que no estás dispuesto a entregarme...

—Todavía.

—Sí, puede ser... —rectificó ella con pesadez en su explicación—. No eres un hombre sencillo, por muy noble que tengas el corazón, Ricardo... y esto empieza a afectarme.

—Pero, Marlena, debes entender...

Angustiada, dio un paso al frente sin acercarse demasiado al arquitecto y miró hacia la cristalera encogiendo los párpados.

—¿Por qué me mientes?

—¿Qué? —Cuestionó desencajado—. ¿De qué estás hablando?

—No soporto las mentiras, te lo dije... —prosiguió y regresó a su mirada—. Y tú no haces más que evadir la verdad con más y más embustes.

—Lo dices por el Proyecto Barcode...

—Me refiero a todo.

—Nadie pareció rechistar al respecto.

—Debo de ser la única que no tiene ganas de ver lo que ocurre tras el humo —contestó decepcionada—. ¿Qué hay de esos dos tipos? Se parecían más a los abogados del Diablo que a representantes de inversores...

—¡Escucha! —Interrumpió exhausto de tanta insolencia. Estaba agotado y tenía el rostro pálido. Ella inició un ligero acercamiento protector. Lo había logrado. De pronto, entendió que esa era la llave que destapaba la armadura de la ingeniera—. Entiendo que estés enfadada, pero debes confiar en mí, Marlena... Ahora es cuando más te necesito a mi lado... No lo hagas más complicado, por favor.

—Tienes mala cara, Ricardo... —respondió acercándose un poco más. Su voz había adoptado un tono sensible y tierno—. Estoy preocupada por ti... Será mejor que te sientes.

Él accedió y tomó la silla giratoria de la ingeniera.

Entonces, ella lo arropó con sus brazos por encima y el embriagador perfume envolvió su cabeza.

Se sentía más relajado y toda la tensión parecía marcharse de la habitación. Cautó, se quedó quieto atento a los movimientos de su acompañante. Iba bien encaminado, pero no debía bajar la guardia tan pronto.

—Siento que tengamos que pasar por esto.

—Es igual, olvídalo —dijo ella—. Creo que deberías visitar a un psicólogo... Tal vez pueda ayudarte a resolver lo que llevas dentro.

—No —dijo tajante. Nadie le decía lo que tenía que hacer—. Nada de médicos.

Marlena apartó la mano de sus hombros, pero Don la agarró a tiempo y tiró de ella.

—¿Por qué no me dejas ayudarte?

—Porque sé lo que sucede. No necesito ayuda.

—Déjame ir contigo, por favor.

—Ya te lo he dicho —insistió—. Te necesito... aquí, en Madrid. Eres la única persona en quien puedo confiar en estos momentos.

—¿Es por esa mujer?

—Más o menos —dijo y se miraron de nuevo. La mano de Marlena cesó de oponer resistencia. Por el contrario, parecía haberse quedado sin flujo sanguíneo. Sus ojos brillaban más de lo normal—. Te prometo que no habrá más secretos ni interrupciones después de este viaje.

—No quiero más promesas, Ricardo.

—Es lo último que te pido.

—¿Y si te equivocas? —Preguntó alzando el mentón—. ¿Y si vuelves a decirme lo mismo dentro de dos semanas? No prometas dos veces lo que no puedes hacer una.

Desde su posición, Don giró la silla, agarró a Marlena por la cintura y la sentó sobre sus piernas con firmeza.

Ella no opuso resistencia dejándose llevar por la fuerza de los brazos de él. Después desplegó sus alas sobre los hombros de éste.

Don la miró en silencio y selló sus labios con un beso reconciliador.

Se había quedado sin palabras.

Por primera vez, lo que solía funcionar en el pasado, había dejado de hacerlo.

CAPÍTULO DIEZ

Barrio de Salamanca (Madrid)

4 de noviembre de 2016

Había dormido solo. Pese a la invitación, Marlena lo había preferido así. El intento por solucionar las diferencias entre los dos no fue suficiente y la ingeniera decidió regresar a su apartamento esa noche. Tal vez la reprimenda le ayudara a vislumbrar lo que estaba sucediendo, ya no entre ellos, sino en la propia vida del arquitecto.

Pero a Don no le importó en absoluto.

El exceso de problemas lo obligó a regresar a ciertos hábitos apartados que hubiese preferido evitar pero, con Marlena ausente, no tenía que rendirle cuentas a nadie.

Dejó el maletín sobre el sofá y caminó directo al baño para rebuscar en el interior de los cajones del lavabo.

Segundos después sacó una bolsita de polvo blanco para las emergencias. Había tomado sus precauciones desde que la ingeniera había optado por visitar con frecuencia su residencia. En el fondo, le irritaba esconderse, pero era práctico y prefería hacerlo así. Para Don, la lógica no bastaba para dar solución a los problemas. Existían ciertos casos que la sociedad no estaba preparada para digerir. Y uno de ellos era el suyo. Explicarle a Marlena el porqué de su adicción era como mostrarle a Alicia el agujero de la madriguera.

Esnifó dos rayas de cocaína sobre el mármol del lavabo y se desabotonó la camisa hasta quitársela por completo. Echaba de menos esa sensación amarga conectada con la relajación.

Después se meció el pelo hacia atrás y se encontró frente al espejo. Tenía el torso desnudo y plano, sin un gramo de grasa y con el pectoral bien marcado. En esos momentos se dio cuenta de que no sentía ningún tipo de compasión por sí mismo, que su cuerpo no era más una herramienta de ejecución, una máquina con la que protegerse y que el momento de actuar de nuevo estaba por llegar.

Se quitó el resto de las prendas hasta quedarse en ropa interior y se acostó en el frío suelo del cuarto de baño. De forma mecánica, completó la primera serie de veinte flexiones, descansó dos segundos y repitió el proceso. Después continuó con los ejercicios de abdominales y así hasta completar tres veces las rutinas que solía hacer cuando se mantenía en alerta. El dolor que le producía ejercitar los músculos, le hacía sentir bien, como si aquellas partes de su cuerpo sirvieran para algo. Deshacerse de Thalassinos en Praga no había sido complicado, pero se reconoció a sí mismo haber dudado de su resistencia, un fallo que no se podía permitir.

Tras los ejercicios, tomó una ducha caliente y se puso el albornoz de algodón antes de preparar huevos revueltos con espárragos. La proteína le vendría bien después del ejercicio y prefería algo ligero para dormir mejor. El efecto del narcótico le había relajado, aunque no lo suficiente para quitarse de la cabeza los acontecimientos del día. No le preocupaba lo más mínimo lo que hubiera firmado en ese proyecto, pues regresaría en cuestión de días a la oficina y todo volvería a su orden. Tampoco le importaba que el equipo comenzara a manifestar sus primeras asperezas. Era un síntoma propio de la

renovación. En las plantillas, los nuevos desayunaban ambición y los veteranos temían por su reinado. Una cura de humildad, un par de despidos y un toque de atención para aquellos que buscaban alzar la voz. Una reprimenda más que suficiente para devolver la tranquilidad al edificio.

Empero, lo que más le desconcertaba era el alcance de Vélez en su vida y hasta qué punto éste la volvería irreversible.

No había noche que no pensara en la errática decisión que había tomado antes de tomar ese avión con destino a Kiev. El mal sueño se repetía cada pocos días y ni la bebida ni el sexo eran suficientes.

Si tan sólo se hubiera largado sin mirar atrás, si tan sólo hubiese tomado la decisión correcta..., se repetía con frecuencia. Pero no podía seguir cargando con esa mochila de culpa y arrepentimiento. Debía poner fin a aquella pesadilla y la única manera de hacerlo era terminando lo que había empezado.

El ejercicio le ayudó a pensar con claridad, como si las cañerías del cerebro empezaran a funcionar de nuevo.

Primero, encontraría a los culpables de la muerte de esa mujer y su hijo. Un acto tan macabro no debía quedar impune. Coleccionar algunas víctimas en el extranjero le ayudaría a recuperar la forma, descargar toda la tensión acumulada y volver a pensar con claridad.

La sangre limpiaba más sangre.

Alcanzada la situación en la que se encontraba y visto que Vélez y los suyos no le darían la posibilidad de tomar una pausa, pensó que lo más cauto sería no llamar la atención hasta que tuviera un plan listo para su ejecución.

Comenzaría por Montoya.

Lo averiguaría todo sobre él, incluyendo sus temores más escondidos. Él era el más veterano y la mano derecha de Vélez. Fuera de juego, le ahorraría la mitad del trabajo.

Se lo quitaría todo, lo más querido, lo máspreciado que tenía en su vida, aunque renunciara a su código. Se juró que El Lobo aullaría hasta derramar la última gota de sudor y pagaría por todo lo que le había hecho. Ahora que estaba en España, no se le podía escapar de nuevo.

Con dedicación y templanza, desmembrar la organización para la que trabajaba no sería demasiado laborioso. Era consciente de que la psicosis era un estado mental más relacionado a la ilusión que a la verdad. Trastornar la psique de una persona era un elemento clave para destruir a un enemigo. Sembrar la derrota antes de la batalla desencadenaba un final catastrófico.

Sin embargo, Don conocía todos aquellos trucos.

Los años de cautiverio le habían enseñado que la realidad también era moldeable y que incluso lo más poderosos caían intoxicados por el miedo. Por otro lado, observando el plantel desde un punto de vista lógico, por muy profesionales que fueran, una célula clandestina de exagentes retirados no disponía de los efectivos suficientes para controlar a

un individuo como él las veinticuatro horas, partiendo de que fuera el único sujeto que trabajaba para ellos. Por tanto, tan sólo debía actuar con cuidado, no excederse ni en las formas ni tampoco en las palabras.

La mínima sospecha, lo pondría todo en peligro.

Tomó notas en un cuaderno, trazó movimientos, fechas y marcó las directrices de lo que sería su obra maestra.

Una vez conociera el resto de conexiones, los liquidaría uno por uno, incluso a Vélez, como un depredador silencioso e invisible, hasta recobrar la normalidad que le habían arrebatado.

De camino a la cama, se miró al espejo del cuarto de baño y volvió a encontrarse de nuevo por accidente.

Sus ojos ardían de deseo y la figura humana que había en el reflejo parecía desligarse de su propia identidad.

Mantuvieron la mirada y Don sintió como si aquel hombre moviera los labios para decirle algo.

—¿Estás listo? —le preguntó la figura que tenía delante.

Asustado, pestañeó, agitó la cabeza y dirigió los ojos al lavabo.

Quizá, todo lo anterior no hubiese sido más que un entrenamiento.

El tráfico usual de un viernes por la tarde colapsaba la calle Serrano. Una lluvia ligera impregnó de gotas finas el cristal frontal del coche alemán. A su lado, guardaba un sombrero panamá como el que había utilizado en Italia. Don no era un aficionado a las gorras ni a ponerse nada en el cabello que no fuera gel fijador. No obstante, aquel complemento funcionaba para él como un recordatorio, representando una obra que seguía sin acabar.

Mariano, vestido como solía hacer, con su americana de color azul marino, meneaba la cabeza hacia ambos lados guiado por un vals de Chopin.

La aparente normalidad del viaje no era más que un espejismo. Ambos podían sentirlo en el interior del vehículo. Era como si faltara el aire allí dentro.

Todavía bajo los efectos del narcótico, Don abrió las piernas y se recostó sobre el asiento de piel. Comprobó el teléfono y se aseguró de que Marlena no le hubiera dejado ningún mensaje.

Y así fue.

La ingeniera había decidido tomar medidas y la primera de ésta era permanecer callada. Tanto silencio comenzaba a perturbar al arquitecto.

A pesar de lo mucho que hubiera aprendido a controlar su fuero interno con el paso de los años, una herramienta de supervivencia más que necesaria en ocasiones, no siempre las enseñanzas de los estoicos eran efectivas. Caminar por lo desconocido lo volvía débil e inseguro. Sin un mapa previo de experiencias, no lograba racionalizar las reacciones de la ingeniera, y esto lo alejaba todavía más de la solución.

Lo que el arquitecto desconocía era que el problema no residía en ella, sino en él, y que, por primera vez en la vida, se veía afectado por el influjo del amor sobre las personas. Siendo incapaz de separar los sentimientos que brotaban en su interior de los hechos, le costaba entender con claridad lo que estaba sucediendo entre ellos dos.

Para su infortunio, a pesar de creer conocer muy bien a las mujeres, la razón poco tenía que contarle sobre aquel proceso.

Ningún corazón sobrevivía intacto a su primera experiencia.

Tras buscar entre los mensajes y actualizar la bandeja del correo, cayó en la cuenta de que no tenía sentido su manera de actuar.

Guardó el teléfono en el bolsillo y respiró profundamente. Si no era capaz de contener sus emociones, lo echaría todo por la borda. Se estaba jugando demasiado con aquel viaje.

Mientras se perdía en sus propios pensamientos, atisbó cómo Mariano lo observaba por el espejo retrovisor. El chófer llevaba unas semanas actuando de un modo demasiado extraño, pero el arquitecto tampoco había ayudado a que su relación mejorara. No era para menos. Habían dado caza a esos exagentes, pero los problemas no habían hecho más que crecer. Mariano sabía más de lo que aparentaba y Don era consciente de ello, pero forzarle a hablar sólo entorpecería más las cosas. El arquitecto pensaba que, de ser necesario, Mariano ya le habría dado más detalles, así como hizo en El Escorial. Después de todo, aquel hombre le había tendido una mano arriesgándolo todo. Le había introducido en su

casa, mostrándole su guarida y los secretos que conocía.

En un pequeño momento de lucidez, se sintió como un auténtico miserable.

Merecía una disculpa. Mariano estaba de su lado y lamentaba haber desconfiado de él.

Si no hubiese sido por el chófer, jamás hubiera dado con Montoya en Italia.

—No se preocupe, señor... —dijo girando el volante y haciendo referencia al atasco que cruzaba la Castellana—. Vamos con tiempo de sobra, aunque pronto nos habremos deshecho de todo esto... Los viernes son un infierno, a todos les da por lo mismo... ¿Es la primera vez que viaja a Oslo?

Don miró por la ventana, observó las luces de los edificios y la estatua de Cristóbal Colón en lo alto de la plaza.

—No, me temo que no —contestó sin ganas—, aunque no recuerdo mucho de mi último viaje. Fue hace más de diez años.

—Estoy seguro de que allí aflorarán los recuerdos.

Indeciso, el arquitecto esperó un segundo antes de continuar.

—¿Has amado alguna vez a alguien, Mariano?

La pregunta desarmó al conductor. Su expresión se volvió pesada y gris.

—Por supuesto, señor —contestó y selló los labios. Hablar de ello le hizo pensar en su mujer y en su familia.

—¿Piensas en ellos?

—Cada día.

—Eres un hombre noble, Mariano —dijo el arquitecto sorprendiendo a su empleado—. Lamento haber sido un insolente estos días.

—No se preocupe, señor. Le entiendo perfectamente... —dijo apretando los labios. Los puños se aferraron al cuero del volante—. ¿Puedo preguntarle algo? No conteste si no quiere.

—Adelante.

—Era él, ¿verdad?

La pregunta perforó al arquitecto.

—Así es. Era él.

De nuevo, se formó un silencio breve, exento de tensión, cargado de dudas.

—Tenía una corazonada... —murmuró sin devolver la mirada al espejo—. Está algo cambiado, pero sigue teniendo ese brillo en la mirada que...

—Fue un error exponerte de esa manera, Mariano —reprochó severo—. Pusiste tu integridad en peligro.

—Pensé que se había deshecho de él cuando me llamó desde la Toscana.

—Jamás mencioné nada parecido —contestó algo tenso—. No creas que no me

arrepiento cada mañana. Tuve mi oportunidad y la desaproveché... Comprendo que esté pagando mi castigo.

—Vaya, lo lamento... Quizá fuese mi error interpretar los hechos posteriores... —expresó con molestia y decepción en sus palabras—. Supongo que ahora trabaja para ellos.

Frase a frase, Mariano sorteaba los obstáculos para sonsacarle información a su jefe. Sabía de sobra lo que sucedía, aunque quería escucharlo de la boca del arquitecto. Don era consciente del interrogatorio, aunque ignoraba la ventaja que el chófer tenía sobre el asunto. Se preguntaba hasta dónde era seguro hablar de aquello con éste sin desprotegerlo.

Aunque no dudaba de él, era consciente de que la posesión de información podía acarrear desenlaces muy nocivos para ambos.

Todo acto tenía su consecuencia, hasta el más insignificante.

—Digamos que me he visto en la obligación de colaborar con esa gente —explicó buscando las palabras adecuadas para no alarmar a su interlocutor más de lo necesario—. A estas alturas, decirte lo contrario, sería engañarte.

—Se refiere a aceptar sus chantajes.

—Llámalo como quieras. No cambiaré nada.

—Entiendo... —contestó Mariano con brevedad y subió un grado la calefacción del vehículo mientras reflexionaba. Después cambió de carril y atravesó el paseo a toda velocidad accionando el turbo del coche. Don sintió un ligero cosquilleo en el coxis—. Aprecio la confianza, señor. Debo admitir que he estado preocupado por su seguridad y por la de la señorita Lafuente durante estos últimos dos meses... Me ha sorprendido el giro de los acontecimientos... No esperaba que llegaran a formalizar su relación tan rápido, ni que, de repente, su agenda se viese alterada con tanto viaje al extranjero... Quizá fue esto último lo que me indicó que no todo marchaba bien.

—Tuve que improvisar, adaptarme a la situación y digerir las consecuencias de mis actos... Me temo que era más que notable tanto desorden... —dijo el arquitecto con desasosiego. Tarde o temprano, esa conversación llegaría, aunque uno nunca está preparado para enfrentarse a los momentos incómodos. Adentrados en la carretera que los llevaba al aeropuerto, las luces de la ciudad se perdían en la lejanía y ahora sólo los faros de los vehículos se movían como luciérnagas por la ventanilla—. Necesito que te mantengas al margen, Mariano.

—No me puede pedir eso —replicó—. No, a estas alturas.

Una ligera molestia se apoderó del estómago del arquitecto.

Apretó el puño y respiró con profundidad.

—Sí, sí que puedo —insistió y sus miradas se encontraron de nuevo por el pequeño espejo delantero—. De hecho, te lo exijo.

Mariano mantenía el temple verbal y canalizaba su impotencia aumentando la velocidad del vehículo.

—Hay algo de lo que me gustaría hablarle, señor...

—Tienes que proteger a Marlena, es todo lo que te pido. Hoy, más que nunca, sé que posees la preparación para hacerlo.

—Está relacionado con esos hombres —insistió. Le temblaba la voz—. Esto no ha hecho más que empezar...

Pero Don ignoraba la reiteración.

—Ella es lo único que me importa y temo perderla.

—Es importante lo que tengo que decirle.

Volvió a apretar el puño. El exceso de obstinación lo estaba poniendo de los nervios.

—¿Puede esperar hasta el lunes, Mariano? —sentenció con un golpe seco de voz—. Tengo demasiadas cosas en la cabeza en este preciso instante.

Mariano sopesó la respuesta.

El piano se desvaneció por los altavoces y la música dio paso a un silencio sepulcral en el interior del coche.

Ni las prisas ni el lugar eran los más idóneos para confesarle la verdad. En efecto, lo que tenía que contarle no cambiaría nada en los próximos días. Lo que estaba a punto de acontecer era un proceso más del sistema de ejecución de Vélez y los suyos. Después vendrían a por más como hienas hambrientas. Mariano sólo deseaba alertarlo, pero confundiéndolo no haría más que abrumar su pensamiento.

Finalmente se dio por vencido.

—Supongo que sí... —respondió rendido. La entrada de carga y descarga del aeropuerto se veía a lo lejos—. Esperaré hasta que regrese.

Don se acercó al asiento del conductor por detrás y puso la mano sobre el hombro del conductor.

—Gracias, Mariano —dijo dándole un pequeño toque con la palma, un gesto inusual en él, pero necesario para tranquilizar a su empleado. Tanto él como Mariano podían sentir la incertidumbre de los días venideros.

Cuando el miedo se apodera de una persona, la paraliza hasta dejarla sin oxígeno.

Ambos guardaban secretos que ardían por ser revelados y temían que al hacerlo, perdieran el control sobre éstos.

El vehículo se detuvo, Mariano bajó primero y le abrió la puerta a su acompañante. Después el maletero se levantó y sacó el equipaje de mano que había en él.

La fina lluvia caía sobre el traje del arquitecto.

—No es necesario —dijo Don haciéndole un gesto con la mano para que dejara el paraguas en el interior del vehículo. Sus miradas chocaron deseándose el mejor de los finales, esperando un abrazo fraternal que nunca llegaría—. Volveré lo antes posible.

—Estaré a su disposición cuando lo necesite.

—Valoro mucho tu lealtad, Mariano —dijo y se colocó el sombrero—. Cuida de

Marlena.

—Lo haré, señor, no se preocupe por nada... —dijo y regresó a la puerta del vehículo
—. Que tenga un buen viaje.

CAPÍTULO ONCE

Hotel Continental (Oslo, Noruega)

4 de noviembre de 2016

Cuatro horas más tarde después de despedirse de su chófer, Don llegaba al aeropuerto Oslo-Gardermoen. Había sido un viaje liviano, justo lo que necesitaba para recargar energías y aclarar la mente. Las aerolíneas noruegas no ofrecían vuelos en primera clase para distancias cortas, por lo que siempre cabía la posibilidad de sentarse con algún indeseable que le fastidiara el trayecto. Para su fortuna, dada la época y la hora del vuelo, la probabilidad de que una familia de turistas ocupara la mitad de los asientos era bastante baja.

Al subir al avión y dejar el equipaje de mano en uno de los compartimentos superiores, sintió un olor que le llevó a los recuerdos del pasado.

Era como si empezara de nuevo, casi dos décadas atrás.

Sus primeros viajes en avión en busca de clientes, los primeros trayectos en tren acompañando al director del estudio para el que trabajaba. Así había empezado todo, siendo un secundón, el mismo que, más tarde, terminaría destronando al propio rey antes de que éste abdicara.

Las vívidas imágenes que recorrieron su cabeza, mientras se acomodaba en el asiento de piel junto a la ventana, le provocaron una ligera risa tonta. Se rio con nostalgia.

Una de las azafatas se fijó en él y el arquitecto quiso transmitirle su estado de ánimo sin palabras. Atraída por la vigorosa presencia del arquitecto, ella sonrió con timidez y continuó por el pasillo. Después se paró a pensar en que no siempre había sido así.

Añoraba los buenos momentos, dejando a un lado los sentimientos más corrosivos para cuando cerrara los ojos, y entendió que la nostalgia era un veneno tan mortífero como escuchar a su propia conciencia.

Tarde o temprano, volvería a acordarse de ese instante, allí sentado, junto a la ventana del avión; volvería a recordar la sonrisa de la joven azafata de pelo rubio y ojos azules, ignorando la muerte de Patricia Yulene Andersen y de su hijo, ocultando el rostro de ese polaco con antecedentes secretos antes de hacerlo desaparecer. Tarde o temprano volvería a sonreír junto a Marlena, olvidándose para siempre de lo que Vélez y Montoya habían intentado sin éxito.

Era una cuestión de tiempo.

Un taxi lo recogió en la parada del aeropuerto para llevarlo hasta la puerta del Hotel Continental de Oslo en el centro de la ciudad. El trayecto no excedió de los cuarenta minutos, tiempo que el arquitecto aprovechó para fingir una conversación casual con el taxista, informarse sobre la estructura de la ciudad y sus barrios y pedirle que le enseñara algunas palabras de cortesía en el idioma local. Antes de viajar a un país extranjero desconocido, solía memorizar frases y practicar su fonética hasta adquirir la precisión de un nativo.

Destreza que, con los años, le había ayudado a librarse de más de un apuro.

Una vez se hubo apeado del Saab y recuperado su equipaje, le dio una generosa propina al conductor que se despidió con un sonoro adiós en español como forma de agradecimiento.

El Hotel Continental era un bloque de cinco plantas de ventanales simétricos, que poco se parecían a los de los hoteles de cinco estrellas en los que el arquitecto solía hospedarse.

Era de noche, el alumbrado público colgaba de los cables que se sostenían desde la fachada del hotel hasta el Teatro Nacional, un gran edificio austero de ladrillo que había frente a ésta.

La amplia entrada del Hotel Continental lindaba con la puerta y terraza de un café de estilo parisino que ocupaba los bajos de un antiguo y hermoso edificio con ornamentación y una floristería. Pensó que aquello también formaría parte del hotel.

Sobrecogido por la incapacidad para recordar cómo había sido su última visita a la capital escandinava, se vio sorprendido por el ruido de unos raíles que procedían de su espalda.

Ávido, caminó hasta a la acera sorteando los coches aparcados y vio el tranvía de la ciudad cruzar calle abajo. Segundos después, sintió un fuerte helor en los huesos. Hacía frío, más que en España y, en cuestión de horas, la temperatura descendería un puñado de grados más.

—*God kveld* —dijo al aproximarse a la entrada con el fin de llamar la atención del botones que había junto a la puerta. Parecía cansado y eso jugaba a su favor. Éste, un hombre rubio, delgado y que parecía haber alcanzado la treintena, hizo un ademán de agarrar su equipaje de mano, pero Don no se lo permitió.

—*God kveld* —contestó y empujó la puerta hacia dentro.

—*Tusen takk* —repitió el arquitecto para darle las gracias.

Tal y como había observando en muchos hoteles, probablemente, el turno de aquel tipo terminara pronto, así que mejor cuanto menos supiera de su procedencia. Para su regreso al trabajo, Don ya habría desaparecido de allí.

Una vez dentro, dirigió su atención a la recepción del hotel. Un hombre y una mujer vigilaban sus movimientos con suavidad. Era apreciable que, por el tamaño del vestíbulo, el hotel no poseyera un gran número de habitaciones.

La recepción de madera oscura, separada por un gran armario con un reloj dorado en el centro, se situaba a escasos metros de la puerta principal. Una escalera con alfombra roja subía hasta una primera planta y una puerta indicaba la entrada hacia el Theatercafeen, un exclusivo e histórico restaurante de estilo vienés que destacaba en la guía Michelin. Don había leído sobre él. Tal vez la oscuridad de la calle le hubiera impedido ubicarse correctamente. A su derecha, un pasillo invitaba al bar del hotel.

Pronto entendió que la fachada que había visto pertenecía al restaurante y no al hotel, y tomó una nota mental para visitar aquel lugar antes de abandonar la ciudad.

Se aproximó a los dos empleados y preguntó en inglés por su reserva.

—Buenas noches, señor Donoso —dijo el recepcionista con un fuerte acento

escandinavo y le entregó una tarjeta postal de cartón que guardaba dos copias magnéticas de la puerta—. Su habitación es la número 816, *Oslo junior suite*.

—Está bien, gracias.

—Veo que pagó su reserva antes de venir.

Don dudó por un instante.

—Así es.

—En cualquier caso, los gastos adicionales que haga... —añadió comprobando la pantalla del ordenador—. ¿Desea que se los carguen a la misma tarjeta con la que hizo el pago?

—Por supuesto —dijo y el rostro de Montoya se apareció como un holograma.

—Que disfrute de su estancia.

Don recogió las tarjetas y un código para conectarse a la red inalámbrica del hotel y se dirigió hacia el ascensor, un pequeño habitáculo con estampados en los laterales, un cristal frontal y un pequeño sillón para hacer la espera más corta.

Abandonó el elevador, cruzó un estrecho pasillo de moqueta, halógenos y cuadros con el único fin de decorar y llegó a una puerta de madera maciza con el número 816 en dorado y situado en la esquina superior de la izquierda.

Al pasar el umbral, un ligero aroma a ambientador lo recibió con calidez. Era agradable, aunque detestaba los olores artificiales.

Cerró la puerta de un golpe y dio un vistazo para evitar sorpresas: no era una habitación de lujo, aunque aquel tampoco un viaje para desconectar. Una cama doble, un diván, una mesa redonda con dos sillones, una tele de plasma y un escritorio en el que tomar notas. No esperaba menos viniendo de Vélez.

Realmente, no esperaba nada.

El baño era espacioso, contaba con ducha y bañera, así como un gran espejo con dos lavabos. Tanto en la habitación como en el cuarto de aseo tenía espacio suficiente para realizar sus ejercicios.

Dejó la pequeña maleta y el sombrero sobre la cama y abrió la nevera que había en el escritorio, bajo la televisión: chokolatinas Snickers, refrescos, pequeñas botellas de vino, botellines de cerveza, champaña y alcoholes varios.

Tenía la boca reseca y el cuerpo destemplado a causa del frío, así que agarró una pequeña botella de vodka Finlandia y la derramó sobre el vaso de cristal. Pensó que le ayudaría a recuperar la temperatura, aunque fuera una mera ilusión.

Mientras saboreaba el trago se fijó en que una de las ventanas contaba con una espaciosa terraza. Abrió el ventanal y salió al exterior, sacudido por una brisa helada que le obligó a contener la respiración.

Desde allí podía ver las coloridas fachadas de los edificios de los alrededores y las torres de oficinas que sobresalían al fondo, sobre los árboles. Frente a él tenía la cúpula del Teatro Nacional.

Al igual que en otros países fríos, Don notaba la ausencia de luminosidad en las calles en comparación a España. Un detalle que jugaba a su favor en la mayoría de ocasiones.

Pasados los primeros diez minutos y agotado el primer cóctel, comenzó a inquietarse con tanta espera. No quería salirse del guión hasta que el mensajero tocara a su puerta.

Regresó al interior de la habitación y oyó unos pasos que se acercaban por el pasillo. Después, alguien golpeó a la puerta con los nudillos.

Con el vaso todavía en la mano, como un acto reflejo de defensa, se aproximó y giró la manivela.

Al otro lado de la entrada estaba el botones que había visto quince minutos antes en la entrada.

El hombre dirigió la mirada hacia el vaso vacío que sostenía el arquitecto.

—No he pedido que me subieran el equipaje... —dijo en inglés antes de que el empleado del hotel se explicara.

El noruego asintió con la cabeza y sacó un sobre cerrado de su chaqueta marrón.

—Lo sé, pero se le ha olvidado algo en recepción —contestó entregándole la carta—. Que tenga una buena estancia, señor Donoso.

Sorprendido, se maldijo por haber sido tan ingenuo de subestimar a Vélez. Ese miserable no iba a dejar un cabo suelto.

—Escucha, ¿cómo te llamas?

El hombre dio media vuelta.

—Mi nombre es Karl, señor.

Don miró a ambos lados del pasillo para asegurarse de que no hubiera nadie.

—¿Cuándo concluye tu jornada, Karl?

Éste estiró una parte de su rostro.

—He pedido turno doble para esta semana.

—Claro.

Karl movió un pie para regresar por donde había venido.

—*God kveld, Mr. Donoso* —añadió en noruego con cierta sorna en su tono—. Disfrute de la ciudad. Es un lugar hermoso en esta época.

Después la silueta se perdió por el marco que la llevaba hacia las escaleras.

Cruzó el cerrojo, se sentó sobre la cama y abrió el sobre.

En el interior encontró una nota escrita a máquina y una tarjeta de visita.

Casa de Campo (Madrid)

2 de octubre de 2003

A veces, nos sentimos decepcionados tras desvelar una incógnita, siendo víctimas de nuestra propia expectativa. En otras ocasiones, nos arrepentimos de haber resuelto ese misterio.

El joven arquitecto desconocía las intenciones por las que Miranda había decidido pasear por allí, pero no le auguraba un buen final a esa tarde.

Era sábado, fin de semana. Las parejas paseaban junto al Manzanares o hacia el interior del lago que rodeaba el famoso paraje. Algunas con la intención de conocerse, otras para consolidar sus sentimientos. Un lugar romántico y tranquilo alejado del tráfico de la ciudad pero manchado por los sonados casos de violación, robo y asesinato producidos en su interior.

Diez años atrás, un joven de veinticuatro años era juzgado por cargar con más de veinte delitos sexuales.

Veinte antes, otro joven aparecía con el cráneo abierto.

Ricardo sabía de estos y muchos otros casos conocidos que había archivado en su memoria. Recortes de periódico que guardaba en una carpeta como fetiche para la posteridad.

Miranda paseaba silenciosa con su cuerpo pegado al del arquitecto. Miraba a los alrededores en busca de algo que no parecía estar claro. Él todavía no entendía qué hacía allí, pero sólo tenía clara una cosa: se sentía tranquilo, relajado, como si esa fuerza interior estuviera saciada y dormida.

—¿Los traes siempre aquí? —Preguntó Don con las manos cobijadas en los bolsillos de su abrigo negro. Ella sonrió y agarró el brazo del joven por el interior. Él sintió un ligero cosquilleo.

—¿A quién?

—A tus primeras citas.

Los pasos crujían sobre las hojas secas que abundaban en el suelo.

—Esto no es cita —sentenció Miranda con una melodía difícil de interpretar. Una de las cosas que le gustaba a Don de ella era ese halo de suspense que siempre dejaba tras las palabras, como si todas sus respuestas acabaran en punto y final.

La duda, la expectación.

Crear la sensación en el otro de sentirse en tierra de nadie, de no saber cuándo dar un paso atrás o seguir atacando. Una estrategia que desarmaba a su oponente y le creaba un sentimiento de culpa difícil de aliviar.

Por su parte, el arquitecto era consciente de que era un acto premeditado y que ella conocía lo bien que funcionaba con los hombres para que se rindieran a sus pies.

En ese aspecto, no eran tan diferentes. Ambos coleccionaban sentimientos.

A diferencia de Miranda, él no necesitaba sembrar el miedo en las mentes ajenas, pues su presencia, acompañada del sigilo sórdido que la envolvía, era más que suficiente para alertar a la otra persona de que estaba en peligro.

Lo que desconocía Miranda era que Don era real y ella no, que lo que para la joven suponía un juego de psiques, para él era parte de su sistema de supervivencia.

—¿Entonces qué es?

—No tengo citas con hombres desconocidos —contestó mirando al frente—. Eso me pone en una posición que no me gusta y me incomoda, como si debiera evaluar el encuentro para seguir viendo a esa persona... Prefiero llamarlo un encuentro casual.

—Querrás decir causal —rectificó él.

Miranda se paró delante del chico y se giró hasta juntar los rostros.

Estaban en el centro de una glorieta. A la izquierda, setos y bosques que subían por una colina y un camino que llevaba hacia lo alto de la cuesta. A la derecha, otro sendero de asfalto guiaba hasta la ladera del lado. En el centro, un camino salvaje se adentraba en un pinar oscuro y solitario.

Él alzó los hombros y sacó el pecho hacia delante. De pronto, sintió un ligero chispazo en la espalda y se preguntó si sería otro de sus trucos.

—Casual, Ricardo —dijo con voz seria—. El hecho de que tú y yo nos hayamos conocido para llegar hasta aquí, no ha sido más que una coincidencia... Momentos así, más vale recordarlos para siempre.

Sin una palabra más, agarró su mano y tiró de él hacia el bosque de pinos. Don no opuso resistencia y se dejó llevar.

CAPÍTULO DOCE

Estación de metro Jernbanetorget (Oslo, Noruega)

4 de noviembre de 2016

Un mosaico de luces y colores inundaba la calle Strandgata.

Coches, autobuses, tranvías y transeúntes se cruzaban en uno de los puntos más transitados de la capital. En la puerta de un Narvesen, Don sostenía un café caliente en un vaso de cartón mientras observaba un mapa de la ciudad en una parada de tranvía. El barrio de Grønland se encontraba tras la estación así que pensó que podía tomar el metro o seguir caminando.

Miró al reloj luminoso que había en lo alto y comprobó que eran las nueve y media de la noche, hora perfecta para iniciar su cacería. A diferencia de España, el resto de Europa solía empezar la marcha un par de horas antes, por lo que a esas horas los bares solían estar repletos de gente bebiendo. No había más que pegar un vistazo a su alrededor para asegurarse de que estaba en lo cierto.

Dio un sorbo al café, dejó el vaso en una papelera e inició su camino.

El contenido de la nota que había dentro del sobre estaba formado por frases breves y sin detalles específicos. Iba escrita en español y Vélez se había asegurado de que, en caso de pérdida, nadie supiera a quién se dirigía. En ella le contaba lo que Montoya ya le había transmitido en varias ocasiones. Cargado de simbolismo, Vélez se refería a Jakub Maranowski, el *ubek*, como un pájaro y comparaba a Patricia Yulene Andersen como la lombriz. En una metáfora cargada de analogías a la pesca, Vélez insistía en que no dejara al pájaro sin vuelo ya que, de ese modo, el resto no sabrían volar sin él. Pero Don no estaba dispuesto a hacer las cosas tal y como le habían mandado, por principios y por seguridad. Encontraría a ese tipo, le sacaría la información que le habían ordenado, pero se cobraría su propia tasa de servicio.

Junto a la nota, le habían dejado una tarjeta de visita de una lavandería en la calle Mandalis, a las espaldas de la mezquita. Entendió que Maranowski se movería por allí y que existiría algún tipo de relación con su guarida. Para el español, no era de extrañar que el polaco se escondiera en el barrio más diverso de la ciudad. Aunque pareciera contraproducente debido a su situación, él era europeo y eso le posicionaba por encima del resto de vecinos a ojos de los agentes del orden. En caso de refriega, siempre habría alguien por delante dispuesto a pagar los platos rotos.

Una avenida de tres carriles cruzaba el distrito residencial dejando a ambos lados bares y restaurantes con carteles luminosos y cristales por los que se contemplaban las mesas.

Una sensación de calma y tranquilidad aparente que desaparecía al adentrarse en las calles perpendiculares que iban hacia los bloques de viviendas. A medida que se alejaba de la estación de ferrocarril y de la avenida principal, la intensidad de la luz menguaba y el bullicio quedaba atrás, dejando sólo el ruido de los coches que cruzaban la avenida. Desde el extremo de una calle, parado frente a un Starbucks, divisó al otro lado la mezquita de la ciudad. Caminó hacia ella varios metros y, de pronto, los bajos de los edificios se transformaron en locales de comida libanesa, peluquerías, tiendas de telas, ultramarinos

regentados por inmigrantes y restaurantes de gastronomía árabe.

A pesar de la longitud de las calles y de los bloques de viviendas, la mayoría de ellos similares, pensó que no sería muy complicado dar con Maranowski antes de que el silencio sepulcral reinara en el barrio. Contempló grupos de hombres que se cruzaban por su camino hablando en árabe. Algunos miraban de reojo su apariencia y otros eran indiferentes. También atisbó que, en las puertas de algunas tiendas, los dueños de los establecimientos fumaban como vigilantes de una fortaleza. Nada sucedía por casualidad y bastaba con que alguien metiera las narices donde no debía para que se dispararan las alarmas. Cuando se habita un territorio desconocido, es importante tener aliados que te cubran las espaldas. Un detalle que el español no pasó por alto.

Si no quería llamar la atención, debía mantenerse callado y moverse con rapidez.

Giró por la esquina fingiendo conocer el camino y esperó a que el desconocido bajara la guardia y regresara al interior de la tienda. Después dio un vistazo a los balcones y atisbó algunas luces en el interior de los apartamentos, aunque ningún signo de estar siendo observado. Tras el tenso imprevisto, regresó a su caminar y encontró de casualidad una placa con el nombre de la calle Mandalis. Al acercarse a ella, un cartel luminoso anunciaba la palabra bingo bajo el alargado balcón de un primer piso y, frente a éste, encontró la lavandería.

Dos bloques de color crema y dieciséis ventanales por planta, se enfrentaban entre sí dejando entre medias una calle tranquila y solitaria en la noche.

Cuando llegó a la puerta de la lavandería, divisó a un hombre blanco que esperaba sentado junto a uno de los tambores de las lavadoras que había apiladas. En sus manos tenía una revista escrita en noruego. Se fijó en su apariencia. Era joven, escandinavo, tenía el cabello largo y llevaba una gorra de color azul.

Pensó que, tal vez, con él lo tuviera más fácil.

Antes de entrar en el local, escuchó a dos personas discutiendo en árabe al otro lado de la calzada. La ausencia de ruido producía que la discusión se amplificara y llegara a toda la calle. Los más curiosos asomaban la cabeza por los ventanales.

Las voces procedían de la casa de apuestas. No era un bingo, sino un local de juego. Dos hombres de entrada edad discutían algo ininteligible para el arquitecto. Don se giró y entró en la lavandería antes de que lo descubrieran.

—*Hallo*—dijo el extraño de la gorra y le dio un repaso con la mirada. Hostil, Don le devolvió el gesto y el desconocido regresó a su revista.

Desesperado y sin ideas, tomó asiento junto al individuo y, a través del cristal y bajo el ruido de las lavadoras, observó a los dos hombres que seguían gritándose en la otra acera.

Fue entonces cuando alguien salió a uno de los balcones para ver qué estaba sucediendo. Don sintió un fuerte revés en el estómago y puso atención a sus movimientos. Era él, no podía haber fallo de ello. Fumaba un cigarrillo con ansiedad, como si aquella situación le irritara. Harto al ver que la jauría no hacía más que aumentar, dio una última calada y lanzó la colilla por el balcón. El cigarrillo se deslizó por el aire hasta caer junto a uno de los dos extraños. Aquel individuo del edificio era Maranowski, el *ubek*. El rostro

de Patricia Yulene Andersen se manifestó como un relámpago en la memoria del arquitecto. Acto seguido, sintió un fuerte calor bajo el abrigo. La mandíbula se tensó, cerró los puños con fuerza hasta clavarse las uñas en la piel.

Lo estaba sintiendo, había vuelto a nacer. Una bola de fuego ardía el interior de su estómago.

El individuo que leía la revista, levantó la vista hacia el español, esta vez asustado, como si estuviera ante una bestia feroz.

Poseído por su propia revolución, éste ladeó el rostro con las pupilas dilatadas y las cuencas encendidas.

Cuando ambos se encontraron, el tipo de la gorra, atemorizado por las sombras que lo rodeaban, salió despavorido.

Vélez no se había equivocado probando al español.

Había dado con su víctima y ahora iba a ejecutarla.

Como en la mayoría de las áreas residenciales, los bloques que bordeaban las manzanas compartían una zona interior comunitaria desde la que se podía entrar a las viviendas.

Para acceder al bloque donde residía Maranowski no tenía más remedio que esperar a que alguien le abriera la puerta que comunicaba al patio interior.

La espera se podía alargar horas y Don no estaba por la labor de aguardar demasiado.

Abandonó la calle con paso ligero evitando llamar la atención y estudió las calles perpendiculares bajo la fría noche que se apoderaba de sus huesos. Desde una de las entradas se podía ver el interior del parque, los vehículos de los residentes aparcados, contenedores de basura y el muro que separaba uno de los locales de copas. Un grupo de jóvenes fumaba hachís en un banco del recinto. Estaban demasiado ocupados como para mirarlo, pero saltar la valla sólo le buscaría problemas, distraería su atención y despertaría a los demás vecinos. Tenía que ser rápido, pensar con claridad. Había localizado a su objetivo, pero aún le quedaba mucha labor por delante.

La disputa entre los dos hombres se distendió cuando Don caminaba hacia la otra perpendicular.

Regresó a la avenida principal, en la que todavía se podía ver gente con ganas de ocio y respirar el ambiente animado de los bares nocturnos, y descubrió el cartel del Andy's Pub, un bar irlandés de música en directo y carnes a la brasa. Lo más probable, calculó, es que pudiera acceder al patio interior si cruzaba la cocina.

No era el mejor, pero era un plan y parecía eficaz.

Se adentró en el local y topó con un montón de noruegos y turistas anglosajones que se emborrachaban mientras veían un partido de fútbol por las pantallas de televisión. El ruido era molesto, la falta de aire limpio provocaba que todo oliera a cerveza y sudor. Un camarero con los carrillos enrojecidos y rodeado de grifos y botellas de cristal, servía pintas de cerveza detrás de una barra de madera roja.

Don atravesó el local sin llamar la atención del empleado y se colocó tras un pilar en el que dos hombres comentaban en noruego y clavaban sus ojos en el ritmo de la pelota. El olor a aceite frito salía de una cocina que se encontraba al final de la barra, junto a los aseos. El arquitecto entendió que ese sería su próximo movimiento. De allí, cruzaría al otro lado.

Se dirigió hacia interior del local e intentó atravesar la puerta de la cocina, cuando una camarera con una bandeja cargada de hamburguesas y patatas fritas se dio de bruces con él.

La mujer, que no alcanzaría los cuarenta años, con los brazos gruesos y la expresión tensa, esputó algo que el arquitecto no entendió.

—*Hvor er toalettet?* —Respondió él empleando una de las frases que el taxista le había enseñado.

La mujer señaló a los baños, que estaban en la puerta contigua y después hizo un gesto de decepción y lamento. Debió interpretarlo como otro cliente ebrio y entendió que no era el primero que se confundía de puerta.

Estuvo cerca, pensó el arquitecto, que simuló acercarse a los urinarios para escabullirse en el interior de la cocina.

Una vez dentro, la peste a fritura se intensificó, pegándose a su piel como un desagradable día caluroso de verano. Estaba en lo cierto y encontró la puerta que daba al exterior donde tiraban la basura.

Su vestimenta, cargado con el abrigo y los guantes de cuero, no dejó indiferente a la pinche de cocina que perdía la paciencia para que las hamburguesas no se quemaran en una plancha negra y grasienta. Cuando la joven, más hermosa y delgada que la otra empleada, levantó la carne con los dedos, sintió la presencia del arquitecto. Él, seguro de sí mismo, se acercó el índice a los labios y prosiguió su camino como si no pasara nada.

Silenciosa, regresó a la comida.

Ya en el parque, volvió a peinar el interior con la mirada para evitar sorpresas. Los jóvenes del banco seguían colocándose entre las sombras. Podía escucharlos y ver el botón rojizo que prendía cada vez que se pasaban el cigarro.

Don puso su atención en la entrada del bloque del polaco y elevó la vista hasta la primera planta. Había luz en el interior, así que supuso que seguiría allí dentro.

Con paso decidido se acercó a la entrada principal y, para su gracia, alguien se había olvidado de cerrarla correctamente.

—Despistes así —murmuró sonriendo para sus adentros—, se pagan caro.

Silencioso, pasó el umbral, se sumergió en la penumbra y, con cuidado, empujó la puerta metálica hasta que se accionó la cerradura.

CAPÍTULO TRECE

La humedad de su cuerpo le alentaba de lo que estaba a punto de suceder al tocar ese timbre. Sudaba y el tejido de la ropa se volvía como una segunda piel. La calefacción central del edificio llegaba al interior del portal viciando el aire de olores que procedían del interior de las viviendas.

Alguien freía una cebolla en lo alto del bloque.

Detenido frente al número 17 y la puerta del apartamento de su objetivo, tantos acontecimientos habían producido que el arquitecto no pensara en lo que vendría después, pero no le importaba improvisar. Lo había hecho antes, lo podía hacer de nuevo.

La adrenalina corría por sus venas como una bola de acero en una máquina de petacos. Su destreza en el cuerpo a cuerpo le proporcionaba la confianza necesaria para enfrentarse a lo desconocido.

Antes de comenzar, palpó el interior de su abrigo y encontró las bridas de plástico que siempre portaba con él. Las necesitaría más tarde, aunque eso era todo lo que llevaba encima. Iba desarmado pues, de lo contrario, no habría pasado los controles aéreos.

Un trabajo a la antigua, se dijo, y puso el primer pie en el peldaño de la escalera.

Debía tumbar al polaco antes de que tuviera tiempo a reaccionar y eso no sería fácil. Desconocía sus movimientos y ni siquiera había tenido tiempo para observarlo en vivo. Esa falta de información creaba un vacío que le hacía dudar de la capacidad del adversario.

Aunque la última operación en Praga hubiese sido un éxito, no estaba muy convencido de cómo había abordado a Thalassinos. Un golpe, un disparo, un explosivo... no siempre eran precisos. Por mucho que se practicara, siempre existía una ligera posibilidad de que algo saliera mal. En su caso, cuando esa posibilidad existía, las consecuencias eran desastrosas.

Por eso Vélez le había elegido.

Don era un profesional en lo que hacía y la palabra error no tenía cabida en su vocabulario.

A medida que se acercaba a la puerta del apartamento, el corazón le latía con violencia, como si un guerrero tribal golpeará con fuerza el tambor que marcaba el ritmo de su cuerpo. Las articulaciones se tensaron y notó una ligera hinchazón en las piernas.

Sólo tendría una oportunidad.

Pegado a la puerta, colocó la cabeza junto a la madera e intentó escuchar el interior. Un ruido de televisión a lo lejos fue todo lo que pudo percibir. Después se colocó frente a la mirilla, tocó el timbre y golpeó la puerta con los nudillos. Tan sólo deseaba llamar su atención.

Segundos después, oyó cómo el volumen de la película que había de fondo aumentaba y unos pasos se detenían a mitad de camino.

—Mierda... —susurró.

Rápido, se echó a un lado, sobre la puerta vecina y se quedó parado esperando a que

algo sucediera.

La luz de las escaleras seguía apagada. Temía que algún vecino saliera de su vivienda y la encendiera, pero no tenía otra opción.

Aguantó la respiración para minimizar su presencia y escuchó un ligero movimiento al otro lado del marco. Cuando la manivela se accionó hacia dentro, Don se echó sobre la oscuridad, pero fue sorprendido por el movimiento afilado de un cuchillo de cocina. Se escuchó un zarpazo que le rajó el bíceps braquial izquierdo. Desprevenido, apretó los dientes para tragarse el dolor y se echó la otra mano al brazo mientras retrocedía. El corte había sido rápido y preciso pero, por fortuna, no le había tocado la vena cefálica.

Sintió un ligero y húmedo cosquilleo que corría por el interior de su camisa. El tajo se manifestaba con un dolor incipiente que ardía su piel por segundos. Si no cortaba la hemorragia a tiempo, pronto tendría problemas.

Con el español herido y una rodilla flexionada sobre las escaleras, Maranowski abrió la puerta y le propinó una patada en la boca que lo lanzó hacia atrás. Don perdió el equilibrio y sintió cómo volaba por el aire sin poder hacer nada ante la caída. El impacto contra la baldosa sonó como un crujido seco y el arquitecto cayó aturdido unas milésimas de segundo. Sin embargo, a pesar del dolor, su contrincante había accionado los mecanismos internos del arquitecto. Cuando un depredador se sentía hambriento, sólo la muerte lo paraba.

Dejarlo escapar no era una opción.

Con el cuchillo en la mano y sin mentar palabra, salió disparado hacia la puerta del bloque como una presa que lucha por salvar su vida.

Don tragó saliva, se puso en pie, cerró el puño derecho y le golpeó en el cráneo. La cabeza del individuo chocó contra el cristal. Cuando intentó asestarle una puñalada, el español le metió los dos dedos en los ojos y apretó con fuerza.

El dolor era tan insoportable que apenas movió la mano que sujetaba el arma. Antes de dejarlo inconsciente, lo desarmó con cuidado. A escasos centímetros de él, echó el brazo hacia atrás como si fuera el percutor de una pistola, tomó fuerza, y le aplastó el tabique nasal con el grosor de sus nudillos, arrancándole las ganas de vivir de un soplo, entregándole a ese desgraciado la misma brutalidad con la que había servido a otros.

Barrio de Grønland (Oslo, Noruega)

4 de noviembre de 2016

Estaba vivo de milagro. El golpe había sido tan profundo que casi lo deja sin vida.

Con el rostro ensangrentado, Maranowski despertó maniatado a una silla de madera y sin movilidad alguna. El dolor era tan fuerte que no cesaba de gemir, aunque la falta de energía le impedía gritar alto. El apartamento era pequeño, estrecho y minimalista. Tenía una cocina americana que conectaba con el salón y la cristalera del balcón. En el pasillo, un dormitorio mediano con una cama doble y un pequeño cuarto de baño con ducha. Las paredes y la decoración tenían tonalidades pastel y el suelo era de madera. La calefacción central estaba al máximo y el aire denso y caliente era difícil de respirar.

Don detestaba la climatización, así que decidió bajar la potencia de las estufas y abrió la ventana del cuarto de baño.

Pronto, el aire comenzaría a renovarse.

Mientras el polaco abría los ojos con dificultad, el español se hizo un torniquete con un trozo de tela que había sacado de una camiseta del inquilino. Había estado cerca de perder la movilidad del brazo y eso lo habría convertido en algo inservible. Durante la espera, se había tomado la molestia de analizar el apartamento de aquel tipo. Para su sorpresa, rompía con el estándar de alguien que vivía oculto en una madriguera: estaba limpio, ordenado y había ropa de mujer en el armario del dormitorio.

Buscando entre los cajones, encontró varias fotos en las que Maranowski aparecía con la señorita Andersen y su hijo. Una vez se hubiera reanimado, empezaría el turno de preguntas.

Caminó hasta la cocina, llenó un vaso de agua y divisó una botella de vodka Żubrówka a medias. Después se preparó un trago con hielo, se dirigió hacia el moribundo objetivo y dejó los dos vasos encima de la barra americana de madera. Agarró una silla, tiró del pantalón del traje por las rodillas y se sentó frente a la víctima.

Se había quitado la chaqueta y tenía la camisa arrugada y manchada en el brazo izquierdo, pero no le importaba. Estaba disfrutando con esa escena. Podía oler el sufrimiento de ese hombre, el temor y la incertidumbre al desconocer qué vendría después. Debía ser una sensación amarga e incómoda, pensó el arquitecto. Recordó la única vez que se había encontrado en una situación así, frente a su padre. Después aprendió que la vida sin la muerte, no tenía sentido. Aprendió a perderle el miedo a morir, a desaparecer para siempre, y eso lo volvía más poderoso y temible.

Apoyó el codo sobre el muslo derecho, se tapó los labios con el índice y observó a su oponente. Parecía un pájaro en una jaula a punto de ser desplumado. No sentía ninguna pena por él, sino todo lo contrario. Después se acercó el vaso con hielo y le dio un trago a la bebida.

Maranowski musitaba palabras en polaco que el español no llegaba a entender.

—Habla en inglés, no te entiendo.

La víctima hizo un esfuerzo por levantar la cabeza y mirarlo a los ojos.

—¿Quién te envía? —Preguntó con hastío.

—Nadie —respondió—. Ahorra tus fuerzas y límitate a contestar a mis preguntas. Te ahorrará unos cuantos problemas.

—*Sukinsyna*...

Don conocía esa palabra, muy similar a su homóloga en ruso y al checo. Ese cretino había comenzado con mal pie.

Agarró el vaso de vodka y se lo lanzó a la cara.

El lamento de Maranowski se escuchó en el cielo.

—A este hijo de puta le escasea la paciencia... —dijo y dio un sorbo al agua—. Deja de quejarte, te ayudará a cicatrizar. Ahora quiero que me hables de Patricia Yulene Andersen.

Al nombrarla, los sollozos disminuyeron.

—Está muerta.

—Y su hijo también.

El hombre meneó la cabeza con desidia.

—*Mój Adam*...

—¿Los mataste?

Maranowski volvió a inclinar el mentón.

Tenía la mirada turbia, casi perdida y su rostro hinchado era lo más parecido a una máscara de goma. Don admiró la capacidad con la que soportaba el dolor.

No era su primera vez.

—No, yo no lo hice —contestó—. Unos ladrones...

—Escúchame bien, imbécil. Patricia colaboraba con los servicios de inteligencia españoles... —dijo cortando las presentaciones y yendo al grano—. Tú has servido durante muchos años a la *Śłużba Bezpieczeństwa*... Si quieres jugar conmigo, te has equivocado de día, así que habla antes de que me arrepienta de dejarte vivo.

Los ojos de aquel hombre tomaron un brillo sospechoso que Don no tardó en reconocer. Por algún motivo, comenzaba a aceptar su destino.

—Tú haces las preguntas, amigo...

—¿Los mataste? —Insistió.

—Ya te he dicho que no...

—Maldita sea —dijo Don y se levantó para aporrearlo.

—Te estoy diciendo la verdad, joder... —replicó el polaco cuando el puño del español se encontraba encima de él—. Ni tampoco organicé el asesinato...

Don reculó y volvió a la silla.

La televisión seguía encendida.

—Andersen sabía algo, ¿verdad?

El polaco se lo pensó dos veces antes de responder, pero no le quedó escapatoria.

—Jamás debió contármelo. Patricia confiaba en mí...

—Al grano, he dicho.

—Se enteró de lo que no debía... No era su área —prosiguió—. Patricia creyó haber descubierto algo que estaba a punto de cambiar el rumbo de las elecciones de este país y del resto de Europa, pero no fue así, fui yo quien lo hizo...

—Explícate mejor.

—La Europa actual tiene miedo... La inmigración, la crisis económica, la falta de entendimiento entre los países a nivel social y político —dijo Maranowski con la voz desgarrada—. Los gobiernos que la representan temen que la idea de Europa desaparezca para siempre en unos años... El auge de la ultraderecha nacionalista se está expandiendo como una pandemia, poniéndola en peligro... y esto no hace más que ahorrarle trabajo a Rusia y a los fanáticos islámicos.

—¿Qué tiene que ver esto con Patricia?

—La inteligencia europea lleva años preparándose para esto... —continuó—. Tarde o temprano, tenían claro que sucedería un nuevo auge de ideologías similares... El gobierno actual noruego preparaba un atentado contra la líder del FrP, el partido ultraderechista del país y la tercera fuerza más votada. Sin embargo, algo falló y eso nunca llegó a suceder... Patricia descubrió que no sólo los proeuropeos estaban desarrollando sus programas de agentes secretos, sino que otros países como Hungría o Polonia también se estaban preparando para frenar estos ataques.

—Una Guerra Fría en casa.

—Un panorama desolador.

—Y ahí entras tú.

—En efecto —afirmó—. Tras una suspensión oficial, nunca dejé de trabajar para ellos... Es decir, para la inteligencia que operaba antes de la caída del Socialismo. Sabía que tarde o temprano me llamarían, lo que nunca esperé era que me encargaran aniquilar a mi familia.

—Lo hiciste.

—*Kurwa mać!* —Respondió ofendido—. Ya te he dicho que no.

—Lo permitiste.

Maranowski miró a Don con rabia.

—Hice lo que pude para evitar que eso sucediera... —respondió tras varios segundos de silencio—. Patricia intervino varias cuentas de correo de agentes noruegos que habían sido relacionados con nosotros, la *Służba Bezpieczeństwa*... Descargó los archivos y los encriptó en un lápiz de memoria. Todo marchaba bien, llevábamos una vida normal,

encubierta, y nos centrábamos en el pequeño Adam pero, hace unas tres semanas, empezó a comportarse de un modo extraño... Después recibí la llamada de Varsovia. No podía creerlo, así que le pregunté. Su mayor error fue contarme la verdad... Me dijo que iba a viajar a España para informar de lo sucedido, pero yo sabía que no iba a volver.

Don escuchaba atentamente el relato de su interlocutor. Parecía convincente, casi perfecto, si no fuera por la condición de que Maranowski se había manchado las manos de sangre casi tanto como él.

—Traicionaste a tu mujer y a tu hijo.

El agente polaco tragó saliva.

—Ella nos iba a traicionar a todos... —respondió apenado—. ¿Acaso sabes para quién trabajaba? Era lo único que podía hacer para que ella ganara tiempo.

—Eso te convierte en cómplice —dijo Don con sequedad—. ¿Dónde está el dispositivo de memoria?

—No lo sé.

Don le propinó un guantazo.

Las heridas acrecentaron el picor en el rostro del polaco.

—No me provoques.

—De camino a Varsovia, supongo... —confesó agotado—. En manos de los hermanos Borowski. Ellos fueron quienes asesinaron a mi familia.

—¿Agentes también?

—Así es.

—Eres un traidor en toda regla.

—Es una pérdida de tiempo, llegas tarde... —dijo Maranowski sin fuerzas—. ¿Por qué lo haces? No pareces ser de este oficio.

Don sonrió y se puso en pie.

—¿Y quién sí? —Preguntó—. Eso me hace menos vulnerable... Lo hago por principios.

—Te equivocas y lo lamentarás... —contestó el agente—. Te quitarán lo que más quieres antes de que te des cuenta... En esta profesión no existe la empatía... Pero supongo que te han convencido de lo contrario. Será como encontrar una aguja en el pajar, si no te encuentran ellos a ti antes...

—¿Alguna recomendación?

—Mata primero al pequeño.

—Además de una sabandija, veo que también eres un chivato.

—Tu exceso de confianza te convierte en una presa fácil.

—Siempre fui autodidacta. Me gustan los desafíos.

Maranowski, con los párpados hinchados, el tabique nasal hundido y manchado de

sangre reseca, suspiró por última vez.

Estaba demasiado relajado y eso incomodó al arquitecto, pero no iba a tener la mínima compasión con él. Su testimonio, real o no, había sido suficiente para encontrar una razón de peso y llevar su plan a cabo. Era un miserable, como lo había sido su padre y cada uno de los hombres que había mutilado con sus propias manos. Ser cómplice también te convertía en un criminal.

No merecía menos.

Llevaba horas esperando ese momento e iba a descargar toda su ira en él.

—Me vas a matar, ¿verdad?

—Por fin dices algo con sentido —dijo y se puso el guante de piel—. ¿Cómo lo has sabido?

—Siempre supe que este día llegaría... —dijo y echó la cabeza hacia atrás—. Tarde o temprano, te tocará a ti también.

—Pues espero que llegue tarde... —replicó el arquitecto, se puso en pie y se bebió el resto del agua que había en el vaso—. ¿Algo más que añadir?

—No.

—Entonces lo haré yo —dijo, caminó hasta la cocina, empuñó el cuchillo con el que había sido atacado y se acercó a su víctima—. Púdrete en el infierno, cobarde hijo de puta.

CAPÍTULO CATORCE

Casa de Campo (Madrid)

2 de octubre de 2003

La sociedad tiende a convencer de que todos sus integrantes deben ser iguales, tener los mismos deseos y el mismo concepto de bien y de mal. Una herramienta para evitar los descuidos, un mecanismo de defensa para que el resto sea capaz de identificar una incongruencia en el sistema.

Sin embargo, no siempre funciona.

Don era uno de esos errores a los que la sociedad sólo había identificado como peligro, pero existían muchos otros como él, sin conocer, sin clasificar como peligro hasta que fuera demasiado tarde.

Miranda agarró la mano del arquitecto y se adentraron en el camino de asfalto que recorría el lago. La tarde caía con un ocaso hermoso aunque débil propio del otoño, con tonalidades cálidas que se fundían con el frío del cielo, dejando una hermosa amalgama de colores que combinaba con los tonos rojizos y anaranjados de los árboles.

El diámetro del lago era de unos cuantos kilómetros a simple vista. Aunque el arquitecto podía ver cómo la gente comenzaba a abandonar el lugar, muchos otros curiosos se adentraban en la extensión que había al otro lado del agua. Parejas jóvenes y otras más adultas, hombres que merodeaban en busca de una señal...

Poco a poco, se hacía una idea de lo que iba a suceder y era una sensación que no le gustaba en absoluto.

Tal vez fuera aquello lo que Miranda quería compartir con él, puede que sólo deseara ponerlo a prueba, pero Don no era un exhibicionista, ni tampoco un mirón y aquellos ambientes le incomodaban.

—¿Hacia dónde vamos? —Preguntó de nuevo—. Espero que esto no sea una broma de mal gusto...

Ella continuaba sujetando su brazo con seguridad.

Por su expresión, parecía estar disfrutando con ello.

—¿Cuáles son tus sensaciones, Ricardo?

Él no entendió muy bien la pregunta.

De pronto, habían dejado las instalaciones que rodeaban el lago para adentrarse en una hermosa cuesta abajo de caminos, llanuras y árboles secos. La noche les iba comiendo terreno y, tras su caminar, las sombras se hacían más grandes.

El crujir de los pasos desconocidos, las conversaciones ininteligibles que procedían de sus espaldas, la helada brisa de la noche. Miranda pegaba su cuerpo al del arquitecto, haciéndole sentir su pecho contra el brazo. Don respiraba con profundidad, incómodo y desconcertado. Se sentía desnudo, frágil, como si no tuviera el control de la situación y un fuerte ardor crecía lentamente del interior de su estómago.

—Creo que deberíamos dar media vuelta —dijo el arquitecto mirando a su alrededor.

Los gemidos de las adolescentes sonaban como el aleteo de las lechuzas, sin saber muy bien de dónde procedían.

—¿Tienes miedo? —Preguntó ella y colocó su mano por el interior del abrigo. El cuerpo de Don estaba frío, pero la piel de Miranda ardía de deseo. Pronto entendió que ella disfrutaba con aquello, aunque desconocía si era por él o por el morbo de la situación—. Es un lugar seguro. No nos pasará nada.

Las piernas le temblaban y comenzó a escuchar a su interior.

No era miedo lo que corría por sus venas, sino la percepción de que existían otros peligros como él a su alrededor. ¿Era eso lo que ella buscaba?, se preguntó.

—¿Por qué me has traído aquí? —Dijo incómodo mientras caminaban por un oscuro camino de cemento. Miranda suspiraba con más fuerza. Cada muestra de inseguridad le excitaba todavía más. Estaba enferma y él ya conocía la respuesta—. ¿Te gusta asustar a los hombres?

Un ligero gimoteo la delató.

La chica lo agarró de la solapa del abrigo y lo besó con fuerza, pegando su pelvis contra la del arquitecto. Sintió una fuerte erección y se alegró de ello. Lo último que deseaba era desconcertarla. Después agarró su mano y se la puso sobre las nalgas.

—Házmelo, Ricardo... —ordenó con ardiente imposición.

Estaba desquiciada como una hiena hambrienta.

Él había visto esa mirada antes.

No era placer, ni tampoco morbo.

Miranda y él no eran tan diferentes. Aquella necesidad de exposición pública, de provocar a los otros, de dejarse ver en un momento tan íntimo; estaba seguro de que era producto de algo más profundo, más allá de un trauma o de un episodio sin resolver del pasado. Hasta el momento, había conocido hombres y mujeres que disfrutaban del sexo con prácticas sadomasoquistas, de dominación, compartiendo a sus parejas o incluso viéndolas mientras se lo hacían con otros, pero siempre en privado, en habitaciones de hoteles de lujo, en clubes selectos a los que sólo unos pocos tenían acceso.

Todos satisfacían sus necesidades en ámbitos cerrados porque eran conscientes de que, en cierto modo, estaba mal lo que hacían, era prohibido a ojos del código social. Sin embargo, quienes no se escondían, quienes se aprovechaban del descuido ajeno para llevar a cabo sus propias fantasías, eran los que suponían un mal para la sociedad y se habían convencido de que podían cambiarla.

Miranda no deseaba esconderse, ni buscar una sombra en la que ocultarse mientras fornicaban como dos animales.

Clavada como una estaca, insistía en hacerlo allí, en medio del paraje, descubiertos y a la vista de cualquiera. Para Don no existía nada más enfermizo que aquello.

—Miranda... —dijo con voz seria, pero ella estaba tan excitada que no se molestaba en

escucharle—. Oye...

La chica se desabrochó los vaqueros y metió la mano en el pantalón del arquitecto.

De repente, Don percibió un movimiento brusco de hojas a lo lejos.

—Vamos, Ricardo, no seas tan serio...

Ávido como el depredador que era, giró la cabeza, se apartó de la chica y avistó en la distancia a una joven pareja que practicaba sexo bajo un árbol. A escasos metros de ellos, notó otra sombra que se desplazaba a paso lento.

Todo aquello dejó de tener sentido para él. El ardor se convirtió en una fuerza interna que hacía erupción como un volcán de lava.

Don apartó a la chica a un lado con fuerza. El deseo de Miranda se vio interrumpido con violencia. Desconcertada, lo miraba con repulsión.

Ningún varón la había rechazado.

Pero Don no era el tipo de hombre al que estaba acostumbrada.

Y ahora iba a descubrirlo.

CAPÍTULO QUINCE

Barrio de Grønland (Oslo, Noruega)

4 de noviembre de 2016

Sus ojos se apagaron como el último aliento de una vela derretida. Estaba fuera de sí, tenía las manos hinchadas y sentía una fuerte presión en el pecho. Cuando el pulso de Maranowski se perdió por las yemas de los dedos del español, sintió una paz interior que le inundó todo el cuerpo. Era como si hubiera absorbido su alma. Se sentó frente a él, preparó un trago de vodka y lo ingirió de un golpe.

No estaba arrepentido por lo que había hecho, aunque era consciente de que, a partir de ese momento, cambiarían las reglas del juego. Había infringido las normas, había roto con su promesa. Pero no le importaba. En cierto modo, aquello le hacía sentir más libre, aunque fuese una mera ilusión.

Ahora debía encontrar a esos dos hermanos y recuperar el lápiz de memoria. Se preguntó por qué Maranowski le había sugerido que acabara antes con el pequeño de los dos, aunque tenía sentido para él.

A pesar de que Don no poseyera hermanos y desconociera lo que era proteger a alguien de su propia sangre, entendía las dinámicas sociales que existían en las familias: los hermanos mayores siempre cargaban con una responsabilidad superior, como si fueran mentores, tomando la posición de macho alfa cuando la figura del padre se volvía débil e insostenible. En muchas ocasiones, el exceso de dolor nublaban el juicio de las personas y esto las volvía predecibles.

Poco sabía sobre ellos, pero pensó que más tarde encontraría el momento para investigar. Era la hora de marcharse de allí antes de llamar la atención de los vecinos.

Con el cadáver del polaco atado a la silla, pegó un último vistazo por el apartamento en busca de pistas que le ayudaran a saber más sobre esos dos individuos.

En el dormitorio, dio con una fotografía enmarcada de Patricia Yulene Andersen. Tenía la mirada dulce y parecía feliz, a pesar de que su vida hubiese sido siempre una mentira. Don sintió cierta compasión con ella, pues la suya no era muy diferente.

Por un instante, la empatía le acercó a esa mujer.

Nadie merecía morir de ese modo y menos su hijo.

Un extraño sentimiento le desvió la vista a una baldosa de la habitación. Parecía falsa, como si alguien la hubiese tapado recientemente. Dio un pisotón pero no se movió nada.

Apresurado, se dirigió a la cocina y buscó algo con lo que golpear el suelo hasta que dio con un martillo. Eso le serviría.

Después regresó a la habitación y descargó todas sus fuerzas en el suelo con el brazo que mantenía a salvo. Dio por sentado que los vecinos escucharían el ruido, pero no había vuelta atrás.

Ante sus ojos tenía algo que cambiaba el rumbo de los acontecimientos. Un dispositivo de plástico se dejaba ver entre los escombros.

Aunque Andersen se había convertido en su propia cruzada, había obtenido algo más valioso que la satisfacción de vengar la muerte de esa mujer y su pequeño.

El lápiz de memoria le ayudaría a negociar con los hombres de Vélez.

En sus manos guardaba el pasaporte a su propia libertad.

La madrugada reinaba en el barrio musulmán de la capital noruega cuando abandonó el apartamento de su víctima.

El olor a almizcle, tan familiar después de cada función, sutilmente diferente dependiendo del cadáver, seguía impregnado a sus fosas nasales como recuerdo antes de desaparecer por completo. Era la señal de que el espectáculo había terminado y debía marcharse, antes de que el cuerpo entrara en fase de descomposición.

Al llegar a la calle, la noche helada le despejó el rostro. El parque comunitario estaba vacío y los chicos que fumaban en el banco habían desaparecido dejando unas latas de cerveza de recuerdo.

Estaba satisfecho, aunque inquieto. Había desatado un caos innecesario.

Abandonó la parcela por una de las puertas metálicas y se orientó para caminar hacia una de las vías menos transitadas.

Lo único que le interesaba era alcanzar la estación de trenes sin ser visto. Una vez allí, llegar al hotel no sería complicado.

A medida que se acercaba a la Schweigaards gate, sintió el ruido de unos pasos que se aproximaban por su espalda. El instinto le obligó a voltear la cabeza, atento a lo que pudiera ocurrir, pero no vio más que los coches aparcados de los habitantes del barrio.

Levantó la vista hacia las fachadas, en busca de una luz en algún ventanal, pero todos dormían o se encontraban demasiado lejos como para sonar tan próximos.

—Mierda... —murmuró frotándose la frente. La cabeza le estaba jugando otra mala pasada.

Se detuvo e intentó concentrarse en el silencio.

Siendo capaz de hacer esto, lograba oír la respiración de quienes caminaban entre las sombras. Pero esta vez no percibió nada.

Cuando retomó el rumbo en dirección al resplandor de los coches que pasaban por la avenida perpendicular, recibió un fuerte golpe en la rodilla que lo echó al suelo.

Fue demasiado rápido como para verlo venir.

Creyó haberse roto algo y se protegió el brazo malherido cuando las botas de unos desconocidos patearon su estómago.

Eran dos, eran ellos, lo supo sin levantar la vista. Rodó por el suelo, pero no tenía escapatoria. La sacudida se repetía con violencia y las fuerzas del arquitecto se desvanecían.

Se revolcó por un charco helado y la humedad empapó su camisa. Los hombres balbuceaban palabras en polaco parecidas a las que había dicho Maranowski. Se sentía impotente, incapaz de levantarse. Jamás pensó que ocurriera así, que su final terminara de esa forma tan ridícula, como si fuera un espectador de su propio juicio.

Los impactos sonaban huecos, metálicos. Uno de los golpes lo arrastró varios centímetros por el suelo. La parte trasera de su cabeza chocó contra la baldosa y todo empezó a darle vueltas. Un fuerte pitido se apoderó de sus oídos. Le dolía el cráneo y no

podía pensar. Una fuerza procedente del suelo lo agarró llevándose con ella. Don se resistía a marcharse, pero los párpados se volvían más y más pesados y sus propios pensamientos se convertían en una nebulosa de palabras inconexas. Se estaba dando por vencido y decidió dejarse llevar por ese campo magnético en el que ya no sentía dolor ni miedo.

La luz de unos faros fue lo último que sintió bajo la mirada cerrada y nublada. Un coche se dirigió hacia a él a toda velocidad y entendió que había llegado su hora.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Barrio de Frogner (Oslo, Noruega)

5 de noviembre de 2016

Intentó desplazar las piernas, pero un fuerte calambre le recorrió el fémur y cesó en su intento. Los párpados todavía le pesaban, aunque podía mover los ojos. Se preguntó dónde estaría.

Respiró con profundidad, dolorido y atrapado en su propio cuerpo.

Un fresco y agradable olor a etanol llegó a su rostro. Dio por sentado de que aquel no era el cielo y menos el averno. En todo caso, se encontraría en un purgatorio improvisado.

—Mmm... —murmuró mareado. Tenía la boca seca. El brazo izquierdo le ardía como un infierno, pero no había perdido su movilidad. Eso le reconfortó.

—Será mejor que no se mueva todavía —dijo una voz masculina a lo lejos. Le resultaba familiar, aunque no lograba identificarla—. He tenido que inyectarle morfina para coserle la herida... ¿Puede abrir los ojos?

—Puedo intentarlo... —respondió e hizo un esfuerzo por levantar los párpados.

Nunca antes dos trozos de tejido se habían vuelto tan gruesos.

A medida que luchaba, el resplandor de una luz cenital se apoderaba de su vista. Después encontró la figura de ese hombre en la distancia, borrosa, expectante a su reacción. Movié las pupilas hacia su cuerpo y vio un montón de vendaje que le apretaba y rodeaba el bíceps.

Don estaba tumbado en la cama de una habitación austera, casi sin muebles. Un lugar desconocido, pero en el que su vida no corría aparente riesgo—. ¿Mariano, eres tú?

—Así es, señor —respondió el chófer acercándose a su lecho—. Me alegra saber que empieza a recuperarse... Pronto se sentirá mejor, no tiene por qué temer. Ha recibido una buena sacudida.

—No hace falta que lo jures... Pensé que no lo contaría —respondió. Entonces recordó los faros brillantes de aquel vehículo, momentos antes de perder el conocimiento—. Eras tú, ¿verdad? El del coche.

—Siento haberle sorprendido así.

—¿Bromeas? —Preguntó con una sonrisa y tosió dos veces—. Me has salvado la vida, Mariano.

Poco a poco, Don recuperaba la movilidad de su cuerpo.

El chófer se dirigió al único mueble bar de la casa, puso hielo en dos vasos de cristal y después los rellenó de whisky.

—Le vendrá bien —dijo—. Ayudará a eliminar todo lo innecesario.

Sin rechistar, el arquitecto tomó el vaso y le dio un sorbo. El alcohol atravesó su garganta como un chorro de gasolina.

—¿Qué haces aquí, Mariano? —Cuestionó incorporándose en la cama hasta quedarse sentado. Las extremidades le dolían cada vez que se arrastraba un centímetro, pero resultaba más soportable que la muerte. De algún modo, era un buen síntoma—. Entiendo que no es una casualidad.

—En absoluto, señor.

—¿Qué sucede con tu promesa? —Apeló curioso, sin reproches. Esta vez no iba a juzgarlo por haber dejado a Marlena sin protección. No estaba en posición de hacerlo. Aquel hombre no sólo le había salvado la vida, sino que estaba allí para descubrirle la verdad. Lo más inteligente era escuchar—. ¿Qué hay de Marlena?

—La señorita Lafuente está a salvo, señor —dijo con el vaso en la mano, a escasos metros de él y apoyado en la cómoda de la habitación. Don percibió que seguían en la capital noruega, pero no en un hotel. Ese lugar era lo más parecido a un apartamento. Mariano era una caja de sorpresas—, ni siquiera han pasado veinticuatro horas desde su marcha... pero me temo que pronto se convertirá en un problema para usted.

—¿Qué quieres decir?

—Ya sabe a lo que me refiero —dijo el conductor. El arquitecto sintió una ligera presión en el pecho—. Sus sentimientos hacia ella le están volviendo algo... descuidado.

—¿Desde cuándo me observas con tanto detalle?

Las palabras no ofendieron a su acompañante, que decidió dejar la chaqueta a un lado y prepararse para la charla que tenían pendiente desde hacía tiempo.

Por las ventanas se podía ver la oscuridad de la noche, detalle que hizo entender al arquitecto que no llevaban muchas horas allí dentro.

—A partir de ahora, si vamos a hablar de ello, necesito que confíe en mí —dijo Mariano en un tono serio y calmado, como el cirujano que se dirige a la familia de un enfermo terminal—. Así como yo he hecho siempre con usted. Sin secretos, con transparencia.

—¿De qué se supone que vamos a conversar? —Preguntó inseguro el empresario. Temía perder el control de la conversación. Por primera vez, no estaba seguro si quería enfrentarse a la verdad—. Ya hemos hablado de esto hace unas horas... Vélez y sus hombres me tienen por las pelotas.

—¿Es consciente de dónde se ha metido?

Las palabras rebotaron como pelotas de goma.

—¿Y tú, Mariano? —Replicó desafiante—. ¿Sabes dónde me he metido?

Con la mirada seria y distante, como si fuera partícipe de un interrogatorio fallido, sacó un paquete de tabaco del bolsillo de la americana y se puso un cigarrillo en los labios.

—No sabía que fumaras.

—Hay tantas cosas que no sabe, señor... —dijo y sacó un mechero Zippo con la bandera de España en el lateral.

Don había visto aquel objeto antes, esa mañana junto a Montoya.

Las palmas de las manos se le enfriaron.

Atento a su reacción, fruto de un gesto ensayado, el chófer sonrió y movió el bigote hacia un lado. Después caminó hasta una silla de madera, se sentó en ella y cruzó una pierna por encima de la rodilla—. Veo que empieza a atar cabos... Pero déjeme que le ahorre el mal trago... No tiene idea de cuánto tiempo he imaginado este momento.

Mariano fumaba su cigarrillo con los ojos entornados. Don permanecía sentado, sin moverse, con el vaso de whisky entre las manos y la atención puesta en su chófer.

Tras varias caladas, el conductor no tardó en confesar la razón por la que estaba allí, junto a él: además de protegerlo en las situaciones peligrosas, era consciente de que Vélez lo estaba utilizando para su propio beneficio. Conocía a esos hombres, tanto, que había compartido escritorio con ellos en la oficina.

Don había entrado en un laberinto del que difícilmente se podía salir. Era la tercera misión en menos de seis meses que el arquitecto ejecutaba a órdenes de los agentes y, tarde o temprano, terminaría por cometer un error.

—Todos nos largamos del CESID tan pronto como nos obligaron a hacerlo —confesó Mariano moviendo el pitillo entre sus dedos a la vez que hablaba—. Pero sólo fue eso... una suspensión temporal. Era cuestión de tiempo que volvieran a llamarnos.

—Pero te negaste.

—Así es —contestó apenado y miró a la colilla encendida—. Lo hice por principios, pero mi decisión no fue tan acertada como la del resto.

—Perdiste a tu familia.

—Lo perdí todo —aclaró e hizo una pequeña pausa—. No sólo a los míos, sino que también vi cómo caían mis mejores compañeros del servicio de inteligencia estatal. Cambiaron los mandos y nos convertimos en las cobayas de nuestro propio programa... Enviaron a los más reactivos a Bosnia y nunca regresaron. Montoya y Vélez fueron más inteligentes y supieron ver el desastre. Montoya pidió el traslado a Italia, con la excusa de colaborar en la frontera con Yugoslavia. Vélez no tuvo tanta suerte y fue enviado a Móstar... Sin embargo, supo resistir y regresó como un héroe... De todos modos, a ellos siempre les costó menos seguir haciendo su trabajo.

—Estamos hablando del mismo programa de agentes...

—Sí, del PRET —intervino interrumpiendo al arquitecto—. Nosotros fuimos quienes ideamos el PRET, el primer programa experimental de agentes secretos del Estado español como respuesta a la consecuencia de la Guerra Fría, las amenazas terroristas y el despertar de las nuevas ideologías fascistas y comunistas que pudieran llegar a Europa desde el exterior... Cada país había puesto en marcha su programa y nosotros no íbamos a ser menos pero, tarde o temprano, llegaría la purga...

A pesar del exceso de información que el empresario debía asimilar en esos momentos, los últimos efectos de la morfina le ayudaron a sobrellevar las emociones que no terminaban de nacer en su interior.

Con cada aclaración, ataba cabos que, hasta el momento, habían carecido de sentido, dándoles una razón divina, agraciada por el libre albedrío.

Pero estaba equivocado, más equivocado que nunca. Nada sucedía por casualidad.

—¿Desde cuándo sabes de mí, Mariano? —Preguntó con interés. El chófer levantó la mirada y reflexionó antes de responder al hombre que tenía delante. A partir de ahora, las palabras podían doler más de lo habitual—. Sin secretos, con transparencia...

Mariano apagó la colilla en un cenicero y dio un trago a los restos de alcohol que quedaban en el vaso.

Después volvió a mirarlo a los ojos.

—Desde el noventa y nueve —sentenció—. Yo me responsabilicé personalmente del caso... Su padre era uno de los sujetos en observación. Intentamos convencerlo para que formara parte del programa de medicación experimental, pero se negó varias veces. A pesar de que tenía aptitudes para convertirse en un buen ejecutor, era un completo alcohólico y eso lo volvía torpe e imprevisible... Después nos enteramos del suceso.

—No fue un accidente.

—Nosotros nos encargamos de que sí lo fuera —rectificó—. Apuntaba maneras y se convirtió en uno de los mejores sujetos pero, ese mismo mes, todo se fue al carajo cuando las tropas serbobosnias tomaron Srebrenica y fusilaron a ocho mil personas... Vélez se encargó de retomar el caso en su regreso.

Ambos hombres se miraron.

Ni Don era capaz de comprender todo lo que Mariano le estaba contando, ni tampoco el chófer esperaba que lo hiciera mientras siguiera acostado en esa cama.

—¿Cuánto más hay sobre mí en esos documentos?

—Me temo que todo.

—¿Por qué lo haces? —Preguntó—. Si soy una amenaza, ¿por qué te has humillado de esta manera? ¿Por qué molestarte en ayudarme?

El conductor se quedó sorprendido ante la pregunta.

Todo ese tiempo, lo único que hubiese esperado habría sido una reacción ilógica y pasional, pero el arquitecto se mantenía calmado.

—Usted me ha devuelto una vida que creía perdida, señor... Creo que es justo que yo le ayude a recuperar la suya.

—Yo jamás tuve una vida.

—Simplemente nació en el lugar equivocado... —dijo a regañadientes—. Siempre existe un antes y un después para todo.

De repente, Don apretó el puño derecho y golpeó el colchón con fuerza. Su expresión cambió en cuestión de segundos. Estaba furioso.

—¡No me mientas! —Bramó con las venas del cuello marcadas—. ¿Por qué demonios me proteges, Mariano? ¡Contesta!

El exagente respiró con profundidad y estudió el escenario.

Debía mantener la calma o, al menos, la apariencia. En caso de que tuviera que enfrentarse al arquitecto, éste no le duraría ni medio combate. Don estaba débil y afectado por la emoción, y desconocía las habilidades de su empleado.

—Usted no es quien cree ser, todo tiene una solución y yo se lo demostraré cuando llegue el momento. Ahora, debe confiar en mí, señor.

—¡Mentira! —Gritó y lanzó el vaso contra la pared. El impacto hizo añicos el cristal y manchó el mueble de líquido. Mariano no se sorprendió por lo ocurrido. Don se puso en pie y arrastró los pies lentamente hacia el chófer—. Soy un monstruo, Mariano...

—Estoy en desacuerdo, señor —dijo todavía sentado en la silla—. No lo es. Simplemente se encuentra perdido. ¿Acaso no le ha ocurrido antes? Sólo necesita la ayuda adecuada, pero nunca ha sabido dónde encontrarla.

A escasos centímetros de él, el arquitecto se abalanzó sobre su acompañante y le puso las manos en el cuello.

Por un instante, la mirada de Don sólo era fuego vacío y abrasador.

—Crees saberlo todo sobre mí.

—Todos merecemos segundas oportunidades —dijo el chófer—, aunque con diferentes personas.

—Eso es lo que nos hace diferentes.

Mariano sintió una fuerza pesada sobre sus hombros que le impedía respirar. Rápido, agarró de las muñecas al arquitecto y lo empujó hacia atrás con fuerza. Con un movimiento fugaz, le dobló el brazo que no había sido herido anteriormente y bloqueó sus movimientos.

—No me obligue a hacerle daño, señor. Es lo último que deseo.

—Te equivocas conmigo, Mariano... —dijo mientras éste lo sujetaba—. Los monstruos como yo no tenemos remedio...

—Recupere la compostura de una maldita vez.

—Si me sueltas, no tendré otra opción que matarte.

Mariano apretó el brazo del arquitecto. Éste sintió la presión sobre su cuerpo. Dolía bastante, pero no iba a darse por vencido tan pronto.

—¿Ama a esa mujer? —Preguntó sin esfuerzo—. Conteste.

Don hacía estragos por deshacerse de él, pero el chófer había neutralizado su margen de maniobra. De nuevo, volvió a intentarlo sin éxito.

—Lo vas a lamentar...

Sin reparo alguno, Mariano le asestó un puntapié en la espinilla.

Don perdió el equilibrio y la tensión del brazo aumentó. Estaba a punto de romperse. El arquitecto bramó dolorido.

—¡Conteste a la puta pregunta! —Exigió enfadado. Era la primera vez que Don veía a Mariano en esa tesitura—. ¿La ama o no?

—¿Te refieres a Marlena?

—Así es.

De repente, el conductor notó cómo la fisiología del sujeto cambiaba.

Los músculos se relajaban y su cuerpo bajaba la guardia. Pensar en esa mujer lo estaba

devolviendo a su estado normal.

—Más que nada en esta vida... —dijo rendido al bloqueo del chófer. Su mirada tenía un tono triste, nostálgico.

La echaba demasiado de menos y temía perderla.

—Entonces siempre existe una alternativa —respondió manteniendo la presión sobre el cuerpo de su contrincante y después lo dejó libre. La corpulencia de su jefe se reducía a un montón de huesos que se movían con lentitud. Don, agotado, se postró con las manos en el suelo—, pero debe confiar en mí... Ahora, le pido que me haga caso de una vez y coopere. No tenemos demasiado tiempo. Es hora de que empiece a comportarse como un hombre de verdad.

CAPÍTULO DIECISIETE

Casa de Campo (Madrid)

2 de octubre de 2003

La efervescencia del momento se perdió tan pronto como el joven arquitecto se apartó de ella. Sin darse cuenta, las piezas del tablero habían cambiado de posición.

Toda su atención se concentraba ahora en esos tres individuos del otro lado. Don, como observador, salivaba ansioso por evitar un trágico suceso.

Miranda se quedó expectante a lo que estaba a punto de suceder, antes de reprenderle por lo que había hecho.

Ausente, él apretó los puños y caminó en la oscuridad hacia los desconocidos.

—Ricardo... —susurró Miranda para advertirle del peligro, pero no sirvió de nada.

Los pasos sobre la grava sonaban por encima de los placenteros gemidos de los adolescentes. Gritos de pasión que pronto se convertirían en aullidos de pudor. El arquitecto se aproximaba hacia la sombra que se movía con sigilo.

—¡No, Ricardo!

La figura de Don se perdió entre las sombras.

La pareja de jóvenes detuvo lo que hacía y sus rostros se convirtieron en auténtico estupor. Ella gritó con todas sus fuerzas presa del pánico. A metros de ellos, entre los arbustos, se escuchó un fuerte forcejeo.

Los adolescentes se vistieron y corrieron colina arriba hasta desaparecer. Miranda, horrorizada, se acercó lentamente para encontrar a su cita. Por su cuerpo corría un sentimiento extraño, aliñado de morbo, miedo y curiosidad. A medida que se introducía en la profundidad, un ligero olor metálico llegó a ella.

Temió el peor de los finales.

No había nadie a su alrededor, ni siquiera lograba oír el ruido de los animales salvajes que habitaban por los campos de madrugada. De pronto, sintió un frío helado que se apoderó de su cuerpo envolviéndola por los hombros, como si un espíritu abrazara su espalda.

Allí, entre los matorrales, estaba él con su abrigo negro y las manos manchadas de sangre, la mirada perdida y el cadáver de aquel desconocido entre sus manos.

Su postura encorvada, con las rodillas flexionadas y la columna encogida, le hacía parecerse a una de esas bestias carroñeras.

Lo había matado, sin duda alguna, y lo peor de todo era que se había dejado ver.

Miranda, estupefacta, temblaba al mirarlo a escasos metros. El rostro de aquel hombre, un varón de unos cincuenta años con claros signos de desgaste y mala vida, con los párpados cerrados, el rostro manchado de sangre y el cuello marcado por la fuerza.

—¿Qué ha pasado, Ricardo? —Preguntó ella sin mover los pies. Tenía miedo, pero sabía que el arquitecto no le haría daño.

Los ojos de Don estaban vacíos de vida y cargados de odio, como si no hubiese nada más allá de sus pupilas.

Una mirada tétrica más propia de un animal mitológico que de un ser humano.

—Lárgate, Miranda —ordenó soltando el cuerpo de aquel tipo y poniéndose en pie—. Será mejor que te vayas.

—Ricardo, puedes contarme qué ha pasado.

—¡Lárgate! —Gritó y su voz se perdió por la extensión de terreno—. No me lo pongas más difícil. No deberías haber visto esto...

Pero, a diferencia de lo que habría imaginado, Miranda dio un paso al frente y lo agarró de la mano. Tenía la piel tan fría que parecía no tener sangre fluyendo bajo ella.

—Escúchame, Ricardo... —dijo ella con la voz temblorosa—. Te juro que no diré nada. Puedo ayudarte, de verdad...

—¡Déjame en paz! —Bramó de nuevo y corrió campo a través abandonando el cadáver y perdiéndose en la oscuridad.

Barrio de Vallecas (Madrid)

2 de octubre de 2003

Corrió y corrió con todas sus ansias hasta derrochar el último aliento que le quedaba. No sabía a dónde ir, guiado por el descontrol y el malestar de una situación que creía bajo control.

Por primera vez experimentaba la pérdida de dominio, la falta de supervisión. Sabía que las emociones eran peligrosas de manejar, pero el exceso de confianza le había traicionado exponiéndole al peligro.

Caminó hasta los baños de la estación de trenes y se lavó las manos y el rostro para no dejar ninguna evidencia de sangre.

Frente al espejo, con la cara pálida y la expresión descompuesta, sintió un fuerte sentimiento de asco y desprecio hacia sí mismo. Era un monstruo, siempre lo había sido y postergar la verdad sólo ponía en peligro a más gente. Estaba rabioso, violento y deseó con todas sus fuerzas romper el cristal en el que se reflejaba.

Sin duda, su padre era culpable de aquello.

Tanta saña, tanta repulsa sobre su familia había dejado huella. Él era otro desequilibrado como él, enfermo y perdido en busca de explicaciones.

Cruzó la capital a pie viendo cómo el sol salía por encima de los edificios de oficinas. La ciudad volvía a despertar mientras su última víctima se cuajaba abandonada sobre el musgo y los insectos que despertaban con los primeros rayos de sol.

Cuando llegó a su casa, cerró y cruzó el cerrojo.

En la sala de estar vio la silueta de su madre Amparo, sentada en una mecedora con los ojos adormecidos y el resplandor de la televisión de tubo en el rostro. Amparo hacía años que no lograba dormir por las noches. Los mismos que su marido llevaba enterrado en el cementerio.

Tranquila, levantó los párpados y meneó la vista hacia un lado para recibir a su hijo. El arquitecto tenía un aspecto horrible, desaliñado y con la expresión desorientada.

Lo más sorprendente para él fue que su madre no reaccionara con su presencia.

—Sabía que este día llegaría, tarde o temprano, Ricardito...

Don respiraba con esfuerzo, dando profundas inspiraciones para recuperar el habla.

Estaba inquieto, un fuerte cosquilleo le recorría los brazos y las piernas. El corazón le latía a mil por hora.

Su cabeza no lograba mantenerse callada y eso era lo que más le irritaba. Quería detenerla y no lo lograba.

—¿De qué estás hablando? —Preguntó y apretó los puños.

A pesar de sus sentimientos, el espíritu le dictaba otra cosa. Deseaba hacerla callar para siempre, estaba harto de ella, de su insolencia, de su falta de compromiso por seguir

adelante y lo último que estaba dispuesto era tolerar una lección a deshoras.

Sin apenas desplazarse del sitio, una lágrima se escapó del ojo derecho de la mujer. Se mostraba aterrorizada, pero también hundida y triste por lo que estaba sucediendo, por ser espectadora de su propio maleficio.

Como madre que era, jamás había aceptado la verdad sobre su hijo.

Don dio dos pasos hacia ella, sin acercarse demasiado, para comprobar que era cierto.

—Han preguntado por ti...

—¿Quiénes?

La mujer se derrumbó en un mar de lágrimas.

—Lo siento... —dijo haciendo estragos por articular palabra—. No quiero que te conviertas... en tu padre...

—¿En mi padre? —Preguntó en voz alta—. ¡En mi padre!

Los gritos provocaron que la mujer llorara con más fuerza, presa de la ansiedad del miedo y el estrés de la impotencia. La pena y la intranquilidad llenaban la sala de estar de la vieja casa.

—¡No lo entiendes! —Exclamó Amparo derrumbada—. ¡Es por tu bien!

—¡Me has vendido! —Gritó con saña—. ¡Me has entregado, maldita hija de puta!

—¡Ricardo!

—¡Soy un monstruo, mamá! —Respondió gritando con todas sus fuerzas. El cuello enrojecido, las facciones tensas y los ojos encendidos como los faros de un vehículo. La voz del arquitecto chirriaba por los rincones de la habitación asustando más y más a la mujer que había en ella, pero no le importaba, nada tenía ya sentido—. ¡Soy un jodido monstruo! ¡Como mi padre! ¡Un demente! ¡Vosotros me habéis convertido en ello! ¡Y tú no has hecho nada por ayudarme! ¡Me vas a arruinar la vida!

—Silencio, hijo... —murmuró por lo bajo—. Siento haberte fallado...

Pero las palabras no fueron suficientes para frenar la cólera del arquitecto. Primero, agarró la mesa que usaban para comer y la lanzó contra la televisión. Los chispazos de la pantalla provocaron un pequeño cortocircuito que no llegó a más.

Después, destrozó los jarrones y la vajilla de cristal, tirándolos contra la pared. Estaba fuera de sí y no podía controlarse. Amparo permanecía sentada con un rosario entre los dedos, ajena a los destrozos, sumida en un mar de lágrimas y pidiéndole clemencia al Todopoderoso.

—¡Ricardo, por favor! ¡Detente!

—No me mandes callar... —Dijo él y se detuvo. Una calma sepulcral se apoderó de la vivienda. Una palabra más y terminaría con ella allí mismo.

Madre e hijo se miraron a los ojos. Una descarga eléctrica los atravesó fundiéndolos en un mismo sentimiento.

Su mayor miedo, se había disipado en un instante.

Su secreto permanecería guardado para siempre.

—El silencio nunca te traicionará, Ricardo.

Esas fueron las últimas palabras de Amparo.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Barrio de Frogner (Oslo, Noruega)

6 de noviembre de 2016

El teléfono móvil del arquitecto vibraba sobre la mesa.

En la pantalla, un número desconocido.

Don presentaba otro aspecto, vestía un traje limpio y entallado y había tenido tiempo para limpiar sus heridas y darse una ducha. Volvía a ser él, al menos, en apariencia.

El chófer había encontrado el único portal de luz que era capaz de detener la furia contenida del arquitecto: Marlina Lafuente. Aunque no siempre sucedía con todos los sujetos que seleccionaban para formar parte del PRET, aquellos que demostraban cierta debilidad por los sentimientos humanos más puros, tarde o temprano, eran eliminados.

Esa era la carencia de Don, su mayor defecto y, por ende, lo que podía desestabilizar su integridad. Tan pronto como Vélez descubriera, si no lo había hecho ya, lo que Donos sentía por esa mujer, no dudaría en forzarlo al precipicio.

Tanto Vélez como Mariano conocían los peligros que suponía un sujeto que no era capaz de controlar sus emociones.

Ellos mismos habían pasado por lo mismo, aunque uno tomara una decisión más apropiada que el otro.

Por esa misma razón, nada ni nadie podía poner en riesgo una misión.

Una vez el arquitecto se hubo recompuesto de su estado de embriaguez y recuperado la calma, Mariano le explicó lo que realmente significaba el asesinato de Patricia Yulene Andersen, su relación Maranowski y la existencia los hermanos Borowski.

—La señorita Andersen había jugado con fuego y terminó quemándose... —explicaba el chófer mientras Don se vestía—. Como a usted, le habían convencido de que sería intocable, por lo que no debía temer al polaco ni a ninguno de los otros hombres. Lo que ese tipo no le contó era que los tres trabajaban para la antigua inteligencia polaca.

—No lo entiendo... —respondió el arquitecto abotonándose la camisa blanca—. Ella no era parte del programa.

—Programa, no programa... La calle se convierte en un escenario anónimo de caras sin rostro y personas que pretenden ser aquello que jamás fueron... Ella era una agente y había sido amenazada con perder a su hijo si no hacía lo que se le ordenaba —respondió. Don se giró para mirar al conductor—. El exceso de ambición la llevó a ese cruce de decisiones. A todos nos llega el momento. Ese pequeño no era fruto de su relación con Maranowski.

Todo empezaba a esclarecerse. Andersen había pagado sus propios errores.

—Supongo que Maranowski me mintió en todo lo que dijo... —contestó el arquitecto—. Por alguna razón, me ocultó que escondía el lápiz de memoria, contándome que ellos se lo habían llevado. ¿Por qué haría eso?

—¿Lo tiene? —Preguntó el chófer intrigado.

—No. Se lo llevaron.

—No importa, no afectará a sus planes.

—Sí, sí que lo hará. Tengo que recuperar esa memoria portátil. Es la única forma de negociar con Vélez —afirmó el arquitecto—. Me siento como una maldita marioneta en todo este asunto...

—Se lo aclararé más tarde —sentenció Mariano—. Ahora, haga el favor y conteste a esa llamada.

Las directrices habían sido claras: debía terminar lo que había empezado. Era la única forma de salir de aquel laberinto.

Mariano se apoyaba sobre el respaldo de una silla. Ambos se miraron y Don recibió la aprobación del conductor.

—¿Sí? —Respondió el arquitecto al descolgar.

Al otro lado escuchó la respiración tensa del interlocutor.

—Has hecho lo que te ha dado la gana... —dijo la voz de Vélez, seria y malhumorada—, no lo que te ordenó Montoya... Te dijo que no lo mataras.

—No me quedó alternativa... —respondió el arquitecto—. Se complicó el plan.

—Los planes no se complican, se ejecutan... —dijo y resopló al otro lado del auricular—. ¿Qué hay de la muerte de Andersen?

—Fue cosa suya, un chivatazo —explicó—. Al parecer, unos hermanos llamados Borowski estaban detrás.

—Interesante... —contestó—. ¿Te dijo algo más?

—Me contó muchas cosas. Desconfío de todas ellas.

—¿Te habló de por qué la mataron? Dicen que no fue un accidente.

Las preguntas de Vélez presionaban la respiración del arquitecto. Era difícil fingir la verdad tras haberla escuchado.

—Al parecer, descubrió que iba a traicionarlo.

Vélez guardó de nuevo unos segundos de silencio y murmuró con desgana.

—¿Te reveló dónde guardaba el lápiz de memoria?

Don recordó que Montoya no le había mencionado nada acerca de los documentos. Tan sólo le había pedido que interrogara a Maranowski para saber qué había sucedido con Patricia Yulene Andersen y su hijo.

Una mirada de complicidad con Mariano fue suficiente para entender que debía seguir el hilo de la conversación, fingiendo desconocer sobre lo que hablaba.

—No sé de qué me estás hablando.

Una risa de desprecio sonó al otro lado.

—¿Me tomas por imbécil? —Cuestionó. Parecía enfadado, más de lo usual—. Además de las entrañas, doy un brazo a que le has sacado algo más. ¿Dónde diablos está la memoria portátil, Donoso?

Mariano insistió con la mirada para que siguiera el guión.

—Me la robaron... No los vi venir y me sorprendieron en la calle.

—Me cago en tus muertos... —reprendió Vélez incrédulo por el teléfono. La ofensa no sentó nada bien al arquitecto, pero hizo un esfuerzo por tragarse las palabras—. ¿Por qué has osado mentirme, saco de mierda? ¿Ahora qué? Nos acabas de meter a todos en un problema que ni te imaginas...

Se formó un eterno vacío entre los dos.

Ni Vélez se creía que Don se hubiera dejado robar por dos matones, ni el arquitecto confiaba en las instrucciones del hombre para el que trabajaba ahora.

—Daré con ellos. Terminaré con el plan.

—Ese no era el trato, Donoso —dijo el exagente decepcionado—. Ni siquiera sé si puedo confiar en ti. Demonios...

—Recuperaré la memoria y os entregaré los documentos.

—Elimina a esos dos tipos y recupera el jodido lápiz digital —ordenó por última vez—. Eso es lo que vas a hacer. Después tráelo de vuelta y no intentes nada, Donoso. Me has entendido bien, ¿verdad? Ni un maldito truco o te juro que pagarás las consecuencias... Tengo el ojo encima de ti demasiado tiempo... Para mí, eres más que predecible, ¿te enteras?

—Sí.

—Estupendo, no me falles... —añadió y tomó un tono de voz jovial y gracioso—. Toma el primer vuelo que salga a Varsovia mientras me encargo de resolver este lío... Si no, tendré que decirle a Montoya que se encargue de tu amiguita. De momento está a buen recaudo. No la pifies.

—¡Vélez!

—Ni se te ocurra pronunciar mi nombre hasta que esto haya terminado. Ya me has oído.

La llamada se cortó. La mano del arquitecto temblaba de rabia. La idea de que Montoya pusiera las manos encima de Marlena le repugnaba.

—Ya le ha oído —dijo Mariano con la misma tranquilidad de siempre, sentado todavía en la silla—. No hay más tiempo que perder. Es hora de que vayamos al aeropuerto.

—Ni siquiera sé cómo encontraré a esos dos.

—¿En Varsovia? —Preguntó—. Yo le ayudaré con eso.

Don frunció el ceño y miró al conductor.

Detestaba que la situación estuviera fuera de su manejo. Rechazaba la idea de que alguien supiera más que él. Eso le hacía sentir inseguro y desamparado.

Apretó el teléfono con la mano y lo lanzó contra el suelo con extrema violencia. La pantalla de cristal se partió por la mitad, formando en ella un reflejo fragmentado que representaba su impotencia.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Aeropuerto Varsovia-Chopin (Polonia)

6 de noviembre de 2016

Las palabras que tres días antes Montoya le había pronunciado antes de despedirse, ahora se repetían sin cese en busca de un significado.

Puede que estuviera en lo cierto, que el jefe de la manada era el único capaz de comerse a los suyos para restablecer el orden del ecosistema. Empero, había sido el arquitecto quien se había equivocado todo ese tiempo. El único jefe de la manada era Vélez y había optado por sacrificarlo para recuperar el control de la situación.

Dando palos de ciego hasta la fecha, no fue hasta ese momento de cordura, entre los asientos de piel del Boeing comercial que trasladaba al arquitecto y a su chófer a la capital polaca, cuando cayó en la cuenta de que todo había sido una trampa: desde su viaje a Oslo a la nueva misión en Polonia.

Con la cabeza apoyada en el cabezal del asiento, miró de reojo a su acompañante. Mariano tenía los ojos entreabiertos haciendo esfuerzos por no quedarse dormido. Sin él, todo habría llegado a su fin antes de hora. Sin él, de nuevo, su corazón habría dejado de latir hace horas. El arquitecto no era más que una pieza en el rompecabezas de Vélez, una parte del decorado. Conocida su debilidad por las causas injustas y a sabiendas de que sucumbiría a sus exigencias, aliñadas con un toque pasional, una vez Don hubiese torturado a Maranowski, los hermanos Borowski no tendrían problemas en deshacerse de ambos, tanto de Don como del soplón que había traicionado a los suyos y a su pareja.

Una trampa hecha a medida para que ambos cayeran como títeres al terminar una función.

Una sucesión de puñaladas infames en la que el arquitecto se vería envuelto sin desearlo, para formar parte de los obituarios de las gacetas internacionales.

Por mucho que lo temiera, siempre existían ojos que volaban por encima de él, calculando cada paso, cada pensamiento, cada respiración.

Con ello, Vélez y los suyos habrían cumplido la parte del trato con los polacos, los documentos volverían a su lugar de origen, Don habría quedado fuera de combate y, tras el acuerdo firmado con los ingleses, contrato el cuál no había revisado al completo, el estudio de Donoso echaría el cierre.

No obstante, dadas las coyunturas y la inesperada aparición del chófer, intervención con la cual Vélez no contaba, no le quedó más remedio que sacrificar a uno de sus recientes hombres llevándolo a la boca del lobo.

Para desconocimiento del arquitecto, las posibilidades de que regresara con vida a España eran casi inexistentes.

El avión comenzó su descenso.

Miró por la ventana y vio la ciudad funcionalista de Varsovia: edificios altos y bloques de viviendas similares, tal y como los que había visto en su paso por Letonia.

Mariano se incorporaba en su asiento para retomar la lucidez.

—Estamos llegando —dijo el chófer al contemplar la imagen por la ventana lateral—. Espero que haya logrado descansar un poco.

—Ya lo haré cuando regresemos a casa.

—Siento decirle... que tal vez eso no ocurra.

El arquitecto guardó las palabras de su acompañante para más tarde.

Tenía razón, pero la razón no era más que un juicio sobre lo que estaba por acontecer.

Calle Marszałkowska (Varsovia, Polonia)

6 de noviembre de 2016

La boca del metro Centrum era un hervidero de hormigas humanas que se dirigían a sus puestos de trabajo a toda velocidad. Un lienzo pintado por los diferentes rostros que vagaban por allí en busca de algo.

Turistas, vagabundos, empleados de corporaciones y jóvenes estudiantes procedentes de otras ciudades que se adaptaban a un ritmo cosmopolita a marchas forzadas.

El cielo estaba tapado, las nubes bajas amenazaban con una lluvia que no llegaba y los termómetros no superaban los dos grados centígrados.

Un taxi los dejó en la entrada del hotel Novotel, tal y como Mariano había indicado al conductor en el aeropuerto. Al igual que Montoya, el chófer manejaba una dicción más que decente con el idioma eslavo. Un detalle que, a esas alturas, no sorprendió al arquitecto.

Cuando él creía que era quien podía sorprender a los demás, entendió que en la vida existían más jardines que el suyo.

—¿Has estado aquí antes, Mariano? —Preguntó el arquitecto con curiosidad. Sus ojos relajados esperaban una respuesta sincera por parte de su acompañante.

—Así es, señor. Hace veintiséis años —dijo y miró al impotente edificio que tenían frente a ellos, el Palacio de la Cultura y la Ciencia, uno de los más altos de Varsovia, con una altura de 237 metros, 42 plantas, más de tres mil habitaciones y con cierto parecido a las Siete Hermanas de Stalin.

En algún rincón de aquel palacio, ahora transformado en un complejo de oficinas del Estado, salones de conferencias y celebraciones culturales, los hermanos Borowski trabajaban en una oficina alrededor de un teléfono conectado a la red, a la espera de realizar su próximo encargo. El arquitecto debía dar con ellos, recuperar el dispositivo de memoria digital y salir de allí con vida, tentando a la suerte a la vez que sorteaba los cientos de guardias de seguridad que protegían la fortaleza varsoviaña—. Será mejor que entremos en el vestíbulo del hotel. El aire resulta molesto.

Pero Don titubeó por unos segundos.

Sus ojos clavados en una de las ventanas de aquel edificio le hicieron desconectar del lugar en el que se encontraba.

Por primera vez en su existencia, algo en el interior le alertaba de que no sería capaz de lograrlo, de que era demasiado arriesgado como para conseguir su objetivo.

Un sentimiento de pérdida se apoderó de él y la imagen de Marlena se manifestó en su cabeza como un recuerdo vívido y cercano.

Si tan sólo hubiese podido cambiar los acontecimientos, empezar de cero y hacer las cosas de otra manera, pensó. Si sus vidas se hubieran cruzado en otro momento cualquiera, nada de eso tendría por qué haber sucedido.

Pero no existía la marcha atrás en el tiempo y las agujas del reloj continuaban su ritmo sin tener en cuenta los errores del pasado.

Había dejado atrás la oportunidad de marcharse a Ucrania y olvidarse de aquello.

Lo había hecho por ella y, ahora, el escenario era una balsa de arenas movedizas que lo arrastraban hacia una asfixia tremebunda.

Por enésima vez, le preguntó a Dios si aquella sería su prueba final, si después de ello, sería libre de una maldita vez.

CAPÍTULO VEINTE

Hotel Novotel (Varsovia)

6 de noviembre de 2016

Quince minutos más tarde, Don y Mariano observaban la ciudad desde lo alto en el interior de una de las habitaciones que encaraban la calle principal.

Era un hotel sencillo comparado con los que solía frecuentar el arquitecto, pero aquel detalle no era trascendente dada la situación. La idea había sido de Mariano, él estaba al mando de la operación y, de nuevo, el tiempo escaseaba para ambos.

El teléfono de Don no había vuelto a sonar desde la última llamada de Vélez en Oslo, y eso le preocupaba más de la cuenta.

Se preguntó si le habría ocurrido algo a Marlena, o si tal vez hubiese un sido burdo farol. Don no estaba acostumbrado a los trucos psicológicos que utilizaba el exagente con él, pues siempre había sido muy pragmático a la hora de solucionar sus problemas.

Cuando alguien estorbaba en su camino, se limitaba a quitarlo de en medio.

Sin embargo, con Vélez era otro asunto. Se enfrentaba a un peso pesado, a un psicópata profesional, mucho más entrenado que él.

Sus personalidades no eran tan distintas, sólo que Vélez había aceptado con los años la clase de criatura que era.

A escasos metros de él, junto a la ventana, aguardaba Mariano, silencioso, reflexivo, hablando por su teléfono móvil en polaco con alguien que desconocía. Don supuso que tendría sus contactos privados. Un viejo agente nunca los pierde, pero jamás llegó a pensar, ni por asomo, que estaría detrás de todo aquello, que sería capaz de dar su vida por él en una situación tan extrema.

Observó a los pequeños puntos que se movían en la calle, viandantes inocentes e ingenuos que sólo se preocupaban por la subida salarial que no llegaba o esa pareja que les estaba siendo infiel, y fue consciente de las diferentes capas de cebolla que existían en la sociedad. Una mentira tras otra, una sombra que nunca llegaba a desaparecer. El ser humano había aprendido a darle valor a lo insignificante, olvidándose por completo de lo único que realmente tenía importancia: su propia existencia.

La vida podía pasar de ser placentera a ruin en cuestión de segundos, sin poder hacer nada para evitarlo.

Y, mientras tanto, los gobiernos realizaban su guerra en silencio, los programas de televisión entretenían al resto, los accidentes de coche enturbiaban la mañana de quienes no llegaban a sus puestos de trabajo y los índices bursátiles bajaban.

Una guerra invisible en la que no faltaba sangre derramada ni dolor. Un juego de azar en el que grandes ojos se encargaban de divisar las pequeñas fichas y moverlas a su antojo.

El único error de Don había sido existir, nacer en el lugar equivocado y creer ser especial por ello. Y, a pesar de todo, se había convencido de ser libre durante muchos

años. Le habían convencido de que algún día podría serlo, sin que llegara a leer la letra pequeña del contrato, un acuerdo con fecha de caducidad.

El chófer guardó el aparato en el bolsillo interior de la chaqueta y suspiró con incertidumbre.

—Me temo que, a partir de aquí, sólo podré ayudarle en la distancia... —dijo con impotencia y resentimiento—. Conseguiré un coche para cuando termine.

Don escuchó las palabras y lo miró desconcertado.

Si Mariano no estaba a su lado, entrar en aquel laberinto sería un acto suicida. Se dirigió hacia la ventana y apoyó las manos sobre el alféizar.

—¿Qué se supone que debo hacer?

Entonces, alguien tocó a la puerta y éste se puso tenso.

—Servicio de cocina —dijo en inglés la persona que estaba al otro lado.

Era la voz de una mujer. Don interpretó que se habría equivocado.

Antes de que éste la despachara, Mariano hizo un gesto con la mano para detenerlo y caminó hacia la entrada.

Al abrir la puerta, una mujer polaca de mediana edad y vestida de uniforme le entregó una sonrisa y una bolsa de papel de color marrón.

—*Dziękuję bardzo* —respondió el chófer, agarró la cartera y sacó dos billetes de cien złotych que depositó en las manos de la dama, a modo de propina. Después dio vistazo y se aseguró de que nadie más los hubiese visto en el pasillo.

Sorprendido, el empresario quedó a la espera de que su empleado le diera una explicación, pero no la necesitó. Todo lo que debía saber estaba en el interior de esa bolsa.

Mariano se acercó al escritorio de la habitación, abrió la bolsa y sacó un mapa y una pistola envuelta en plástico de burbujas.

—Una Walther PPQ de nueve milímetros, perfección alemana —dijo colocando el arma a un lado. Era pequeña, robusta y con la empuñadura rugosa para que se adaptara a la mano. Después sacó la copia de un viejo plano amontonado en un taco de páginas y en polaco donde se encontraban cada una de las plantas del Palacio de la Cultura y la Ciencia. Una ligera sonrisa salió de la boca del chófer. Había algo en él que transmitía esperanza—. Esto nos ahorrará algo de tiempo, aunque no demasiado... A usted se le dan bien los planos, ¿verdad, señor?

Asombrado por lo que tenía ante sus ojos, dio un paso al frente y observó el viejo libro de cerca.

—Supongo que los años de universidad servirán de algo —respondió y comprobó la fecha de los planos—. Esto data del sesenta y cinco.

Mariano se rio.

—No se preocupe, señor —dijo quitándole importancia—. Dudo que los Borowski hayan cambiado de oficina.

Palacio de la Cultura y la Ciencia (Varsovia)

6 de noviembre de 2016

La cúpula del viejo edificio soviético se alzaba sobre su cabeza hasta acariciar el cielo. Las nubes débiles cruzaban lo alto como pequeñas bolsas de algodón y la brisa helada rascaba su rostro.

Tres grandes puertas ocupaban la parte central del palacio. Un panel de ventanas subía hasta el final. Los largos escalones separaban la entrada de la construcción de una explanada que funcionaba como estación de autobuses improvisada. Al otro lado de la carretera, las marcas más conocidas de ropa ocupaban la avenida.

Las dos caras de la moneda, los restos de la historia enfrentándose a la globalización.

Con la mirada relajada, observó a hombres y mujeres que entraban y salían del edificio. Eran oficinistas, empleados del servicio de limpieza, camareros de las cafeterías que lindaban con el palacio; personas que acudían como cada mañana a sus puestos de trabajo. Se cuestionó cómo sería dormir con la tranquilidad de que cada mañana era igual a la anterior, sin pensar que al día siguiente todos ellos podrían estar muertos.

Respiró y subió el primer peldaño. Un ligero olor a humedad le alcanzó.

Había estado allí antes, frente a esa puerta, frente a esa situación. Tal vez en otro lugar, en un país diferente, en busca de otro rostro, pero allí, después de todo.

Sabía lo que sucedería después.

Lo había visto antes, al igual que también conocía lo que pasaba cuando dormía con una desconocida, cuando entraba y salía de sus sábanas.

Los ciclos se repetían como una metamorfosis perfecta, un videojuego de una sola pantalla.

Era como sobrevivir a una cinta de vídeo que se reanudaba sin cese. Por una vez, comprendió que terminar lo que había iniciado sólo le llevaría a empezar de nuevo. Toda una vida luchando para poner fin a una canción atascada en un bucle.

Se dijo a sí mismo que lo haría rápido. Entraría en el edificio, encontraría esos dos hermanos y pagarían por lo que habían hecho. Palpó el arma bajo su abrigo y subió otro peldaño.

El corazón empezó a bombear con más velocidad a medida que se acercaba a la entrada principal. Una vez dentro, no habría marcha atrás.

A escasos metros del vestíbulo, por el que se veían unas escaleras de piedra que subían a una planta superior, pensó en Marlena y en Mariano y se preguntó si volvería a verlos de nuevo. Un extraño sentimiento de pérdida que no había experimentado jamás. Echar en falta a alguien, antes de haber marchado. Estúpido, pero hiriente, se dijo. No estaba perdiendo la confianza en sí mismo, sino que estaba siendo consciente de lo único que le importaba en la vida.

Entonces se dio cuenta de que no era suya, la mano que envolvía al pajarillo huérfano

incapaz de mover las alas.

Él mismo era el pájaro incapaz de volar.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Palacio de la Cultura y la Ciencia (Varsovia)

6 de noviembre de 2016

Abandonó el ascensor en la planta número veintidós, tal y como Mariano le había indicado en el interior del hotel. Había sido demasiado fácil. La ausencia de guardias más allá del control primario, le ayudó a caminar sin levantar sospecha. Ni siquiera se habían fijado en su falsa tarjeta de identificación. Una vez dentro, se limitó a pasearse como si hubiera estado allí siempre, a pesar de que su apariencia fuera la de un extranjero.

Allí, en un largo y oscuro pasillo, cargado de puertas cerradas y una ausencia de ruido aterradora, daría con el despacho en el que, con suerte, los hermanos Borowski se encontrarían ocupando sus puestos de trabajo, matando las horas mientras esperaban la llamada que los devolviera a la calle.

Una situación inusual para dos matones que, horas antes, le habían propinado una paliza en la penumbra de las calles noruegas.

Pero la vida nunca era lo que aparentaba ser, él tampoco y, por ende, aquellos tipos no tenían ningún razón para ajustarse a lo que el resto de la sociedad etiquetaba como lógico.

Dio un vistazo en ambas direcciones en busca de algún guardia de seguridad pero sólo encontró a una mujer de mediana edad vestida con ropa de oficina. Establecieron contacto visual, pero ella se mostró fría y distante, como si hubiese deseado no verlo. Eso le alivió durante unos segundos. Después respiró profundamente y se dirigió hacia el pasillo.

Dos cristaleras permitían que la luz pasara a ambos lados del pasillo. Los halógenos del techo estaban apagados y Don prefirió no pulsar el interruptor. Bajo sus pies, el suelo de madera y la moqueta hacían que sus pisadas sonaran con menos fuerza. Cada puerta tenía un pequeño letrero en polaco con el nombre de los integrantes del despacho y el departamento al que pertenecían. Aquello era pan comido, pensó.

Sólo debía fijarse bien y girar la manivela oportuna. Lo que sucediera después, sería parte de la improvisación, pero no tenía las estadísticas a su favor y eso le hacía dudar. En caso de alarma, los ascensores no eran lo suficientemente rápidos como para alcanzar la planta baja en segundos, por lo que terminaría siendo abatido. La segunda opción era tomar las escaleras de emergencia, pero estar en la planta veintidós dificultaba la escapada. Demasiados escalones, demasiado tiempo allí dentro. Quien fuera que hubiese metido a esos dos tipos en ese lugar, sabía cómo proteger la información.

Los nervios acrecentaban en su interior a medida que buscaba en silencio con la mirada el letrero dorado que le indicara su destino. Poco a poco, el estrés se convirtió en adrenalina. Siguió su impulso, un instinto que nunca le fallaba y notó ese ardor incontenible en la boca del estómago. Los rostros de todos aquellos que había matado aparecían en su mente. Era parte de un ritual que llevaba practicando desde hacía muchos años. Pensar en todas sus víctimas, le ayudaba a concentrarse. La sequedad en los labios, el escozor en el pecho y los fuertes latidos en el oído. Con cada paso podía olerlos de cerca. Ya quedaba poco para poner fin a tanto sufrimiento. El frío sudor empapó su frente y sintió los dedos hinchados en el interior de los guantes de cuero.

Finalmente, a escasos metros de una de las ventanas, dio con el apellido Borowski. Jan y Adam.

Cerró el puño, sacó el arma del interior de su abrigo y le quitó el seguro.

Después la bajó a la altura de la cintura.

Dos balas, un acierto, pensó.

Debía ser rápido, sin que le temblara la mano. Vacilar lo dejaría fuera de combate.

Puso la atención en el brazo herido. La venda le apretaba el bíceps y los puntos de sutura estaban frescos. Todavía le dolía al moverlo pero, si todo iba bien, no tendría que utilizarlo más de la cuenta.

Acercó los dedos a la empuñadura dorada y llenó los pulmones del aire viciado que corría por el pasillo.

Con un tibio pestañeo, acercó la mano en forma de rosca y acarició el pomo sin tocarlo. Una gota de sudor le recorrió el frontal.

—Todavía estás a tiempo de cambiarlo todo para siempre —le dijo una voz masculina.

Confundido, miró atrás, pero no encontró a nadie en el resto del corredor. Esa voz le resultaba familiar, tanto, que tardó varios segundos en darse cuenta de que era la suya.

Volvió a respirar hondo buscando la forma de deshacerse de su propia mente.

—Existe una salida, Don —insistió la voz. Un agudo dolor de cabeza se apoderó de él. Tenía el brazo tenso y le temblaba la mano—. Si abres esa puerta, nos matarán.

—Déjame en paz... —murmuró hacia sus adentros.

—No, no puedo. Nunca lo he hecho.

—¿Quién diablos eres? —Preguntó en voz alta.

Sus palabras se escucharon más allá de lo que él habría deseado, pero ninguna puerta se abrió.

Esperó una respuesta, pero la voz había desaparecido en la calma del edificio.

De repente, una sensación de calma inundó su cuerpo. El dolor de sienes había desaparecido. La mano enroscada al pomo se echó hacia atrás. Puede que existiera una alternativa, que cambiar el rumbo de los acontecimientos le hiciera romper con su todo.

Quizá, después de tantos años buscando la forma de mantener el control de su vida, la solución residiera en volverse imprevisible.

Siempre existe un peaje a pagar por cada acción que cometemos, pero Don llevaba una vida entera sufriendo los costes de una autopista que nunca llegaba a su destino.

Respiró hondo de nuevo, empuñó la manivela y giró hacia la derecha.

Sonó un ligero chasquido de la cerradura.

La luz atravesó el espacio que dejó entre la puerta y sus pies. Tres hombres con la cabeza rapada por los laterales y vestidos con trajes baratos hablaban en el interior de una oficina. Un cuarto estrecho, con una balda en la que se veía una estatuilla de la sirena con la espada que representaba el escudo de la ciudad y algunos libros. Un escritorio con un ordenador de sobremesa y varias sillas. Aquel no era un despacho de trabajo, sino lo más parecido a una falsa sala de espera. Poco tardó en reconocer a los dos criminales que habían acribillado a Patricia Yulene Andersen y a su hijo. No supo quién era el tercero, pero un mal día lo tenía cualquiera.

Como una cinta de vídeo a cámara lenta, Don se abalanzó sobre uno de los hermanos y el desconocido, que estaban sentados en un lateral del escritorio, los agarró por la nuca y los chocó entre sí con fuerza.

El brutal impacto sonó como un cascarón al romperse en mil pedazos. Los dos individuos no pudieron resistirse y cayeron al suelo. Entre la confusión, el segundo de los Borowski, que estaba al otro lado de la mesa, metió la mano en el interior de la chaqueta para desenfundar su arma. Don, aventajado, se lanzó sobre su brazo y el arma cayó sobre la moqueta. Tras un breve forcejeo, empujó el cuerpo del polaco contra la pared y después le propinó un fuerte puñetazo en la nariz.

El agente se resistió por segundos, pero el arquitecto le tapó la boca antes de agarrarlo por el cuello y asfixiarlo con el brazo.

—Tres minutos... —murmuró hacia sus adentros. Las fuerzas del polaco se iban desvaneciendo. Era demasiado tiempo. Los otros dos que estaban en el suelo empezaban a recomponerse—. Mierda...

Aunque no era su modo de operar, no podía darles esa ventaja, así que se deshizo del hombre rompiéndole el cuello. El crujido sonó seco y breve.

Así era como sonaba la muerte: efímera, como un chasquido de dedos.

Decidido, se acercó a los otros dos y no escatimó en hacerle lo mismo al desconocido mientras seguía en el suelo.

—Lo siento —dijo mientras lo dejaba sin vida.

El último de los hermanos abrió los ojos, se reincorporó confundido y vio el cadáver de su hermano tumbado bocabajo bajo al otro lado del escritorio. Después encontró los zapatos del arquitecto acercándose hacia él. Veloz, puso las manos hacia atrás y se impulsó contra la pared para incorporarse y evitar que el español lo agarrara desprevenido.

La suela de los mocasines del arquitecto impactó en su boca. Un chorro de sangre manchó la moqueta. Le había roto el labio y, probablemente, varios dientes. Don sacó la pistola y se la puso en la cabeza.

—Si te mueves —dijo en inglés—, tu carrera termina aquí.

El último Borowski no parecía intimidado, aunque entendió las reglas del juego. Cuando levantó las palmas de las manos y Don se agachó para retirarle el arma, intentó aprovecharse de la posición del español para tirarlo al suelo. Anticipado, Don giró el arma y le golpeó la cara con la culata de la pistola. Un golpe certero, en el pómulo, eliminó

cualquier intento de rebelión.

El polaco pareció rendirse. Después comenzó a reír.

—Hijo de puta —dijo en inglés y se limpió la sangre de la boca con la manga del traje—. Sabía que volverías...

Las miradas de ambos se encontraron. Era la primera vez que se veían o, al menos, eso recordaba el arquitecto. Desde el suelo todo era siempre confuso.

—Dame el lápiz de memoria y te dejaré con vida —afirmó el arquitecto. La sonrisa incómoda del polaco avivaba sus ganas de rematarlo antes de que contestara—. Quizá tengas más suerte que tu hermano.

—Adam... —dijo y miró el cuerpo tumbado—. Ambos sabíamos que esto podía suceder.

—No me hagas perder más el tiempo. Dame el lápiz.

—Ya no lo tengo, ha sido destruido.

Don le acercó el arma de nuevo y le encañonó el entrecejo.

—¿Tengo cara de imbécil? —Preguntó empujándole la cabeza hacia atrás—. Por supuesto que lo tienes. No harías algo tan estúpido.

—Vamos, dispara... no tengas miedo —susurró. Tenía un tono de voz oscuro, violento y nacido del diafragma—. Estás tan muerto como yo.

—Dime dónde está, eso es lo único que me interesa.

—Estás ciego, no lo puedes ver...

Don comenzaba a hartarse de la situación.

El tiempo se le agotaba y pronto una visita inesperada golpearía a la puerta por el otro lado.

Entonces, todo habría terminado para él.

Empujó un poco más la cabeza del polaco. Era consciente de que le estaba haciendo daño, pero el agente soportaba el dolor con profesionalidad.

—Por última vez, ¿dónde está?

Retiró el cañón unos centímetros de su piel.

Jan Borowski volvió a reír.

—Hagas lo que hagas, te van a coger antes de que llegues al ascensor... —dijo decepcionado—. Pierdes el tiempo conmigo.

—Contaré hasta tres.

—Debí haberme dado cuenta antes, mi hermano tenía razón —prosiguió mirando al suelo—. Tendríamos que haberte matado antes de que te convirtieras en un estorbo mayor... Supongo que me lo merezco.

—Uno...

—Tus jefes, esos para quienes trabajas —continuó el polaco sin prestar atención a las indicaciones del español. El español entendió a qué se refería Maranowski cuando mencionó al pequeño. Trataba de protegerlo. Miró al escritorio y encontró un abrecartas junto a un paquete de correspondencia—, ellos son los que buscan deshacerse de ti...

—Dos...

—Quien se dedica a esto, entra siendo un superviviente... —agregó—, buscando la salida, creyendo estar más cerca de encontrar una cuando, en realidad, alguien ya ha nombrado a tu reemplazo, dictando tu fecha de caducidad... Quien se dedica a esto, nace y muere siendo un superviviente... y tú no eres uno. Te has metido en un laberinto que no tiene solución.

—Tres... —dijo y agachó el arma—. Estoy cansado de escucharte, no sabes nada de mí. Tu tiempo se ha agotado. Ahora dime dónde está la memoria.

Don se fijó por enésima vez en el lenguaje corporal del polaco. El silencio lo guió por la sala. La mirada de Borowski se dirigió inconscientemente a la figura de metal que había sobre la balda. Después regresó con la vista a su verdugo.

—¿Vas a matarme?

—Por supuesto —dijo el español—. Siempre cumplo con mi palabra.

Para sorpresa del polaco, Don no accionó el gatillo como esperaba. Su reacción fue abrumadora. Morir habiendo protegido a su patria, quedaba lejos del final que deseaba en su imaginación. Sus ojos se nublaron abriéndose como la concha de una perla. Iba a fallar en su misión y eso era lo que más le dolía. Nadie le recordaría como un héroe. Ni a él, ni a su hermano.

Don agarró el abrecartas, le tapó la boca con una mano y se lo clavó en el estómago. La camisa blanca de Jan Borowski se humedeció en cuestión de segundos. El líquido rojo salía a borbotones, con la misma fuerza con la que el polaco respiraba y se resistía para no morir allí, agitando todo su cuerpo, regurgitando mientras el español apagaba sus esfuerzos. Don apaciguaba sus ansias comunicándole en silencio que se dejara llevar por la parca porque, cuando ella llegaba, lo mejor era no oponerse.

Una vez más, sintió el frío helado en la mirada de su víctima y vio el rostro de Patricia Yulene Andersen en el reflejo. Pálido y desangrado, la víctima se marchó de su cuerpo para siempre.

El arquitecto se sentía tranquilo, relajado pero, sobre todo, confiado. Una experiencia nueva, distinta, como si hubiera terminado con algo para siempre.

Miró hacia la balda y cogió la estatuilla de hierro. Introdujo los dedos por debajo y encontró el lápiz de memoria digital.

Echó un vistazo por última vez a la escena que tenía delante. La oficina parecía un auténtico desastre, como si un tornado la hubiese arrasado, como si él hubiese estado allí.

Empezaba a desarrollar su propia marca personal.

Se ajustó las mangas del traje para que quedaran rectas y cerró la americana con un botón. Después guardó la memoria en el bolsillo interior de su chaqueta y salió de la

habitación.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Puerta de Viru (Tallin, Estonia)

7 de noviembre de 2016

La primera nevada había manchado de blanco las calles de adoquines del casco antiguo de la ciudad. Las fachadas de colores de dos alturas y las floristerías que abrían todo el año, juntas, daban color a un invierno advenedizo que prometía ser largo. Tallin no era la ciudad más visitada de Europa, pero había sucumbido al turismo de aerolínea barata que arrastraba viajeros curiosos desde cualquier rincón del continente.

La mezcla del idioma local con otras lenguas, en su mayoría la rusa, formaban una cortina auditiva incómoda para el arquitecto.

Sentados en el interior de una pequeña cafetería de corte parisino, Ricardo Donoso miraba a la taza de su café, que aguardaba humeante sobre la mesa. Frente a él, Mariano observaba a los viandantes helados de frío, todavía inconscientes de lo que tendrían que soportar los meses venideros.

Todo había salido tal y como lo habían planeado. Sin sobresaltos, el arquitecto logró abandonar el edificio por la misma puerta que había usado para entrar. Al otro lado de la calle y antes de que saltaran las alarmas, Mariano esperaba en un coche alemán de alquiler bajo la guitarra enorme del Hard Rock Café de Varsovia.

Sin mentar palabra, Don se subió al auto y el chófer condujo sin destino durante horas hasta alcanzar la capital estonia.

No más teléfonos móviles, ni llamadas, ni rastreos constantes.

Se había hartado de ello y estaba decidido a voltear las cartas sobre el tapete.

—¿Lo tiene, señor? —Preguntó Mariano expectante a la respuesta. El cuerpo del arquitecto era una escultura de piedra. Don guardó silencio y miró a su interlocutor—. El lápiz de memoria, quiero decir.

—Sí, claro... —respondió con naturalidad y echó mano al bolsillo de la chaqueta donde lo había guardado. Lo acarició con los dedos para sacarlo a la luz y lo puso sobre la mesa ocultándolo bajo su mano. Después arrastró los dedos hasta la taza de su cómplice y éste hizo lo mismo.

Mariano recogió el dispositivo electrónico y lo hizo desaparecer.

—Entiendo que ha tomado una decisión —dijo con una sonrisa cómplice y aliviada—. Sabía que era capaz de hacerlo.

—Deserto, Mariano.

La expresión del chófer se quedó congelada.

—Perdón, pero...

—Ya me has oído, deserto —repitió—. Abandono, desaparezco. Estoy cansado de seguir así...

—Pero, señor, le dije que existe una alternativa —respondió el exagente—, que las

cosas pueden cambiar. Piénselo bien, no tiene por qué rendirse, la vida es un contraste de blancos y negros...

El arquitecto miró a la pequeña taza blanca de porcelana escuchando las palabras de su oyente, pero estaba cansado de los consejos, de las esperanzas y de la fe en la que se había resguardado toda su vida.

La decisión estaba tomada y desaparecer, tumbar la mesa de juego y establecer unas nuevas normas era la única opción de poner fin a aquello, antes de acabar siendo una rata aplastada por los pies de Vélez.

—Lo sé —contestó mirándolo a los ojos—, pero no me encuentro bien, hay algunos asuntos que debo solucionar primero y ellos son superiores a mí... Esta vez, he tenido suerte, pero puedo correr la misma desgracia que esos dos polacos. Si continúo actuando bajo las órdenes de Vélez, tarde o temprano, acabaré conmigo, encontraré a mi verdugo y no habré sido más que un juguete usado para solucionar sus problemas sin mancharse las manos... y yo no soy eso, Mariano, yo puedo ser muchas cosas... un monstruo, un criminal, una bestia, pero siempre he creído que mi misión en este mundo era otra, que mi razón de ser era buena... Precisamente por eso, necesito que vengas conmigo.

El chófer resopló. No esperaba escuchar algo así procedente de su jefe.

—¿Ha pensado a dónde?

—Adonde no puedan encontrarme... —explicó—. Tengo algo en mente.

—Señor, siento decirle que no existe rincón en este planeta donde la inteligencia estatal no pueda llegar... Siempre encuentran la forma, de un modo u otro... siempre existe un contacto —replicó Mariano con cierta preocupación en sus palabras. De cuando en cuando, miraba a su alrededor entre la gente que entraba y salía de la cafetería, la mayoría de ellos turistas de otros países, en busca de un rostro conocido o una mirada de complicidad—. Pensaba que, a estas alturas, ya se habría dado cuenta de ello.

—Oriente Medio, por ejemplo.

—Si tan sólo considerara mi propuesta...

—Rusia también me parece un lugar seguro.

—¡Pardiez! No puedo creer lo que oigo... —respondió abrumado y se limpió el sudor de la frente con un pañuelo de tela. Para la razón del exagente, lo que Don decía era un disparate. Tirarlo todo por la borda, enfadar a esos hombres en lugar de destruirlos por dentro. Mariano sabía cómo hacerlo, tenía los recursos, los contactos y las directrices a seguir. Era una cuestión de tiempo. Sin embargo, rebelarse contra ellos, sólo los volvería más frágiles, convirtiendo al arquitecto oficialmente en una amenaza de Estado. La excusa perfecta para colaborar con otros países y eliminarlo por completo. Llevar a cabo sus intenciones sólo agilizaría el final de su historia—. ¿De verdad estamos teniendo esta conversación?

Don sonrió y respiró profundamente.

—En efecto, Mariano... —dijo y encontró sus ojos—. Tal vez, como dices, lo sepas todo, o casi todo, sobre mí... Quizá no haya sido consciente de que estaba siendo

protegido durante todos estos años, de que mi historia podría haber sido otra si no me hubiese elegido la mano invisible que mueve los hilos de esta sociedad... No obstante, hay algo que has pasado por alto, tanto tú como Vélez.

—¿Y es, señor? —Preguntó con ladeando el mentón con una ligera superioridad en su voz.

—Hay un versículo sagrado con el que nunca he estado del todo de acuerdo, Mariano... Por sus frutos los conoceréis... —contestó citando a Mateo—, porque se juzga de fuera hacia dentro y no al revés.

—La psique no es del todo fiable.

—Por eso mismo, Mariano, por eso mismo... la tuya tampoco y, como mi madre, estáis convencidos de que sigo siendo una persona normal, un ser humano con solución práctica —dijo y puso las manos sobre la mesa de madera—. Por el aprecio que te tengo, déjame liberarte de esa lógica errónea de esperanza que no te dará más que dolor y decepción, porque ya he visto en otros ojos lo que ahora mismo veo en los tuyos... No lo soy, no soy como tú, ni como esta gente, y he tardado demasiado en darme cuenta de ello... Por ende, hay algo en mi interior que funciona de un modo que no consigo explicar pero que, con tiempo, juntos podemos llegar a entenderlo.

—Creo que se equivoca...

—No, estoy convencido de que no —sentenció—. Me necesitas tanto como yo a ti en este momento, de lo contrario, tu sed jamás será saciada.

El rostro de Mariano se ablandó al escuchar las palabras. Un ligero nerviosismo inundó su expresión.

—No sé de qué me está hablando ahora...

—Deja de jugar conmigo —replicó sin inmutar el tono de su voz—. Sin secretos, con transparencia... A estas alturas, te habrás dado cuenta de mi obsesión por el control, por estudiar el entorno, por observar cada detalle que hay a mi alrededor... Conozco tus intenciones, soy el único que puede ayudarte a vengar a tu familia.

Estaba en lo cierto.

Ahora era el chófer quien se sentía incómodo.

—Debí haberle sido claro desde el principio.

—Hiciste lo que debías —intervino antes de que se disculpara—. Estoy dispuesto a ayudarte, pero haremos las cosas a mi manera. Los dos queremos a Montoya y Vélez en una caja de madera.

—Supongo que no tengo opción.

Don miró a la puerta de cristal.

—Siempre existe una alternativa, otra vida posible —sugirió y señaló a la salida—. Yo ya he elegido. Ahora te toca a ti.

Sin intenciones de moverse un centímetro, Mariano mantuvo la mirada del arquitecto en silencio.

—Deberán creer que ha muerto —dijo finalmente—. ¿Sabe lo que eso significa? Lo perderá todo.

El arquitecto se recostó en el respaldo de la silla con aire relajado.

—No todo —respondió—. Pero estoy dispuesto a asumir riesgos.

—Espero que Dios nos ampare...

Don se acercó a Mariano y le tocó el antebrazo.

—Gracias por tu lealtad —dijo con una leve mueca en el rostro—. Juntos terminaremos esto.

La cara del chófer era un lienzo de inseguridad, desesperación y desapego. Para él, todo aquello no era más que una locura sin final feliz, pero el sentimiento de vivir arrepentido por no haberlo hecho lo superaba.

—Nos espera un largo viaje.

—Con muchas horas por delante de conversación —añadió—. Quiero que me lo cuentes todo, Mariano.

—Así haré, señor... —dijo y levantó el pulgar, como si se le hubiera olvidado algo antes de partir—. Disculpe la insolencia, pero... ¿Qué sucederá con la señorita Lafuente? Sin usted, sin mí... Nadie podrá protegerla.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Calle de la Princesa (Madrid)

8 de noviembre de 2016

Después de mucho tiempo sin hacerlo, había salido a cenar con un grupo de amigos para desconectar de los problemas que arrastraba la oficina.

Le echaba de menos.

Sin él, ese lugar, su propio templo, se había vuelto sórdido y sin vida.

De pronto, aquellos extranjeros habían dictado lo que tenían que hacer y los teléfonos no cesaban de sonar cada mañana, cargados de insultos y amenazas en inglés al otro lado de los aparatos. La tensión en el estudio era palpable y era ella quien debía asumir la responsabilidad ahora, todo por cumplir con un puesto de trabajo que le quedaba demasiado grande.

Habían transcurrido cuatro días desde la marcha del arquitecto, los mismos que la ingeniera no lograba conciliar el sueño. No era la primera vez que sufría insomnio, aunque jamás le había costado tanto recuperar la normalidad.

Era incapaz de comprender cómo todo había sucedido tan rápido, cómo ese hombre había logrado enredarse en sus entrañas para luego causarle tanto dolor. Por mucho que intentara deshacerse de él, Ricardo Donoso aparecía entre sus pensamientos más oscuros. Estaba enamorada de él, había cruzado las líneas rojas que se había impuesto para no ser la única perjudicada en la relación, y era consciente de ello, pero eso no era lo que la entristecía. En su interior, algo le frenaba a aceptar que el hombre con el que había dormido, el mismo que tímidamente le acariciaba el cabello bajo las sábanas de aquel hotel inglés mientras la protegía entre sus brazos, fuese un auténtico desconocido, un maldito farsante.

Ese era su mayor temor.

Lo había escuchado de la boca de sus amigas, había leído historias en las revistas, pero jamás había considerado que le pudiera pasar a ella y, mucho menos, viniendo de alguien como él.

Después de todo, Marlena no estaba acostumbrada a que le rompieran el corazón.

Su belleza heredada la había vuelto frágil e indecisa en un entorno hostil en el que se resignaba a convertirse en el maniquí de las oficinas.

La vida le había enseñado a ser fuerte, independiente, a escuchar su interior y no lo que dijera su familia, y a no dejarse llevar por los flautistas que sólo buscaban conducirla a la cama.

Todo aquello le había forjado un carácter de ideas claras inquebrantables con un propósito: ayudarle a encontrar al hombre que estuviera a su altura, un ideal que, después de muchas plegarias, se había materializado en ese arquitecto callado y herido que arrastraba un pasado tan oscuro como el color de su mirada.

Por ello, digerir que todo había sido la farsa de un sociópata que pensaba únicamente en

sí mismo era complicado.

Durante la cena no había logrado integrarse en la conversación. Dos viejas compañeras de la carrera, ahora casadas y junto a sus parejas, y un abogado divorciado, apuesto y de buena familia, la acompañaban mientras servían los platos. Lo último que pensó es que fuera una encerrona para hacerle olvidar al arquitecto, aunque esa fue la única razón por la que habían invitado a ese amigo desconocido.

Cuando salieron de cenar del Pimiento Verde, las parejas se despidieron para tomar diferentes direcciones. Marlena presintió lo que venía después. Pensó que era guapo y atractivo, pero no se sentía capaz de dormir con un desconocido para olvidarse del otro. A algunas mujeres les funcionaba. Ella no lograba sentirse cómoda. Aquel hombre, con una sonrisa insegura, dudoso de sus acciones e incapaz de articular palabra, se acercó a ella meciéndose la melena ondulada hacia atrás.

—¿Te acerco a casa? —Preguntó con un acento madrileño marcado y señaló a una motocicleta Vespa roja reluciente—. Tengo dos cascos.

Marlena sonrió y movió la cabeza hacia los lados negando la petición.

—Gracias, Miguel —dijo mirando al suelo—, aunque prefiero irme sola a casa. Tengo muchas cosas en las que pensar.

—Entiendo... —dijo él sin tirar la toalla—. ¿Quieres hablar?

La ingeniera alzó las cejas.

—¿Cómo? —Preguntó sorprendida—. No, gracias. Eres muy amable, pero será mejor que lo dejemos aquí... Estoy segura de que nos veremos más adelante.

La negativa no gustó demasiado al abogado, que optó por rendirse y levantar los hombros aceptando la derrota. Tras despedirse con dos besos, Marlena decidió tomar el metro y arrancó a caminar por la larga calle cuesta arriba, cuestionándose por qué el arquitecto no la habría llamado.

Una botella de vino al llegar a casa y olvidarse de él, pensó.

Cuando veía la boca de metro Argüelles en la distancia, sintió unos pasos que se acercaban a ella por detrás.

Supuso que sería ese abogado, de nuevo, arrepentido por haberla dejado marchar.

Pero deseó que fuera él apareciendo de la nada, tal y como siempre hacía.

Al girarse, se topó con un hombre vestido de abrigo oscuro y altura mediana. Un desconocido al que no lograba relacionar.

—Disculpe —dijo el hombre deteniéndola a escasos metros de las escaleras que llevaban a la estación—. ¿Marlena Lafuente?

Ella miró a su alrededor, presa de la incertidumbre y el pánico, y vio a todas aquellas personas que entraban y salían sin prestar la mínima atención al encuentro.

—¿Le conozco?

—Tengo un mensaje para usted, camine —dijo mirándola fijamente y la agarró del

antebrazo con fuerza. Entre el bullicio de la noche, se dirigieron a la entrada—. Escúcheme bien, Ricardo Donoso está muerto. ¿Me ha oído bien?

La ingeniera sintió una fuerza interior que le aplastaba el estómago. Fuese cierto o no, las palabras partieron su alma en dos.

—Pero, ¿quién es usted? —Replicó al vacío, nerviosa y compungida con el pecho cargado de extrañas emociones—. Suélteme, me está haciendo daño...

—El señor Donoso me ha enviado este mensaje para usted, tan sólo quería que supiera que...

El tumulto de los pasajeros que abandonaban el metro produjo que alguien le empujara por el hombro.

—¡Termine! —Exclamó Marlena, dos peldaños más abajo, siendo ella quien apretaba del brazo a ese desconocido—. ¿Dónde está Ricardo?

Pero la expresión del hombre se volvió turbia y sin vida.

—Qué diablos... —dijo antes de perder el equilibrio y caer como el tronco de un árbol al suelo, para después rodar algunos escalones abajo. De pronto, se oyeron gritos de pánico y se formó un círculo de gente en el suelo. El desconocido, tumbado bocarriba, soltaba una espuma blanca por la boca mientras se despedía de su cuerpo con fuertes convulsiones.

Asustada y desconcertada por lo que aquel extraño acababa de decirle, Marlena caminó de vuelta hacia la calle, antes de que llegaran las preguntas.

Ricardo Donoso no podía estar muerto, no para ella. Al menos, hasta que se demostrara lo contrario.

Sobre el autor

Pablo Poveda (España, 1989) es escritor, profesor y periodista. Autor de otras obras como El Profesor, La chica de las canciones o Motel Malibu. Ha vivido en Polonia durante cuatro años y ahora reside en Alicante, donde escribe todas las mañanas junto al mar. Cree en la cultura sin ataduras y en la simplicidad de las cosas.

Ha escrito otras obras como:

Serie Gabriel Caballero

[Caballero](#)

[La Isla del Silencio](#)

[La Maldición del Cangrejo](#)

[La Noche del Fuego](#)

[Los Crímenes del Misteri](#)

[Medianoche en Lisboa](#)

[El Doble](#)

[Todos los libros...](#)

Serie Don

[Odio](#)

[Don](#)

[Miedo](#)

[Furia](#)

[Silencio](#)

Serie Rojo

[Rojo](#)

[Traición](#)

Trilogía El Profesor

[El Profesor](#)

[El Aprendiz](#)

[El Maestro](#)

Otros:

[Motel Malibu](#)

[Sangre de Pepperoni](#)

[La Chica de las canciones](#)

[El Círculo](#)

Contacto: pablo@elescritorfantasma.com

Elescritorfantasma.com

Si te ha gustado este libro, te agradecería que dejaras un comentario donde lo compraste.